

DTI - FCE

Documentos de Trabajo de Investigación de la Facultad de Ciencias Económicas

4 2020

En defensa del "Estado Estacionario": un análisis
que confronta la visión predominante

Por Alberto José Figueras



FACULTAD
DE CIENCIAS
ECONÓMICAS



Universidad
Nacional
de Córdoba



FACULTAD
DE CIENCIAS
ECONÓMICAS



Universidad
Nacional
de Córdoba

**Serie Documentos de Trabajo de Investigación
de la Facultad de Ciencias Económicas**

Nro. 04
Septiembre 2020

En defensa del “Estado Estacionario”: un análisis que confronta la visión predominante

Alberto José Figueras

Instituto de Economía y Finanzas. Facultad de Ciencias Económicas. Universidad Nacional de Córdoba



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución – No Comercial – Sin Obra Derivada 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/).

<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/DTI/>

Los DTI-FCE se publican y distribuyen presentando investigaciones en curso de el/los autor/es, con el propósito de generar comentarios y debate no habiendo estado sujetos a referato de pares. Este documento de trabajo no debe ser entendido como representación de las opiniones de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Córdoba.

Las opiniones expresadas en este documento de trabajo son exclusivas del/los autor/es.

En defensa del “Estado Estacionario”: un análisis que confronta la visión predominante^(#)

In defense of the "Steady State": An analysis confronting the predominant view

Alberto José Figueras
Instituto de Economía y Finanzas.
Facultad de Ciencias Económicas.
Universidad Nacional de Córdoba

Resumen: Una abrumadora mayoría de los economistas y los políticos cree que la expansión ilimitada de la economía no sólo es posible sino una meta pretendida *en toda circunstancia...*, y ni hablemos del común de la gente. Cuestionar la conveniencia del crecimiento económico parece casi una blasfemia. En otras palabras, la idea es impulsar el crecimiento..., y sin discusión. No obstante, nosotros humildemente no compartimos esa idea, y pensamos que sí debe discutirse. Es lo que a continuación intentaremos. No vamos a desarrollar aquí los aspectos benéficos de un proceso de crecimiento, que están suficientemente difundidos y son los más visibles, sino que enfatizaremos las aristas negativas del proceso..., que son muchas.

Palabras clave: Estado estacionario; Desarrollo sostenible; Cambio cultural

Clasificación JEL: A13, B59, O10, P16, Z13

Abstract: Most economists and politicians believe that the unlimited expansion of the economy is not only possible, but a goal in all circumstances. If economic growth is discussed as a target, we almost fall into blasphemy. In other words, the idea is to drive growth... and without discussion. However, we humbly do not share that idea, and we believe that it should be discussed. This is what we will try in the paper. We are not going to develop here the beneficial aspects of a growth process, which are sufficiently widespread; and they are also very visible, but we will emphasize the negative edges of the process ..., there are many to discuss.

Keywords: Steady state; Sustainable development; Cultural change

JEL Classification: A13, B59, O10, P16, Z13

^(#) Agradezco los comentarios recibidos, *para una versión muy anterior del presente trabajo*, del Dr. Alfredo Navarro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas y del Dr. Jorge José Motta de la UNC. Esos aportes fueron de una inestimable ayuda. Los errores y defectos que aún permanecen son responsabilidad de mi ignorancia o de mi empecinamiento. Existe, incluso una presentación previa, en mero esbozo, de estas ideas, en «Crecimiento o “Estado Estacionario”: Un Debate Necesario», *Xth, Economic Policy Conference*, Málaga, 2011.

La idea central aquí vertida de un modo u otro, la hemos repetido en diversos foros desde hace años, provocando la ira de los ortodoxos defensores del crecimiento. Por eso comenzaremos con unos párrafos ajenos: *“Es una paradoja notable que, en la cima de los logros materiales y tecnológicos, (...) nos devora la ansiedad, (...) la depresión (...) y tenemos una vida comunitaria escasa o nula. (...) Hablamos de nuestras vidas como de una batalla constante por la supervivencia psicológica pero el derroche es tal que amenaza la integridad del planeta”* (Wilkinson y Pickett, 2009, pag.21)

Una abrumadora mayoría de los economistas y los políticos creen que la expansión ilimitada de la economía no sólo es posible sino también deseable..., y ni hablemos del común de la gente. Los líderes políticos recomiendan el crecimiento como la respuesta al desempleo, la pobreza, las crisis fiscales y otras muchas calamidades sociales. Cuestionar la conveniencia del crecimiento económico parece casi una blasfemia, tal es el arraigo con que se encuentra en la conciencia popular. Sin duda que es tema controversial; algún colega muy próximo argumentó en circunstancia de un Seminario que criticar el objetivo de crecimiento *no es técnico pues implica un juicio de valor*. Pero tal sentencia encierra un error de apreciación *¿es que acaso el promoverlo no implica un juicio de valor? ¿Es que, por ventura, no es un juicio de valor definir la función objetivo de cualquier modelo?*

En otras palabras, la idea es impulsar el crecimiento..., y sin discusión. Ni siquiera las agrupaciones activistas cuestionan lo fundamental de esta filosofía de vida. La mayoría de quienes hacemos economía nos hemos formado en el supuesto de que el crecimiento es inevitable y sensato *en todas las circunstancias*. Se supone que debemos participar de esa idea sin cuestionarla.

No obstante, nosotros humildemente no compartimos esa idea, y pensamos que sí debe cuestionarse. Es lo que a continuación intentaremos. No vamos a desarrollar aquí los aspectos benéficos de un proceso de crecimiento, que están suficientemente difundidos y son los más visibles, sino que enfatizaremos las aristas negativas del proceso..., que son muchas. Como antecedente, muchos pensadores han puesto en entredicho de un modo u otro la perspectiva del crecimiento por encima de todo...,

incluso antes de la Revolución Industrial, pero sus voces han sido acalladas y son mirados, sobre ese particular, como verdaderos chiflados.

Keynes mismo, para citar a un “maestro” de la disciplina, se preguntaba, desde una visión ética, que si el crecimiento es un medio para conseguir un fin ¿Cuál es éste? ¿Cuánto crecimiento es bastante? (Skidelsky, 2009). Dentro de esa visión cuestionadora, Keynes apunta en el obituario a Marshall que para el economista ninguna parte de la naturaleza del hombre o de sus instituciones debe quedar fuera de su consideración para interpretar correctamente los procesos económicos “*con vistas al futuro*”; y ya entonces, hace 90 años, se quejaba de que la nueva perspectiva de la economía se alejaba de esta visión *abarcadora*.

Entonces, y a contramano de lo “establecido” habitualmente, en este trabajo **debatiremos el crecimiento como meta, cuestionándolo desde tres ángulos**. *Primero* se debatirá el tema, poniendo en entredicho la supuesta **relación directa entre crecimiento y mejora en la calidad de vida**. *Luego*, tocaremos la **posibilidad de crecimiento sin límite**; y el **efecto neto del crecimiento sobre la desigualdad** (y la pobreza relativa). A continuación se critica a **la sociedad de consumo como causa y consecuencia del crecimiento**. *Cerrando el trabajo*, hacemos **una rápida revisión de algunos de los críticos del crecimiento** (desde Platón) y remarcamos la necesidad de **retomar el debate sobre esta meta de la sociedad (y de la disciplina)**. Concluimos con las siempre presentes *Palabras Finales*.

Cabe señalar que este análisis y su hipótesis central tienen varios contactos fronterizos con la llamada “economía de la felicidad”, pero con diferencia de enfoque, principalmente metodológico¹. En la economía de la felicidad se piensa en la *felicidad*

¹ Debemos decir que parte de nuestra hipótesis recuerda la *paradoja de Easterlin* (en “*Does Economic Growth Improve the Human Lot? Some Empirical Evidence*”, 1974). En donde se pregunta si verdaderamente el crecimiento mejora la suerte del hombre. En cierto modo, coincide en un punto: no hay causalidad segura de mayores niveles de ingreso a mayores niveles de “felicidad”. Easterlin aportaba pruebas que luego han sido cuestionadas, por ejemplo en Ruut Veenhoven y Michael Hagerty, [Wealth and happiness revisited: Growing wealth of nations does go with greater happiness, 2003](#), en donde se sostiene que no hay paradoja pues encuentran datos que sostienen que los “países” se vuelven más felices a medida que mayor es su ingreso. En Bruni y Porta, 2007, se utiliza el concepto de “felicidad” y se señala que éste tiene dos vertientes: la de tipo subjetivo e individualista, de origen en Bentham (y que es la “meta”, la habitual función objetivo en la economía de la Corriente Principal); y la de tipo objetivo y relacional, que se remonta a Aristóteles. Nosotros aquí nos inclinamos por una “felicidad relacional”, pero extendiendo en cierto modo el concepto.

subjetiva (de los individuos, en una visión *benthamista*), mientras aquí estamos hipotetizando sobre “sujetos”, *como miembros de grupos*, y su estado de satisfacción socio-personal (que denominaremos *calidad de vida*). Es pues *un concepto relacional*, que trasciende la felicidad subjetiva, *sin dejar de abarcarla* (es pues, en este sentido, una mirada sociológica y no del individualismo metodológico más propio de los economistas)².

En resumen, la tesis central que defendemos en este trabajo, desglosada para su mejor comprensión, sostiene:

- El crecimiento económico perenne es insostenible.
- E incluso “dañino”, en lo material (*ambiental*) y en lo social (*desigualdad creciente*).
- Sin lograr alcanzar, con certeza, la meta implícitamente pretendida de una “mejor existencia”.

² Agudamente nos han recordado la desconfianza del Premio Nobel Von Hayek respecto a la realidad de los “agregados”..., y aunque comportamos parcialmente esa desconfianza, aceptar de pleno la idea *hayekiana* implicaría negar buena parte de la teoría sociológica.

I. INTRODUCCIÓN A LA CUESTIÓN

*“La vida sólo se puede entender mirando hacia atrás,
pero se debe vivir mirando hacia delante”*
S. Kierkegaard

Los debates sobre los efectos del crecimiento y sus “bondades” se centran hoy en los caminos que hacen a su presencia y las formas de potenciarlo. Se habla de las doctrinas de los “círculos viciosos” (o “barreras particulares”); así como de los obstáculos de expansión (p.ej. falta de incentivos para invertir, déficit de infraestructura, carencias de capital por ahorro insuficiente, crecimiento demográfico excesivo). Por otro lado, se afinan las teorías que apuntan los necesarios “estímulos para el crecimiento”. Se habla a este respecto de los argumentos de la Escuela Clásica, la línea marxista, la Escuela Neoclásica, el crecimiento equilibrado (Rosenstein-Rodan, Nurkse) *versus* el crecimiento desequilibrado (Hirschman, Scitovsky, Schumpeter), el fenómeno de la convergencia (Barro, Sala-i-Martin), etc. **Pero hoy la idea misma del crecimiento en sí, no se cuestiona** (salvo en algunos pocos ambientes ecologistas, no en todos).

Sin embargo, por el contrario, hace tres décadas, **en los años '70 y '80, se polemizaba sobre la conveniencia del propio crecimiento**. Nombres destacados no faltaron, entre ellos Julio H. Olivera y Kenneth Boulding. En su contribución al debate, **el Profesor Olivera** distinguía entre los fenómenos de *crecimiento, desarrollo y progreso*. Según sus palabras, “*el fenómeno de estructura más sencillo es el crecimiento económico, que sólo consiste en el aumento del producto real (...). El desarrollo económico significa algo más pues denota una utilización cada vez mayor de la potencialidad productiva (...) El progreso económico (...) entraña un juicio de valor: es el tránsito de un estado de la economía a otro que se juzga más satisfactorio, el avance en una dirección que se considera positiva*” (Olivera, J., 1971). Nosotros aquí descartaremos el tratamiento del concepto de desarrollo según la definición antedicha de Olivera y consideraremos el *crecimiento versus el progreso* (según lo conceptualiza a éste, el Profesor Olivera), “progreso” que aquí llamaremos *desarrollo*, por ser más acorde al vocabulario habitualmente consensuado; y reservaremos el concepto de

progreso para el “cambio tecnológico positivo” y no dañino³ (como podrían ser los adelantos o mejoras en el campo de la salud)⁴.

Pero si bien, hace décadas, muchos de los más conocidos economistas tenían algo que decir sobre el tema, hoy *“la concepción amplia del progreso económico se ha debilitado”* (Olivera, 1971). Ya nos decía el Profesor Olivera en 1971, con tono crítico que: *“Al menos esto es así entre los economistas profesionales. Es posible que haya contribuido (...) a ello el desenvolvimiento de la economía como ciencia positiva. La ciencia económica sólo examina un aspecto de la conducta, el derivado de la escasez (...) sería absurdo pedir (...) que explicara todas las variadas manifestaciones de la actividad humana. La abstracción es necesaria al método científico. Pero (...) este hecho puede originar en el economista una tendencia a subestimar las otras dimensiones de la conducta (...), tal subestimación no sólo es condenable en sí, sino que fue reprobada explícitamente por los iniciadores del método económico moderno”*.

También **K. Boulding** criticó ese afán meramente economicista, ya que para él, como nos señala A. Rapoport, *“la ciencia no es una aglomeración de hechos o técnicas, sino una búsqueda de la sabiduría”*⁵.

³ Nadie podría dudar de que la promulgación de la ley 11640 (llamada de *sábado inglés*), el 7 de octubre de 1932, fue *un progreso*. Pero es muy cuestionable que la inauguración de la Central Nuclear de Atucha haya sido *un progreso*. El descubrimiento de la vacuna contra la poliomielitis ha sido un indudable *progreso*, pero es muy discutible que lo sea la invención del horno de microondas (cuyos efectos finales sobre el organismo humano en realidad desconocemos).

⁴ Abandonamos así el ideal victoriano de progreso, un concepto que es tradición desde el siglo XVIII y XIX. En Pollard (1968), se lee: *“existe la creencia de un patrón de cambio en la historia (...) conformada por variaciones orientadas en un mismo sentido, y ese sentido siempre se encamina a lo mejor”* (citado en Wright, 2004, Cap. 1). La mirada de un futuro siempre mejor, de optimismo ciego, es muy sajona; y está tan arraigada que se refleja en el idioma inglés. Por ejemplo, se dice *“to go wrong”* pero *“to come right”*. Muchas acepciones con el verbo *to go* suman un adjetivo de connotación negativa. Si la comida se deteriora, se expresa con: *it has gone bad, it has gone rotten, bread goes stale*. Mientras que *to come* tiende a utilizarse en expresiones positivas, como el mencionado *“come right”* o *my dreams come true, my luck is come good*. ¡En el futuro está lo mejor... lo peor, lo malo, ya pasó! La lengua *espeja* nuestra cosmovisión.

⁵ Olivera en Argentina y Boulding en Estados Unidos, presidieron las asociaciones respectivas de economistas. ¿serían hoy elegidos? En lo personal, creo que no. La tendencia va en dirección a la elección no de pensadores sociales como eran aquéllos sino de *muy buenos técnicos* en economía.

II. CRECIMIENTO Y CALIDAD DE VIDA

“Peor que ver una realidad difícil es no verla”

Antonio Machado

Partiremos de la idea de que el crecimiento conduce a un mayor nivel de vida (medido por el ingreso por habitante). Sucede que los hechos nos revelan claramente que el crecimiento no es sinónimo de desarrollo ni de progreso, en el sentido que damos aquí a esos conceptos siguiendo el lenguaje arriba señalado. Acontece que el “desarrollo” está constituido también por elementos no materiales, que rebasan largamente al mero consumo. En él se enfatizan otros valores no materiales, elementos intangibles: espirituales, culturales, y hasta el mismo ocio. **Con “desarrollo” estamos entonces hablando de un concepto que excede al crecimiento económico.** Lo supera. Implica una mejora en el nivel de ingreso promedio, pero también en la distribución del ingreso, además de una modificación *progresista* de las estructuras sociales. Sería, si se quiere, crecer pero “cualitativamente” y de modo bien entendido.

En este ensayo introduciremos dos conceptos adicionales: la **calidad de vida social** y la **calidad de vida socio-personal**. La primera es otro nombre que le damos a la idea de desarrollo, sólo que se nos ocurre que nuestro término, aunque no consensuado, transmite mejor su significado. La calidad de vida socio-personal incluye la calidad de vida social (desarrollo) y va más allá, pues puede haber *desarrollo* y sin embargo la calidad de vida de la persona, *inserta en la “comunidad”*, disminuir por una serie de factores, tales como congestión, anomia, masificación, mayores exigencias de competitividad, stress, etc.⁶. Sería pues una idea del **bienestar social de la persona**⁷. Para no confundir términos, **en adelante al hablar de *calidad de vida* o de *bienestar*,**

⁶ A falta de mejor vocablo, como dijimos, llamaremos a este concepto *calidad de vida socio-personal* (o *bienestar a secas*).

⁷ Desde ya que estos conceptos han sido largamente debatidos por los “pensadores sociales” más que por los economistas (que han seguido, en general, el utilitarismo de Bentham). Sen (1993), en Amartya Sen y Martha Nussbaum (1993), se discute el tema, pero creo que Sen se equivoca en la aproximación al decir que una persona explotada no puede “estar realmente bien”, aunque esté satisfecha con su suerte. Falla en la aproximación pues si alguien está objetivamente explotado pero es “feliz” por causas culturales, estará en mejor condición que aquel que no es objetivamente explotado pero está insatisfecho por razones culturales. Precisamente el hombre de hoy, en los países desarrollados vive en constante insatisfacción por las exigencias de la sociedad de consumo..., pero debatir esto sería otro artículo, aunque algo deslizaremos en nuestro acápite de crítica a la sociedad de consumo.

estaremos aludiendo a la *calidad de vida socio-personal* exclusivamente (reiteremos, por último, que reservamos, como se dijo líneas arriba, “*progreso*” para aludir al “cambio tecnológico positivo”).

Hechas estas aclaraciones terminológicas, diremos que si nos atenemos a los esquemas de análisis económicos habituales podemos decir que la sociedad evalúa los beneficios sociales del crecimiento y los enfrenta a los costos sociales del mismo. Tal como se los mira, pareciera que los primeros superan a los segundos. Pero acontece que allí se presentan dos problemas: **un problema de estimación y otro de ponderación (Boulding, 1974)⁸**. La sociedad “**estima**” unos y otros según la información disponible y su capacidad de percepción, que por razones comprensibles es de corto plazo. A su vez, la “**ponderación**” de cada uno de los elementos que conforman beneficios y costos, y que han sido “estimados”, **opera en función de la escala de valores predominantes en nuestra cultura del “consumo”** (hedonista, individualista, utilitaria). En definitiva, para evaluar el crecimiento existen **problemas de estimación** de cada componente (precios relativos) **y de ponderación** de los mismos (peso de cada componente en una canasta de producción). Bajo tal esquema de valores, y estimando los “datos” que se quieren considerar, **los beneficios sociales del crecimiento económico superan a los costos sociales del mismo⁹**, pero, como apuntamos, hay problemas.

Para evaluar el crecimiento, una rápida mensura del nivel de vida, más sofisticado que la mera perspectiva del hombre común, resulta ser el nivel del ingreso por habitante. Si bien es sólo una media, y con claros problemas, ya que a menudo no capta los cambios cualitativos, incluso de los mismos bienes materiales y servicios. Pero además de estos defectos de estimación por precios relativos (y ponderación), el producto por habitante **solo contempla “bienes”** (abarcando con este vocablo

⁸ Boulding, K., 1974; *Calidad de vida y opulencia económica*, en *Clake et al., 1977*, pags.119 y 122.

⁹ Todos los pueblos presentan en su cultura **rasgos económicos**. Es decir, que las actividades económicas de sus miembros provienen de un proceder cultural. Esto es, la cultura conforma las actividades económicas (producción, distribución y consumo). Dicho en otras palabras, **la economía no es sino una manifestación cultural**; y por tanto, lo es la forma de **ponderar** beneficios y costos.

encomillado bienes finales y servicios) y **excluye los “males” del proceso de producción**¹⁰.

Atentos a esta realidad, ya en los setenta, **W. Nordhaus** y **J. Tobin** en un coloquio del NBER, en Nueva York, plantearon una medida alternativa de bienestar **que excluyera** de la medición convencional **los gastos que llaman “lamentables”**, como los de defensa y seguridad, **reste las innegables incomodidades del mundo moderno**, como la congestión, y el daño ambiental; **y sume**, en cambio, **los valores atribuidos al mayor ocio**. Con esa propuesta de medida, el llamado **“bienestar económico por habitante”**, Nordhaus y Tobin calcularon que la mejora, entre 1929-1965, había sido sólo del 1,1% anual en EE.UU. ..., mientras el PNN per cápita convencional había crecido alrededor del 1,7% anual. Es decir, la “calidad de vida” por ellos medida, antes del “boom” de los años noventa, creció sólo al 60% de la medida tradicional. Pero pese a todo la “calidad general de vida” habría aumentado. **¿De calcular con mediciones más ajustadas** y contemplando otros conceptos excluidos en la suya, y abarcando hasta hoy, **que resultado obtendríamos?** ¿Habría crecido *la calidad de vida*?¹¹ Con posterioridad a la propuesta de Nordhaus y Tobin se ha llegado a hablar del Indicador de Progreso Genuino (IPG) que excluiría los gastos lamentables (incluyendo en ellos los destinados a mitigar los daños al medio ambiente, a la protección contra la delincuencia, etc.) y se restarían las pérdidas por destrucción de recursos naturales. Las estimaciones de este indicador para EE.UU. muestran hasta 1995 una tendencia del IPG decreciente y no creciente como el PBI.

Señala Wilkinson y Pickett (2009, pag.22) que *“El contraste entre el éxito material y el fracaso social (...) sugiere que, para lograr mejoras en la calidad real de vida, tenemos que alejarnos de los estándares materiales y de crecimiento económicos actuales”*.

¹⁰ El ansia de crecimiento instalada en la sociedad puede ser tan perversa que a una economía para contar con un buen índice de actividad le convendrá tener un gran número de actividades contaminantes, que den lugar obligatoriamente a actividades complementarias de corrección ambiental, ya que *todo es producto y con efectos macro multiplicadores*.

¹¹ Como dijimos con “desarrollo” estamos hablando de una “calidad de vida” que excede al crecimiento económico. **Calidad de vida social y desarrollo serían ideas similares**, próximas. Pero en particular, como adelantamos, apuntaremos a calidad de vida socio-personal y usaremos este último concepto de *calidad de vida* por resultar si se quiere, *más abarcador*, y especialmente *de carácter más intuitivo* para el lector no economista.

La relación entre “*bienestar*” y nivel de vida está bien lejos de ser directa. La “calidad de vida”, entendiendo por tal un estado total de bienestar, no siempre aumenta con el “nivel de vida”, medido por el ingreso promedio por habitante¹². Es decir, que atacamos el concepto lineal de la evolución de la calidad de vida a medida que se da el crecimiento en el nivel de ingreso por habitante. Sin duda que las funciones de los procesos reales no suelen presentar su máximo en el infinito, y bien puede hipotetizarse que la función que vincula calidad y nivel de vida responde a una forma cuadrática de “U” invertida. La forma de la curva responde, si se quiere, al extendido y tradicional concepto de los rendimientos decrecientes. Recordemos que una representación tal se formaliza con:

$$CV = \alpha + \beta NV + \chi NV^2$$

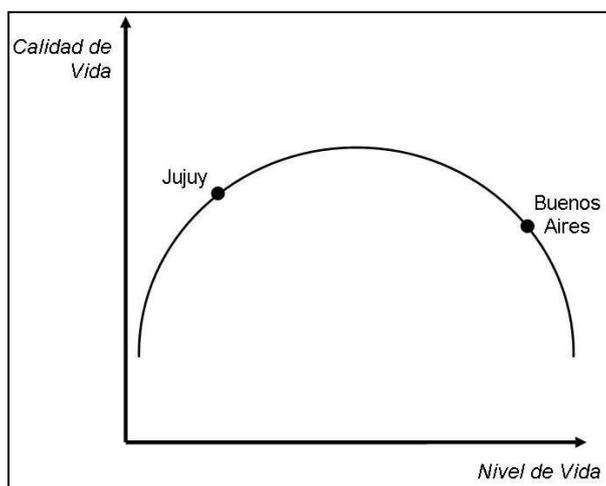
Podemos ensayar la presentación de nuestra tesitura con el auxilio de una gráfica de coordenadas, en un eje “calidad de vida” y en otro “nivel de vida” (Gráfico I).

Una sociedad (mundo, país, región o ciudad) puede encontrarse **en su tramo ascendente** o **en su tramo descendente**. Por otro lado, la ubicación de la curva en el espacio CV/NV dependerá de múltiples factores (densidad de tráfico, congestión de servicios, hacinamiento habitacional, entorno natural, valores culturales, etc.). Es bastante probable que la ciudad de Buenos Aires (y su Conurbano) o de Córdoba se encuentren en la rama descendente, mientras Jujuy, Formosa, Resistencia o Posadas se ubiquen en su tramo ascendente (Gráfico I)¹³.

¹² Para ser más estrictos, podríamos considerar la “calidad de vida” como un vector de elementos diversos (nivel patrimonial, nivel social, ocio, presión social, competitividad social, conflicto social, situación personal, nivel de ingreso, nivel de consumo, tasa de crecimiento del nivel de ingreso y/o del nivel de consumo, etc.). Presumiblemente quien tenga un buen nivel patrimonial dé menor importancia relativa al nivel de ingreso o a las desigualdades sociales.

¹³ Si aplicamos la cláusula “*ceteris paribus*”, desde ya que a mayor ingreso per capita habrá mayor “satisfacción” (social e individual) pero si al subir el ingreso cambian precisamente otras variables, entonces salimos de la cláusula protectora “*ceteris paribus*” y bien puede descender la “satisfacción” (calidad de vida).

Gráfico I



Para una semiplena prueba de esta postulación, podemos valerlos de datos utilizados en Layard, 2005 (reproducidos a su vez en Ansa Eceiza, 2008). Allí se observa, aunque trabajando con esquemas de la *economía de la felicidad*¹⁴, que Alemania tiene el mismo nivel de felicidad que Nigeria, con un ingreso por habitante setenta veces superior. Se impone la pregunta ¿qué ha perdido Alemania para llegar allí, y sus habitantes extrañan? Rusia tiene un ingreso per capita el doble de Indonesia, tres veces el de Vietnam y cinco veces el de Nigeria, pero un nivel de “felicidad” que es la mitad de estos países. Italia, Japón o Corea del Sur tienen niveles de ingreso muy superiores a Colombia o México, y sin embargo niveles de satisfacción inferiores.

Galbraith, en *“The Affluent Society” (1958)*, sostenía que la realidad que domina en las naciones industrializadas es la abundancia, y dado esto *“la sabiduría convencional [de la economía como disciplina] surgida de la escasez (...) resulta inadecuada (...)”*; y agrega que la atención continúa, equivocadamente, dirigiéndose a los problemas de la producción y la productividad (en otras palabras al crecimiento) según la “sabiduría convencional” (que fue, construida para un mundo donde predominaban las carencias). En otras palabras, según nuestra interpretación gráfica, **lo que es válido para el tramo ascendente de la gráfica (que sería la sabiduría convencional) no lo es para el tramo descendente.**

¹⁴ Que difiere conceptualmente de lo que aquí postulamos (ver nota al pie 1), por eso hablamos de una “semiplena prueba”.

Si vamos a los símiles biológicos, hay que recordar que todos los sistemas naturales tienden a optimizar su rendimiento, pero **existe un punto de inflexión a partir del cual lo que era bueno se convierte en un exceso dañino**. Esto es cierto para la alimentación, cuando la nutrición se plasma en obesidad, o en el cultivo intensivo que conduce a la desertización.

Así, J. K. Galbraith a lo largo de su obra fue madurando **una crítica a la teoría económica de la Corriente Principal debido a la preocupación de ésta por el crecimiento**, sin contemplar sus facetas negativas. Acusó a las sociedades “avanzadas” de producir cosas inservibles o superfluas sólo para mantener ese crecimiento (e incluso potenciar su tasa, lo que es conveniente, e incluso imprescindible, para la dinámica del sistema).

¿QUEREMOS MÁS BIENES PARA FINALMENTE VIVIR PEOR?

Estamos pues cuestionando la visión habitual del crecimiento como valor. **¿Es que queremos más bienes para finalmente vivir peor?** En la sociedad se ha instalado la obsesión por el crecimiento: crecimiento por siempre y cuanto más mejor. **La sola reducción no ya del “nivel de vida” sino de la mera tasa de crecimiento de ese nivel basta para tornar en nerviosas y angustiadas¹⁵ las conductas de todos:** políticos, economistas, periodistas, etc. etc.¹⁶ Pero estos grupos no son más que el reflejo de una conducta arraigada en nuestra sociedad: consumir más y más.

Esta tendencia y sus resultados fueron cuestionados en los años '60, '70 y primeros '80; y llegó a ser, incluso, una preocupación de la calle. Se hablaba críticamente de la sociedad de consumo y sus males..., **pero el propio consumo nos sobornó**. En la calle se fueron apagando las críticas, y las voces se acallaron en el mundo académico.

Son reveladoras las palabras de Jared Diamond¹⁷ (2008, pag. 20/21) vinculadas a la calidad de vida. *“¿No transmiten palabras como ‘civilización’ (...) la falsa impresión de que la civilización es buena (...) y la historia de los últimos 13.000 años ha supuesto progreso hacia una mayor felicidad? De hecho, ¿acaso no damos por supuesto que los estados industrializados son ‘mejores’ que las tribus de cazadores-recolectores, ni que*

¹⁵ Estamos tentados en decir “histéricas”.

¹⁶ Esto es comprensible desde la óptica codiciosa del *homo economicus* (el *loco racional* como lo llama A.K. Sen), ya que como postula el modelo de Samuelson del multiplicador-acelerador (de 1939), la mera reducción de la tasa de crecimiento en la demanda de bienes de consumo puede producir una recesión de magnitud (e incluso una crisis en toda regla).

¹⁷ Fisiólogo evolutivo y biogeógrafo, Miembro de la Academia Nacional de Ciencias de USA.

(...) el estadio basado en el hierro represente un `progreso`, ni que haya conducido a un aumento de la felicidad humana? Mi impresión basada (...) en mi vida en ciudades de EE.UU. y aldeas de Nueva Guinea, es que las llamadas `bendiciones de la civilización` tienen sus pros y sus contras. Por ejemplo, en comparación (...) los ciudadanos de los estados industrializados disfrutaban de asistencia médica mejor (...) y una vida más larga, pero reciben mucho menos apoyo social de amistades y familias”.

Vale la pena recordar algunos nombres (y títulos), que décadas atrás se adhirieron a ese círculo que señalaba los problemas que el crecimiento generaba (y los costos que iba dejando tras de sí), no dejándose cegar exclusivamente por sus beneficios (que sin duda también están presentes). Así podemos mencionar a **K.W. Kapp** con “*Social costs of bussiness enterprise*” (de 1963); **E.J. Mishan**, “*The costs of economic growth*” (de 1967), **J. Forrester**, “*World dynamics*” (de 1967); **P. Ehrlich**, “*The population bomb*” (de 1968) y los más interesante de todos, de **Dennis Meadows et al.**, “*The limits to growth*” (1972) y “*Toward Global Equilibrium*” (1973). Se puede criticar alguna de esta literatura señalando que sostenían la necesidad de detener el crecimiento pero manteniendo el *status quo*; lo cual implicaría que **los países menos desarrollados no podrían ya converger** hacia los desarrollados. Pero el aporte importante es que en el grueso de estos trabajos, además de cuestionar al crecimiento y sus efectos “netos”, **los autores se preguntan si es posible un crecimiento sin límites**, sin medida, y a tasas crecientes, **en un mundo físico por naturaleza finito** (por ejemplo es lo que se plantea en aquel informe final del grupo de Meadows, en el MIT, “*The dynamics of growth in a finite world*”, de 1974). Los autores publican en 2004, otro trabajo (*Limits to Growth: the 30-Year Update*, D. Meadows, Jorgen Randers y Dennis Meadows) que, aunque algo contradictorio en su argumentación, señalan ser mucho más pesimistas que en 1972 (Fitoussi et al., 2008, Cap. 1)

Los economistas han iniciado una nueva ofensiva, ahora indirecta, a favor del crecimiento, pero esta vez la táctica argumental es diferente: sostienen, contraintuitivamente, que las ciudades (centros habituales de crecimiento) son “ecológicas” (!) y fuentes de salud (!). El adalid de esta ofensiva es Edgard L. Glaeser con su polémica obra “*The triumph of the city*” (2011), con un subtítulo ciertamente

provocativo “*How our greatest invention makes us richer, smarter, greener, healthier and happier*”¹⁸.

Contrariamente a lo que habitualmente pensamos, esto es que las ciudades son grandes fuentes de contaminación, inseguras, costosas, sucias y generadoras de enfermedades de toda clase, vicios y desequilibrios psíquicos, Glaeser sostiene que las ciudades son el principal “invento” de la Humanidad, y nuestra única esperanza hacia el futuro, ya que como se lee en el subtítulo nos provee de todo lo que anhela nuestra sociedad materialista y pragmática, obsesionada por el crecimiento y el consumo¹⁹. Consciente de que una preocupación políticamente correcta es la ambientalista argumenta, entre otras cosas, que las ciudades tienen una menor huella de carbono que los promedios nacionales (es decir, emiten menos monóxido por persona, cosa cierta en general aunque hay grandes excepciones, v.gr. Pekín, Stugartt).

Es más, lo que se omite remarcar es que si bien Nueva York emite menos gases de efecto invernadero que el promedio de Estados Unidos, emite más que el promedio de Brasil, España, Sudáfrica, China, Argentina, etc. Al argumento de Glaeser se le puede oponer precisamente el mismo argumento que centralmente estamos defendiendo. Es decir, **las ciudades tienen un tamaño óptimo**, que ciertamente es difícil de cuantificar; pero algo es seguro: **este tamaño óptimo no puede estar en la concentración urbana “infinita”**, como parece desprenderse de Glaeser (2011)²⁰. No estamos en condiciones

¹⁸ Parece que el anhelo de Glaeser fueran las Megalópolis. Existen muchos ejemplos de megaciudades... que parecen ser el *desiderátum* para residir del agente promedio de la economía de mercado globalizada (por oportunidades de empleo y negocios; y especialmente “*amenities*”; esto es, comodidades, diversión y perfiles “culturales”). Uno de esos ejemplos es **Boswash** (la extensión comprendida entre Boston y Washington en un eje de unos 650 km, paralelo a la costa este de EE.UU., que incluye Nueva York, Filadelfia, Baltimore, con más de 50 millones de habitantes). También **Chippits** (que va de Chicago a Pittsburg, abarcando Cleveland y Detroit, con alrededor de 25 millones) o **Tokaido**, en Japón, con 45 millones (que incluye Tokio, Yokohama, Nagoya, Osaka y Kobe).

¹⁹ Esto parece ser un hecho: la **urbanización y el crecimiento económico están históricamente interligados. Las ciudades han sido polos de crecimiento**: crece la población, crece el ingreso por habitante y el cambio tecnológico. Existen tres razones principales para que el crecimiento se vea potenciado en los centros urbanos: (a) economías de aglomeración; (b) la atmósfera urbana es más propensa a la innovación; (c) los mercados de factores operan más eficientemente. Sin embargo, debe recordarse que la causalidad inversa también ha estado presente: **el cambio tecnológico** (aumento de productividad) **ha conducido a la urbanización** (v.gr. con la Revolución Agrícola del Neolítico y los cambios en el agro en Gran Bretaña, previos a la Revolución Industrial).

²⁰ Es pertinente señalar dos cosas. La primera es que Nueva York no contamina en su zona... pues exporta contaminación al consumir los bienes producidos en otros lugares (su enorme volumen de importaciones, pongamos por caso, sus automóviles... no los produce pero los utiliza). ¿Y eso de qué

de definir ese tamaño óptimo; y en ese sentido coincidimos con la ya clásica idea de Walter Isard (*Location and Space Economy*, 1956) de que no puede realizarse de modo práctico una curva de economías netas de urbanización; pero, sin duda, ésta seguramente debe contar con un punto de inflexión, a partir del cual comiencen las deseconomías.

III. LOS LÍMITES “NATURALES” DEL CRECIMIENTO

“Dios perdona siempre, el hombre a veces, la naturaleza nunca”
Oswaldo Canziani (Nobel de la Paz)

Hasta aquí hemos rebatido la conexión *positiva* entre crecimiento y calidad de vida. Ahora pasamos a debatir **la posibilidad del crecimiento indefinido**. Así llegamos a otro punto que parece haberse evaporado de las consideraciones habituales de los “cientistas” sociales: **el límite físico**. Para dejar patentes los límites existentes, bastaría citar el aumento de la huella ecológica, el deterioro de distintos hábitats²¹ (incluso humano), el calentamiento global, la escasez de agua, la desertización, los riesgos de la basura tecnológica. Pero no es así, y la mayoría no comparte esta mirada prudente. Sin embargo, el límite físico existe, y en general está definido, hasta donde es dable saber hoy, por las dos primeras y más famosas leyes de la termodinámica. **La primera ley**, llamada **principio de conservación de la energía**, nos dice que en todo proceso la energía no se destruye, solo pasa a otras formas,

modo es considerado por Glaeser... o ese aspecto lo ignora lisa y llanamente? Por otro lado, las grandes ciudades actuales (digamos, más de un millón de habitantes) dan pie a una gran acumulación zonal de contaminación atmosférica (la nube tóxica que lleva a muchas grandes urbes, como Madrid, a declarar algunos días de “emergencia ambiental”), particularmente por la emisión de gases por el transporte automotor (de combustión interna), pero si éste no existiera y se diera la locomoción por tracción a sangre, las ciudades padecerían una inmensa *contaminación biológica*. Imagine las toneladas diarias de estiércol y orina, que aumentarían año a año por el crecimiento en el nivel de actividad... en el siglo XIX, las urbes hedían a establo. Es decir, **el volumen de actividad es un problema**.

²¹ Así los asentamientos humanos se van multiplicando (y aumentando sus tamaños), así como las áreas bajo explotación (agropecuaria y minera), y destruyendo los hábitats naturales e invadiendo así territorios salvajes. De tal modo, que tendremos miles de millones de perros/gatos y menos de 2000 guepardos, de osos polares, o de tigres siberianos. Hay más de 600 especies en peligros de extinción. De tal modo, que se da *número de animales domésticos + población humana versus el mundo salvaje*. ¿Piensan en esta triste ecuación los “animalistas”? ¿o no ven esta realidad? ¿o no es políticamente correcto?

incluyendo trabajo y calor disperso. Es decir, se pasa de energía almacenada (útil) a trabajo y energía dispersa (o inútil) en forma de calor. La **segunda ley**, llamada **la ley de Clausius**, nos dice que nunca es posible transformar completamente en trabajo la energía que está contenida o almacenada. Solo es posible parcialmente. Una fracción pasa a calor inutilizable. Se introduce el concepto de *entropía del sistema* (o medida de desorden del mismo). Y este principio es terminante: la entropía de un sistema aislado aumenta. En otras palabras, la energía no puede reciclarse. No puede volver a utilizarse. Toda energía tiende fatalmente a degradarse con la actividad (por ejemplo, económica), pasando *de la forma útil a la forma inútil*²².

Por supuesto que existe, en paralelo, una visión optimista que sostiene que antes que la energía (tal como la conocemos)²³ se agote encontraremos un sustituto superior..., pero esto no es sino un salto de fe, ya que nadie puede estar seguro científicamente de eso.

Una segunda vertiente optimista, encadenada a la precedente, es confiar en que el sistema de precios enviará señales incentivando el proceso científico-técnico que dé paso a un fenómeno de sustitución. En este optimismo económico he incurrido personalmente en muchas oportunidades. Y si bien es cierto que los precios relativos pueden ayudar a morigerar temporariamente el problema, o al menos a evitar su aceleración, resultan un remedio engañoso ¿por qué resulta finalmente remedio falaz? Pues porque ***el sistema de precios permite la superación de la “escasez relativa” pero no de la “escasez absoluta”***, que es la que aquí nos preocupa.

Efectivamente, podemos distinguir dos clases de escaseces: **la escasez de Ricardo y la escasez de Malthus**. La primera, **la ricardiana**, nos habla de una *escasez relativa*, ya que la naturaleza impondría limitaciones particulares, puntuales, y no una inevitable escasez general. La segunda, **la malthusiana**, nos advierte de un límite absoluto, más allá del cual la disponibilidad es cero. Sostiene pues la presencia final de una *escasez*

²² Se suele decir sencillamente que los sistemas ordenados (de baja entropía) tienden al desorden (alta entropía). Conceptualmente, encierra la idea de la irreversibilidad de los procesos.

²³ A excepción de la energía geotérmica, toda la energía en nuestra tierra proviene, de un modo u otro, del sol. Por ejemplo, la energía fósil no es sino la energía solar acumulada por vegetales y animales millones de años atrás. Aunque, nota al pie, su peso es insignificante. Hoy solamente en Islandia y en Nueva Zelandia tiene presencia importante en la estructura energética.

absoluta. La teoría económica, en particular, desde los inicios de la etapa científica, ha pervivido siempre obsesionada con el crecimiento. Podría decirse que toda ella apunta a propulsarlo. Nelson (2005) nos dice “*Si los economistas tuvieron un impacto modesto en generar crecimiento (...) sí tuvieron un rol central en brindarle legitimidad social*”. Fueron excelentes vendedores de la idea. En los inicios, tres siglos atrás, nivel de vida y calidad de vida avanzaban en paralelo. Hoy ya no, como hemos intentado plantear en el acápite anterior. Pero “*la filosofía liberal y la marxista sólo se preocupan del nivel de vida y no de la calidad de vida*” (Ph. Saint Marc, *La Contaminación*, Ed. Salvat, Barcelona, 1973). A la vez, ambas líneas principales fueron soslayando, por su presunta lejanía, la finitud de la naturaleza²⁴.

Lamentablemente, en especial desde la obra de **H. Barnett y Ch. Morse** (“*Scarcity and growth: the economic of natural resource availability*”, J. Hopkins UP, de 1973) y la sección “*Natural Resources as a constraint on economic growth*” de la *American Economic Review, Papers and Proceedings* (de mayo de 1973), **la idea predominante ha sido que sólo es válida la escasez ricardiana** (o relativa), ya que los precios nos permiten lidiar con la escasez relativa por vía del mecanismo de sustitución; así como también que el proceso científico-técnico (el cambio tecnológico que desplaza la función de producción) borra las restricciones absolutas. Son dos optimismos paralelos: **el económico** (que supone que el mercado libre salva la escasez ricardiana) y **el científico-técnico** (desde cuya mirada no es preciso prestar atención a la escasez absoluta pues se parte de la creencia de que la revolución científico-técnica nos salvará de ella). Respecto de este último optimismo desmesurado, valen las prudentes palabras de Vitousek “*Cambiamos el planeta más rápido de lo que llegamos a entenderlo*” (citado en Fitoussi *et al.*, 2008, Cap. 2).

Pero he aquí que cuarenta años después de aquellos escritos **la presencia de la escasez absoluta es difícil de negar**. La naturaleza impone una restricción general, **dada por el carácter finito del planeta Tierra** y las conclusiones (aceptadas) de las leyes de la termodinámica. Esta situación ya la planteó con agudeza **Nicholas**

²⁴ Y aunque en la tradición *liberal* teorizaban un límite, el temido **estado estacionario**, se pensaba optimistamente en dos soluciones: La “ricardiana”, retardando el estado estacionario con técnica y comercio internacional; y la “keynesiana”, por un cese de la carrera consumista (Fitoussi y Laurent, 2008, Cap. 1)

Georgescu-Roegen (1906-1994) en *“The entropy law and the economic process”* (en 1973). **La baja entropía está presente en las cosas útiles, pero es escasa a nivel de conjunto.** Las reservas de *baja entropía* (combustibles fósiles, depósitos minerales) están limitadas en su cantidad total, mientras que la población y el consumo por habitante son crecientes (a tasas cada vez mayores). Por ende, **la escasez absoluta es clara y apremiante**²⁵.

Los precios pueden ayudarnos a lidiar con la escasez ricardiana, al incentivar la sustitución por aumento del precio relativo del recurso escaso, pero **el sistema de precios relativos nada puede hacer contra la escasez absoluta**, ya que, por definición, no es posible que suban todos los precios relativos (es decir, los precios relativos de todos los recursos). La sustitución, que incentiva el mecanismo de precios, significa reemplazar una fuente de baja entropía (un recurso) por otra (otro recurso), pero no hay sustituto posible para la baja entropía en sí (ya que por concepto es escasa).

Los recursos de toda índole son finitos por definición. Escasos, económicamente hablando. Es una cuestión de sentido común. Sin embargo, en la optimista ideología del crecimiento, se recurre a una respuesta siempre a mano: la salvación está en una tecnología más eficiente. Esta férrea creencia de que toda solución es tecnológica puede llevarnos a situaciones no buscadas. Pongamos por caso que obtenemos un método que permite un mayor rendimiento calórico del gas. Esto baja el costo por caloría consumida (además de reducir la carga ambiental). Pero como lógica consecuencia económica, aumentará la utilización de ingenios que usen gas (entre ellos, los automóviles), tanto en cantidad como en intensidad; de modo tal que se desemboque en un mayor consumo agregado de energía. Estaríamos ante la llamada *“paradoja de Jevons”*, quien en *“Coal Question”* (de 1865) planteó: *“Toda mejora en la máquina no hace sino acelerar el consumo de carbón”*. Y, entonces, *menos redundaría en más*.

²⁵ Cuando se recorre las discusiones sobre este punto de la escasez, pareciera que lo único que preocupa es la escasez energética, y que ésta se puede salvar por las ya famosas, aunque poco extendidas, energías alternativas a los combustibles fósiles. Pero esa no es la única limitación. **Todo es finito, y muy finito**: los minerales, el agua dulce, el agua no contaminada, las áreas cultivables, etc. No basta con encontrar fuentes de energía inagotable como podría ser la fusión nuclear (con todos los riesgos que, desde ya, implica su uso)

Para continuar esta línea de debate, es conveniente introducir la idea de **dos clases de necesidades: absolutas y relativas**. Las primeras la experimentamos en general, sin la presencia de condicionamientos sociales (alimento, refugio, vestimenta), en cambio las segundas emergen de un contexto social, y a menudo se han denominado “secundarias”. Pero, a su vez éstas han adquirido en el último medio siglo un dinamismo que va más allá de lo perentorio y secundario para caer directamente en lo superfluo y caprichoso, algo característico del dispendio presente en la “civilización del consumo”. A diferencia de antaño, **las necesidades que no existen “se crean socialmente” a gran ritmo**. De allí que **las necesidades absolutas** (primarias) **son finitas** y saciables, en tanto que **las necesidades “secundarias” son insaciables** (e infinitas)²⁶.

En un entorno social que considera, erróneamente en mi modesto parecer, sólo la escasez relativa y, a la vez, todas las necesidades como absolutas o primarias (aunque en rigor no lo sean), se desemboca inevitablemente en la obsesión por el crecimiento de la “torta” (pocas veces se piensa en sus “ingredientes” y en la cuestión central de su reparto)²⁷. Lo que hoy, y nosotros, como privilegiados que somos nos “comemos”, es lo que se les sustrae implícitamente a otros. Ahora..., y en el futuro. La aceptación de la presencia, por razones naturales, de **una escasez absoluta**, insalvable por precios relativos, a la vez que **el reconocimiento de necesidades superfluas, conduce a discutir la economía de estado estacionario o “crecimiento cero”**. Sin duda que con reducciones en el nivel de población (o al menos su estancamiento) *a través de tasas de crecimiento poblacional netas negativas* (o al menos *nulas*) y un bajo consumo

²⁶ Esta misma idea está en Keynes (“*The economic possibilities of our grandchildren*”), con leve variante, cuando señala que las necesidades absolutas pueden ser satisfechas por todos al mismo tiempo; pero las relativas, son aquellas que nunca podrán ser satisfechas a todos al mismo tiempo, porque cuanto más de ellas cubran algunos, menos satisfechos se percibirán otros (Braun y Llach, Cap. 13). Está hablando pues de que la proliferación constante de bienes “genera” en cierto modo pobres constantes (si los consideramos tales por no satisfacer sus necesidades).

²⁷ Ciertamente es que los economistas, y particularmente la Escuela Austríaca, siempre reconoció la escasez. Pero ésta era una escasez sin calificación, y finalmente, bien mirada, sólo se refiere a la “relativa”, superable por los “precios relativos” (eso se desprende de la famosa definición de economía de Lionel Robbins). Pero también es cierto que aquella época de formación inicial de la línea neoclásica era comparativamente un tiempo de abundancia natural y necesidades en general verdaderamente primarias. A Carl Menger le bastaban 15 minutos de caminata para encontrarse en un entorno boscoso de maravilla. No es el caso de hoy ¡Cuánta destrucción hemos realizado desde entonces como Humanidad! ¿Pensarían ellos lo mismo hoy, o se preocuparían como nosotros?

“planetario” *promedio* por habitante habría que preocuparse menos por la escasez absoluta.

LA POSICIÓN OPTIMISTA

La posición optimista (un rasgo del pensamiento de la Modernidad) confía en la tecnología como camino, por un doble efecto: salvar los problemas ambientales y potenciar, a la vez, el anhelado crecimiento. Por ejemplo, solucionar el temido efecto invernadero^{28,29} disolviendo en los océanos, sin la precaución necesaria, inmensas cantidades de hierro (en teoría, esto favorecería el fitoplancton, que absorbe carbono). Otro ejemplo, la tecnología eléctrica en el automóvil para reducir emisiones... pero mientras no se produzca un *adecuado cambio en la generación*³⁰, que sea no *contaminante*³¹, lo único que sucederá, en esencia, será alterar el sitio de contaminación: de la concentración citadina de automóviles a las centrales en zonas

²⁸ La combustión de los combustibles fósiles genera anhídrido carbónico (o dióxido de carbono), además de otros contaminantes. La atmósfera lo contiene en pequeña cantidad, pero creciente: en 1900, era el 0.029%; en 1960, era 0.0315%; en 1990, era 0.035%; en 2000, 0.037%; y en 2017, alcanzaba ya 0.0403% (según la OMM, Organización Meteorológica Mundial). Pese a sus valores, aparentemente reducidos, el anhídrido carbónico es una trampa térmica: durante el día, permite pasar la luz solar; pero a la noche impide la devolución de calor por la tierra en radiación infrarroja, generando el “efecto invernadero”. Los gases de invernadero son benéficos en cantidades adecuadas. Juegan como los cristales de un invernadero de jardín, atrapan el calor y mantienen el ambiente cálido..., pero ahora parece ser que en demasía. Y a una velocidad tal que no da tiempo de adaptación. Ese lento pero constante aumento de temperatura global que se origina bien puede romper el equilibrio de congelación/fusión de los hielos eternos (glaciares continentales y hielos polares). Los datos sugieren que esto realmente se está produciendo, lo que llevaría al aumento en el nivel de los océanos, quebrando el sistema climático mundial, y los ritmos estacionales, tal como los conocemos. Incluso más, como los gases son menos solubles en agua caliente que en agua fría, a medida que la temperatura crece, parte del anhídrido carbónico disuelto en mares y océanos, sería cedido rápidamente a la atmósfera. De tal modo, el ciclo perverso se aceleraría, y bien podría desencadenarse **un efecto invernadero desenfrenado**, con un impacto letal para todas las formas de vida actuales. En pocas décadas podríamos tornarnos un planeta como Marte o como Venus: inhabitable.

²⁹ Ciertamente es que hay muchos proyectos de geoingeniería para detener y revertir el cambio climático y/o también dar paso a nuevas formas de generación de energía (paneles solares orbitando, escudos solares de protección, envolver la tierra con lentes difractores, “cubrir” la superficie de los glaciares, etc.) pero son megaproyectos que encierran, a la vez, riesgos mayúsculos, que pueden tener consecuencias impensadas. Tal vez con impactos negativos más que positivos. Un sueño que consiste en *doblar apuestas*, despreciando la posibilidad de la “ruina del jugador”.

³⁰ Está en discusión si una alternativa válida es la generación eléctrica centralizada (o de cadena larga) o descentralizada (o de cadena corta). Esta última variedad, según sus defensores, reduce el impacto ambiental, y por lo tanto podría ser base del uso de autos eléctricos. En la actualidad, este modo descentralizado es del pleno uso en la red alemana *Emergiawende* (un tercio de la electricidad).

³¹ Todas alteran el medioambiente, de un modo u otro... también la hidroeléctrica, que con sus embalses cambia los paisajes, genera microclimas y destruye flora y fauna... y con efectos irreversibles. ¡Imaginemos el impacto del complejo de las Tres Gargantas en China! Se piensa en la nuclear (incluso para vehículos), por ejemplo, con una fuente radiactiva de plutonio, como la instalada en el robot Curiosity que opera en Marte. ¿y qué haremos con los millones de residuos radiactivos? también la eólica (con sus grandes molinos de viento, que suelen afectar a las aves, que mueren contra sus enormes aspas), aunque ésta es muy puntual. El uso de paneles solares exige la existencia de importantes baterías, que demandan buen volumen de recursos.

menos pobladas. Se suben ciegamente al sueño de la fantasía tecnológica... la tecnología ayuda, pero hasta ahora, en esta duplicación de apuesta que significa, no queda claro si, *en el largo plazo*, está beneficiando o perjudicando

A esta altura del relato, el lector está en pleno conocimiento de que nuestra preocupación es el efecto *neto* del crecimiento. **Pero lo más preocupante más que la expansión en sí quizás sea su velocidad creciente.** ¿Qué queremos decir con esto? Pues que uno de los hechos presentes en la historia mundial es que **los países que en cada época crecen más rápido, liderando el proceso, lo hacen a tasas cada vez mayores**, tal vez con incontrolables repercusiones ecológicas, estructurales y sociales. Veamos. En el período inicial de la Revolución Industrial, Gran Bretaña, la nación líder, vio crecer su ingreso por habitante a un ritmo del 1.3% anual entre 1780 y 1840. El país que le siguió, EE.UU., entre 1840 y 1914, creció al 2%. La siguiente nación que toma la posta, Alemania, lo hace al 2.3% entre 1870 y 1914. Argentina lidera entre 1870 y 1929 con 2.9% anual. En la posguerra, Japón aumenta su ingreso por habitante al 7% entre 1950 y 1980; y Corea, en 1965/1990, lo hace al 7.1% (Cfr. De la Balze, 1995). En los últimos 20 años, las tasas de las naciones que estuvieron a la cabeza en el despegue, como China o Kuwait, rondaron el 10% anual (período 1991/2002). Una velocidad casi 9 veces mayor que aquella de los primeros tiempos industriales, y 5 veces más que los EE.UU. en su época de despegue. ¡Vamos en un automóvil a velocidades cada vez más altas..., y no hay frenos!

NO ES UNA REVIVAL DE LA TEORÍA DEL DESARROLLO

Como esperamos que quede suficientemente claro, nuestra propuesta no es una *revival* de la Teoría del Desarrollo, pues aquellos autores propulsaban un crecimiento aunque con facetas sociales. Nuestra propuesta entendemos que va más allá, y cuestiona el propio crecimiento, argumentando que **puede haber desarrollo y progreso sin crecimiento.**

Es muy llamativo pero que lo que se mira como *peligroso* en el nivel micro no se percibe como peligroso en el nivel macro. De tal modo que se endilga la llamada “*crisis*”

de Toyota³² a la velocidad de su crecimiento, pero los mismos autores no perciben del mismo modo la cuestión en la dimensión macrosocial (que en esencia es más compleja en su manejo que la micro dimensión empresarial, y por tanto más vulnerable a los desajustes). Se sostiene que Toyota incrementó su capacidad productiva en 50% en solo una década, y que esa velocidad desembocó en los desequilibrios en su estructura que condujeron a masivas fallas de calidad. Así, Edward D. Hess, en su libro de 2010, *“Smart growth” (El crecimiento inteligente)*, señala la causa del problema. En su opinión: *“(...) la audacia con que Toyota (...) se proponía llegar al primer puesto del ranking mundial de ventas contribuyó a crear fisuras (...) que desembocaron, a su vez, en esta crisis. La capacidad de la empresa de vigilar la calidad puede diluirse cuando crecer se convierte en la meta dominante (...). Más importante que crecer es mejorar”*. Está claro que en una empresa la velocidad es un problema, generando desajustes ..., ¿y a nivel macro? ¡Qué selectiva y extraña ceguera!

IV. EL SISTEMA ECONÓMICO NO ESTÁ AISLADO

“A menudo se dice que hay que salvar el planeta pero no es la Tierra la que está en peligro sino nosotros”

Concepto de James Lovelock,
en *Planeta Humano*, Documental BBC

Nuestra disciplina se construyó inicialmente sobre la dinámica de la Escuela Clásica, que observaba un límite externo, natural: la cantidad de tierra fértil. Era la visión pesimista o “lúgubre”. Sin embargo, a la par, el comercio internacional y la técnica eran vistos por los mismos Clásicos como caminos para salvar ese límite. Otra alternativa era el cambio en la forma de propiedad (que proponía la heterodoxia clásica, o sea el marxismo). Pero la Escuela Neoclásica (con la excepción de Jevons) dejó de lado el factor tierra y más bien miró el sistema como aislado. Y desde entonces así se presenta la economía: **como un “sistema autónomo”**. Es decir, aislado..., sin determinantes ni consecuencias externas. **Pero el sistema económico en verdad no**

³² Nos estamos refiriendo al aparente problema de diseño y control de calidad en Toyota, que saltó a la consideración pública en razón de las dificultades detectados con los frenos y el acelerador de varios modelos (entre ellos Corolla, Camry y Highlander, fabricados desde el 2005 al 2009)

está aislado; en rigor cuando las escuelas Neoclásica y Keynesiana (incluso la Clásica y la Marxista) construyeron sus esquemas durante el siglo XIX y principios del XX, *el axioma implícito de aislamiento* podía aceptarse razonablemente.

Pero hoy, debido a la exponencial capacidad productiva de la economía³³, aquel supuesto es imposible de sostener, resultando preciso considerar que la economía *“opera dentro de los límites de un ecosistema global con capacidades finitas”* de producción y absorción (ecosistema que, a nivel de conjunto, no es sino la biosfera) (Brown *et al.*, 1991). Pero no solamente no está aislado en cuanto a hace a los insumos que toma (materiales y energía) sino de los desechos (residuos y energía que disipa)

Brown *et al.* (1991) señalan que *“una medida útil del tamaño de la economía en relación a la capacidad de la tierra (...) es la porción del producto fotosintético del planeta que se destina a la actividad humana”*. Este producto, que se suele denominar **“producción primaria neta”**, es la cantidad de energía solar fijada por los vegetales a través de la fotosíntesis, una vez *“neteada”* de la energía utilizada por esas mismas plantas. En esencia es entonces el flujo de *“la energía bioquímica que sostiene todas las formas de vida”*. **Peter Vitousek**, en trabajo de 1986, sostenía que por entonces (con un producto mucho menor que el actual, aproximadamente un tercio) se destinaba a las necesidades humanas el 40% de esa *“producción primaria neta”*, dejando para todo el resto de las especies del planeta sólo el 60% restante. En el mismo artículo se señala que de continuarse las tasas de crecimiento de entonces (de consumo y de población) la proporción asignable a los humanos llegaría al 80% hacia el año 2030 (en el siglo XVIII, se estima que era inferior al 2%) (Vitousek *et al.*, 1986). ¿Cuáles serían las estimaciones actuales, considerando la explosión consumista de China e India... y de buena parte del globo?

LAS HUELLAS HUMANAS

En los 40 años que han transcurrido desde Brown *et al.* (1991) y Vitousek (1986), se han afinado más que los conceptos las formas de *“estimación”*. Entre las series de *“huellas o marcas humanas”* que vamos dejando a fines de la segunda década del siglo XXI tenemos la *huella de carbono*, la *huella ecológica* y la *huella hídrica*. **La Huella**

³³ Téngase presente que en una economía que crezca sólo al 2,5% anual, su nivel de vida se duplicará en el año 25 y en el año 65 estaría produciendo ya 5 veces más. Si crece al 5% anual, la duplicación del producto se alcanzaría a los 14 años, y en el año 32 se habrá quintuplicado.

Ecológica³⁴ es un indicador del impacto ambiental generado por la demanda humana de recursos sobre los ecosistemas. Para una población determinada es el área biológicamente productiva necesaria para producir los recursos que consume y absorber los desechos que genera dicha población. Representa pues la demanda. Por otro lado, está **la Biocapacidad** que constituye la disponibilidad de recursos. Es decir, representa la oferta. Ambas se miden en hectáreas globales, y su diferencia nos brinda déficit o superávit ecológico.

En 2005, el número de hectáreas bioproductivas mundiales por persona (*global hectares per person*) fue 2,1; pero el consumo por persona mundial fue 2,7. Es decir, se está sobreconsumiendo: **destruimos recursos a una velocidad superior a la regeneración natural**³⁵. Argentina está en el promedio mundial de hectáreas bioproductivas por persona (pero muy por encima de China e India). Según datos de *Open Data Platform*, en 2013, Argentina tenía superávit ecológico con nivel entre 2 y 4; Brasil entre 4 y 6, mientras Chile tenía déficit. Los países con mayor déficit ecológico eran el Reino Unido, los Países Bajos y algunos del Golfo Pérsico (Emiratos y Kuwait). Mientras EE.UU., Japón y China operaban con un déficit de la mitad del existente para el Reino Unido o Alemania. (cfr. *Open Data Platform*, data.footprintnetwork.org).

Por supuesto que existen cálculos diversos. De acuerdo a estudios más recientes, en 2019, según la capacidad de regeneración de nuestro planeta y dado el uso de recursos mundiales actuales, se necesitarían 1,75 *planetas tierra* para cubrir lo utilizado en un año. Si la población mundial consumiera en 2019 como en EE.UU. necesitaríamos cinco planetas (o ecosistemas planetarios), si lo hiciera como en Australia 4,1 planetas..., como en Rusia 3,2, como en China 2,2, como en Brasil 1,7 planetas, etc. (Cfr. <https://www.overshootday.org/newsroom/press-release-june-2019-spanish/>). Nos estamos devorando los víveres y elementos que portamos en nuestra única y verdadera “nave espacial”: el Planeta Tierra. El riesgo de colapso está allí. Antecedentes de civilizaciones desaparecidas, según los indicios, por cambios ambientales o agotamiento de los recursos no faltan: los mayas, el imperio Khmer (en la actual Camboya³⁶), la antigua Sumer (en el actual Irak), la civilización de la isla de Pascua³⁷.

³⁴ Es preciso no confundir la huella ecológica con la huella de carbono. **Esta última es la suma de las emisiones de gases de efecto invernadero** (como el dióxido de carbono o el metano, entre otros), generados directa o indirectamente por un agente (o producto). Es la “huella” que se deja en el medio ambiente **con cada actividad que da lugar a gases de efecto invernadero**. Se expresa en unidades de carbono equivalente (CO₂eq). En la web, se pueden encontrar varios softwares en línea que permiten calcular la huella personal de cada uno y comparar (con las limitaciones del caso).

³⁵ El **déficit o el superávit ecológico** nacional es medido como la biocapacidad por persona de un país (en hectáreas totales) menos su huella ecológica por persona (también en hectáreas globales).

³⁶ La desaparición de Angkor (capital Khmer), según fuertes indicios, se debió a cambios medioambientales localizados. Bien pudo ser víctima de su propio éxito: el volumen de población habría llevado a una sobreexplotación del medio que habría acabado deforestando, erosionando el suelo y deteriorando su complicado sistema hidráulico (Cfr. Angkor, Ed. Gredos, Barcelona, 2018)

³⁷ Aunque un biólogo español, Valenti Rull, sostiene en “*La isla de Pascua. Una visión científica*” (Madrid, 2016) que la catástrofe no provendría del hombre como factor fundamental sino del clima (un período de sequía extremo). Pero otros, como los ecólogos alemanes A. Mieth y H. R. Bork, hablan de una tremenda deforestación de origen humano (la isla habría contado con 16 millones de palmeras, un

Aunque de los efectos negativos del crecimiento son los más difundidos y por eso resulta redundante señalarlos, no podemos dejar de realizar una brevísima mención a **los impactos ambientales**. Si bien el planeta se ha encontrado, en el pasado remoto, con constantes fluctuaciones climáticas, que van desde períodos muy fríos (glaciaciones) a períodos ciertamente cálidos, aquellos eran ciclos *largos*, de miles de años, y que por tanto daban mayores posibilidades de adaptación, y además respondían a fenómenos propiamente naturales, los cambios climáticos actuales son respuestas *aparentemente* a factores **antrópicos** (esto es causados por el hombre) y estarían dando pie a una Era Geológica Antropocénica (según Crutzen y Stoermer, en su artículo "*The Anthropocene*", publicado en 2000, citado en Fitoussi *et al.*, 2008, Cap. 1), totalmente novedosa para los tiempos biológicos de la Tierra.

Está de más remarcar que la velocidad de estos cambios hace muy difícil las adaptaciones de los seres vivos. La actividad económica humana de los tiempos que corren desde la Revolución Industrial, *según los indicios*, ha llevado a un veloz crecimiento de la cantidad de gases procedentes de esa actividad, especialmente por la presencia de los nuevos convertidores de energía fósil. Así los gases halocarbonados pasaron en la atmósfera de cero partes por millón en 1770 a 0.28 en 1990, el metano creció de 0.8 partes por millón en 1770 a 1.7 en 1990, el dióxido de carbono de 280 partes a 350, etc. Al explotar los combustibles fósiles el hombre ha cambiado aceleradamente la composición atmosférica³⁸. Este fenómeno *aparentemente*³⁹ conduce a un aumento de temperatura global a gran velocidad (calentamiento global), llevando el promedio de la Tierra a un incremento de 0.2 grados en 1950 (respecto de 1770), 0.35 grados en 1980 y 0.65 grados en el año 2000. Se entiende hoy que el punto crítico son los 2 grados Celsius⁴⁰. De acuerdo a la National Oceanic and Atmospheric

número que parece exagerado para una superficie de 16 km², lo que daría una densidad de 1 palmera por metro cuadrado... y más aún por superficie "neta", ya que existían espejos de agua y volcanes)

³⁸ Los combustibles fósiles son básicamente carbono e hidrógeno. Cuando son quemados, el carbono se oxida y produce anhídrido carbónico (hoy más conocido como dióxido de carbono), uno de los gases de efecto invernadero.

³⁹ Pese a nuestra adhesión a estas hipótesis, hablamos de indicios y decimos aparentemente pues en ciencia, hablando con estricta propiedad, nada hay definitivo; y mañana la hipótesis hoy predominante de una Era Antropogénica puede ser rechazada.

⁴⁰ Aunque hay diversas apreciaciones, según Paul Rose (ex vicepresidente de la Royal Geographic de Londres), en documental de la BBC, la estimación más confiable es la de Naciones Unidas, que sin

Administración (NOAA) de EE.UU. “julio de 2013 fue el 341º mes consecutivo de una temperatura global por sobre el promedio del siglo XX” (de Ambrosio, 2012, pag.64) Todas estas cadenas de modificaciones llevan a cambios globales impredecibles, como por ejemplo en variaciones en la ubicación de las áreas ciclónicas y anticiclónicas, y con ello en los regímenes de lluvias, la cantidad de hielos polares, el nivel del mar, la superficie de los glaciares, etc. De tal modo, **estamos alterando las condiciones ideales para soportar una vida compleja.**

A su vez, con la tala acelerada de extensos bosques se destruyen las “fábricas” de oxígeno y se interrumpe la absorción de dióxido de carbono. Son tantas las variables en juego, y complejas las relaciones entre ellas, que es muy difícil predecir las consecuencias futuras, pero las proyecciones existentes son dramáticas en su pesimismo.

Incluso, lamentablemente, el mismo proceso se autopropulsa. Al aumentar la temperatura global, las zonas polares, en las áreas de hielos oceánicos (por ejemplo, el Ártico y la Barrera de Ross en la Antártida), en los lugares donde los hielos son más delgados, y existen grietas, se produce una absorción de calor proveniente de la luz solar, y esto libera gran cantidad de partículas de carbono atrapadas. Estas partículas ascienden hacia la superficie, convertidas en dióxido de carbono, y una vez en la atmósfera potencian el efecto invernadero (y con ello el recalentamiento, la liberación de nuevas partículas y así sucesivamente en un peligroso círculo vicioso). ¿Y cuál es la reacción de la sociedad? Muchos están preocupados pues el proceso físico-químico se ve incontenible (y en auge, dadas las pautas culturales, económicas y de consumo

embargo pronosticaba un rango muy amplio para el siglo XXI, de entre 1.4 y 5.8 grados. En estudios diversos que menciona en el mismo documental, la estimación de cambio más probable sería de tres grados (superando el punto crítico). Es cierto que han existido cambios climáticos globales importantes en el pasado (p.ej. el óptimo atlántico medieval) pero estos cambios se debieron a causas naturales (por radiación solar y cenizas volcánicas), y los modelos climáticos en base a esas variables replican muy bien los valores térmicos históricos. Pero los mismos modelos no pueden replicar la evolución de las temperaturas desde 1850 en adelante con las mismas variables naturales del pasado (radiación solar y cenizas volcánicas). Solamente lo logran incorporando efectos de la acción humana: los gases del efecto invernadero. En otras palabras, lo que revela el modelo es una Era Geológica Antropocénica. Es decir, generada por el hombre (concordando con la mencionada idea de Crutzen y Stoermer, op.cit.). Los datos sugieren que la Tierra tiene ciclos naturales de enfriamiento y calentamiento. En esta época geológica deberíamos estar transitando lentamente un sendero de enfriamiento hacia una próxima Era Glacial,.. pero observamos lo contrario, rompiendo los ciclos naturales de la Tierra. En ese sentido, estamos en un camino sin precedentes.

actuales); pero otros, la mayoría diríamos, ven la “ventaja económica” del derretimiento de los hielos árticos, ya que permitirá nuevas rutas marítimas entre Europa del Norte⁴¹ y el Este de Estados Unidos con el expansivo comercio del Lejano Oriente (Corea, Japón y muy especialmente China); y como sabemos la reducción de costos de transporte genera, *ceteris paribus*, un aumento en la tasa de crecimiento de producción y consumo..., algo que finalmente es el anhelo de políticos en el poder y técnicos gestores de política.

Para completar el casillero de peligros, llegaron **los alimentos transgénicos**. La introducción de genes nuevos en el genoma de la planta o del animal manipulado provoca transformaciones impredecibles⁴². No es que el método acelere procesos de por sí naturales sino que trabaja *contranatura*, sobre procesos que jamás podrían haberse producido (al menos hasta los conocimientos científicos actuales), tal como que un tomate transgénico tenga el gen de un pez. Una “cruza” que no parece naturalmente probable. En estos “experimentos”, en los cuales la biosfera toda participa, hay suficientes peligros reales como para afirmar que los alimentos de estas fuentes no son seguros. A punto tal que muchos países restringen su comercialización. **¿Y si es así, por qué se continúa con esto?** La respuesta es sencilla. **La palabra mágica es crecimiento**. Por supuesto que los defensores sostienen que esto contribuye a erradicar el hambre del mundo. ¿Es que algún lector conoce un agricultor que aplique el terrible *glifosato* (un herbicida *transgénico*) a su sembradío de soja *transgénica* por causas sociales tan atendibles como erradicar el hambre?⁴³ Lo hace por la sencilla

⁴¹ Después de 500 años, estaríamos creando el buscado paso del noroeste (que persiguió Juan Gaboto, entre otros). Llegar al Pacífico desde Europa del Norte a través del Ártico insumiría unos 7.000 km menos aproximadamente.

⁴² “Hay suficientes peligros reales como para afirmar que estos alimentos no son seguros. Las experiencias pasadas con biocidas como el DDT aconsejan prudencia extrema” (Cfr. *Gran Enciclopedia Espasa Calpe, Bs.As., 2005, Tomo 38*). La introducción de genes provoca transformaciones genéticas impredecibles, así como alteraciones del metabolismo celular del alimento no manipulado. El proceso puede acarrear la síntesis de proteínas extrañas al organismo (que, por ejemplo, generan alergias), la producción de sustancias tóxicas (ausentes en condiciones naturales), así como modificaciones de las propiedades nutritivas. Los cultivos transgénicos ponen en peligro la biodiversidad y potencian la *contaminación genética*, ya que existe el posible escape de los genes transgénicos resistentes a los herbicidas hacia las poblaciones silvestres, incluso dando pie, potencialmente, a “super malas hierbas” (*Gran Enciclopedia Espasa Calpe, Bs.As., 2005, Tomo 38*).

⁴³ Sobre este particular es interesante recurrir al artículo en mimeo de Alberto Lapolla (Director del Instituto de Formación de la CMP), “*Las 52 millones de toneladas de soja transgénica y la ética de científicos e ingenieros agrónomos*” (2010)

razón de que aumenta rendimientos y baja costos (individuales)⁴⁴. En definitiva, por que sube las ganancias..., aunque en el largo plazo, en un siglo, no podamos saber qué repercusiones podrían tener estas aplicaciones. **Y los Estados, en muchos casos, ¿por qué no prohíben estas prácticas? Por que favorecen el crecimiento;** y ésta parece ser la única meta que importa (ya que, centralmente por su cumplimiento, son evaluados los gobiernos en las urnas)

Esto es, **mientras la sociedad “exige” más y más bienes**, y los políticos y gestores de política económica hacen todo lo posible para suministrárselos (y a tasas crecientes), **el proceso delata costos sustanciales** (en salud humana, congestión, contaminación, desertización y hasta violencia social) y con un “agotamiento” biológico apremiante en el horizonte.

Es decir que, al hecho de que no hay producto sin costo (en recursos y contaminación) se suma que, si aceptamos que la economía es un sistema abierto, su funcionamiento no puede soportar una expansión al infinito. Sin embargo, **el conjunto de la población “no parece estar consciente de estas realidades biológicas”** (Vitousek *et al.*, 1986), incluyendo en ellas la propia capacidad humana de adaptación a una realidad mutante⁴⁵.

Y esto último, aunque muy frecuentemente obviado (salvo en los congresos médicos), es de enorme significancia. Así, si bien la creciente utilización de medios técnicos, que suprimen tareas enojosas o de un gran esfuerzo físico, **debería traducirse en un aumento genuino de la “calidad de vida”** (con habitantes más sanos y equilibrados) **paradójicamente se da lo contrario**. La deshumanización del trabajo y

⁴⁴ Por supuesto que se nos puede responder, desde la teoría, con el argumento de la mano invisible de Smith, que estaría obrando a favor de todos, pero está claro que en este caso la búsqueda de la máxima ganancia individual, al igual que sucede con un ladrón, en el viejo planteo de J. Bentham, no conduce a un óptimo social. Viene a cuento señalar la extraña dualidad ética que alguna gente defiende. Mira con buenos ojos que un hombre de empresa busque su interés personal (sea un *homo economicus*) pero condena a los políticos o a los funcionarios cuando actúan siguiendo también sus intereses personales (en ese caso, quieren un *homo angelicus*). Las causas ideológicas en este dispar juicio son evidentes.

⁴⁵ Resulta significativo que se acepte defender el concepto de *hábitat ecológico*, (como lugar físico de un ecosistema que reúne las condiciones naturales a la cuales una especie está adaptada, y que se sostenga la necesidad de la persistencia de esos hábitats so pena de dañar a las especies naturales) pero al mismo tiempo no se difunda ni se defiende con el mismo énfasis el concepto de *hábitat humano*, como el conjunto de condiciones físicas y culturales que posibilitan sin daño la vida de una población. ¿Por qué no se lo defiende? ¿Será por que el crecimiento altera (y velozmente) el hábitat humano, generando daño, y si se lo defendiera se estaría atacando el crecimiento, y esto es un tema tabú?

las relaciones laborales, la aplaudida competencia, la afanosa búsqueda de la elogiada productividad, la soledad de las grandes ciudades, la ruptura del intercambio natural con el medio físico, y la necesidad de adaptarse a un mundo que cambia de forma acelerada, ha conducido a la aparición de trastornos mucho más serios que el agotamiento muscular (para cuya recuperación nuestro organismo está plenamente preparado). El número de personas irritables, tensas, con trastornos digestivos, circulatorios, coronarios, alérgicos, con enfermedades autoinmunes, crece de forma alarmante. Aparece pues un *síndrome general de adaptación (el stress)*.

Esta “enfermedad” inespecífica fue observada tempranamente en la primera sociedad que, al cierre de la Segunda Guerra, vivía el último “grito” de la modernización: **la sociedad norteamericana**. En 1950, el médico **Hugo Bruno Selye**, publicó *“The stress of life”* (Mc Graw-Hill, NY, 1950), donde estudió el tema y creó el concepto, señalando que mientras hasta entonces la población moría de enfermedades *infecciosas*, tratables por la medicina clásica, ahora, la gente padecía (y moría) de enfermedades de desgaste o degenerativas (muchas de ellas, “autoinmunes”), apuntando que eran originadas por ese fenómeno biológico de la *“incapacidad general de adaptación”* (y particularmente del sistema hormonal) a las presiones y situaciones cambiantes, propias del frenético ritmo de la vida actual. En definitiva, enfermedades originadas por lo que él llamó *“stress”*⁴⁶. **Daño en el corto**

⁴⁶ Pero *¿es el stress una enfermedad?* La respuesta no es simple. Hans Selye lo define de una manera amplia: *“El stress es una respuesta no específica del organismo ante cualquier exigencia”*. El cuerpo humano proporciona una respuesta ante cada estímulo que recibe. Cuanto más intenso sea éste, más intensa será la respuesta. **Y ante estímulos excesivos, hay respuestas excesivas**, que van debilitando el organismo para respuestas adecuadas a otros estímulos futuros. Dentro de su *teoría general del stress*, el doctor Selye le asigna importancia al que denomina *“Síndrome General de Adaptación”*, en cuyo primer escalón, como detonante están los **agentes estresantes**, que desencadenan una serie de modificaciones en el organismo (con el propósito de adaptar ese organismo al estímulo, de modo inmediato). Este síndrome de adaptación, particularmente al peligro, permitió (y permite) al hombre sobrevivir ante los ataques externos: un recolector primitivo, acechado por un tigre o un leopardo, contaba con esa veloz adaptación (que incluye importantes cambios fisiológicos instantáneos) para huir de la situación. Pero esto era momentáneo y pocas veces se presentaba en un recolector prudente; pero, en cambio hoy, es una presencia periódica, casi seguramente diaria, por no decir constante, solamente que **hoy no es un leopardo sino las exigencias sociales las que acechan**. Peor aún, Selye señala que **los efectos no se remiten a una reacción de emergencia sino que perduran luego de los impactos de los agentes estresantes**, con el fin de prevenir una hipotética exposición futura y próxima. Otros especialistas señalan la importancia de un elemento permanente en la sociedad moderna: **la ansiedad** (que, en muchos casos, surge de la tensa espera de una próxima e inminente agresión social). Esta adaptación orgánica ante los factores estresantes **provoca una acentuación del funcionamiento**

y, lo más preocupante, en **el largo plazo**. Y esta situación patológica se va agravando a medida que se profundiza la velocidad del *American Rhythm of Life* (y su difusión mundial a través de la globalización y los conocidos efectos “*demonstración*” y de “*grupos de referencia*”, siempre presentes en los procesos sociales de copia por las culturas periféricas a las culturas centrales).

Podemos agregar que, en razón de la gran capacidad de producción actual, el peligro es mucho mayor. En el siglo XVIII, podía estallar la gran caldera de una máquina a vapor, hoy puede volar una central nuclear. **La sofisticación de los medios lleva a la sociedad a ser más vulnerable al error y la perversidad**. No obstante, se actúa, y sobre todo se vive, con imprudente inconciencia.

Es decir que innegables límites, aunque borrosos (y poco reconocibles en algún caso), señalan *la conveniencia* de un “*estado estacionario*”, y mucho antes de que llegue a ser una necesidad imperiosa..., ya que, como sabemos, **los procesos presentan un “punto de no retorno”⁴⁷**.

Existen grandes debates sobre si existe cambio climático; y de existir, cuál sería su causa. Sin embargo, hay un cierto consenso en la comunidad de científicos aplicados al estudio del clima: hay cambio climático y éste es de origen antropogénico (es decir, generado por la actividad del hombre). Se sostiene que los grados centígrados en que aumentó la temperatura, hace 55 millones de años, unos 6° Celsius (y que cambió los niveles de lluvias, de océanos, las corrientes marinas, etc.), y que lo hizo en el término de unos 20.000 años, podría acontecer, según se estima, en sólo 100 años. Es decir, a lo largo del corriente siglo (ver referencia de Paul Rose, en nota al pie en páginas previas).

glandular controlado por la hipófisis a través de hormonas llamadas “estimulinas”. Las glándulas comienzan a liberar grandes cantidades de adrenalina, cortisona y demás. Las cuales provocan visibles cambios orgánicos: vasodilatación, aceleración cardíaca y respiratoria, etc. El permanente estímulo de las glándulas suprarrenales suele llevar a fallas: hiper o hipofuncionamiento; pero incluso el propio centro de control, la hipófisis, enferma y acarrea sobreactividad o subactividad a las glándulas corticosuprarrenales, a la tiroides, a las gonadas, etc. *¿Y todavía nosotros, la gente de a pie, nos preguntamos el por qué de las reacciones desmedidas e irrefrenables en la vida diaria?*

⁴⁷ En 1997, se llevó a cabo la famosa Cumbre sobre Cambio Climático en Kyoto. Allí 125 países aprobaron el protocolo de compromiso. Pero EE.UU y China no lo suscribieron: el país que más contamina en el agregado (China) y el que más contamina por habitante (EE.UU.). Sin duda en defensa del *nivel de vida* pero no de la *calidad de vida* de sus habitantes. La 15° Conferencia sobre Cambio Climático, en Copenhague, diciembre 2009, que esperaban redactar una continuación de Kyoto no llegó a un consenso. Y la posterior de París, gastó demasiado dinero para los paupérrimos logros alcanzados.

Aunque hay quienes sostienen que esta es una sobrestimación, otros argumentan que es una subestimación, y la situación sería mucho más crítica aún. Según el Centro de Datos Climáticos de EE.UU (NOAA, en siglas inglesas), considera que el mes de julio de 2013 fue el 341° mes consecutivo de una temperatura global por sobre el promedio del siglo XX. De los diez años de mayor temperatura global, desde 1880 hasta 2013, nueve pertenecen al siglo XXI y el otro es el reciente 1998. En África, se suceden los records de calor, igual que en Austria, en Pakistán..., en Argentina. Nuestro país ha padecido, entre 2006 y 2013, los cinco años más cálidos desde 1906 (Acot, 2005; De Ambrosio, 2014). Todos hemos observado en nuestras vidas cotidianas recientes, tormentas, vientos, granizadas, inundaciones, que eran impensadas pocos años atrás. ¿Es preciso acotar algo más?

EL FACTOR CLIMÁTICO: UNA BREVE REFERENCIA,

La Humanidad ha vivido un sendero conectado al clima. Después de la última **Gran Glaciación**, hace 12.000 años (unas 600 generaciones) ha habido un clima *relativamente* estable, que permitió a los humanos “desarrollarse”. Precisamente el siglo más catastrófico, el siglo XIV, se inició con el período más frío y tormentoso en más de medio milenio, que afectó a las cosechas: fue el principio de la **Pequeña Glaciación**. En Europa, los veranos fueron muy húmedos y se arruinaron los cultivos, dando paso a la Gran Hambruna (en la cual, desdichadamente, el 20% de nuestros abuelos partió). Pero no fue lo peor. Aparentemente, el cambio climático global afectó a los roedores en el Asia Central, y a un organismo biológico que portaban y transmitían a través de sus pulgas (en realidad, el cambio afecta siempre *a todos los organismos biológicos...*, *a unos más y a otros menos*). Así se generó el inicio del gran brote de la Terrible Peste de la cuarta y quinta década del siglo XIV⁴⁸. El cambio climático natural generó las condiciones para la Gran Peste, pero **fueron los desplazamientos humanos los que la dispersaron**, por las rutas comerciales y los senderos de los ejércitos, primero en el Asia y luego en Europa. Pero desde la Gran Peste, hasta el siglo XX, el clima fue muy estable (lo que implicó que resultará predecible) como en pocas oportunidades antes, y eso permitió condiciones de crecimiento y, también, en parte de desarrollo..., hasta fines del siglo XX.

Hasta aquí se puede tener la impresión de que los únicos impactos dañinos del crecimiento son a la salud y al medio ambiente..., pero no es nuestro parecer. Los costos de daño no alcanzan sólo a lo psicofísico y ambiental sino que, según

⁴⁸ Esos fueron sus años como pandemia, pero la peste permaneció endémica en Europa, cuando no epidémica en diversas olas posteriores al siglo XIV, incluso en el siglo XVIII (en especial en el Oriente asiático).(Cfr. J. Betrán, 2006, Historia de las Epidemias en España y sus Colonias, Madrid)

desarrollaremos en los próximos acápites, quizás el mayor mal, la mayor pérdida, sea social.

Para eso, es menester **la construcción de un nuevo “paradigma” en el análisis económico. Un paradigma que podemos llamar de “antieconomía”⁴⁹**, ya que desde los inicios del pensamiento económico científico con A. Smith la meta fue, salvo contadas excepciones, “potenciar el crecimiento”. Simultáneamente es preciso un cambio de valores en el conjunto social: el paso de la desmesura a la moderación. Lo cual, desde ya, es lo más difícil. A la vez, y como consecuencia de las dos metamorfosis anteriores, **se impone un cambio en las instituciones que permita implementar, sin daño social mayor, la meta de un “estado estacionario”**.

Pero engañosamente, la sociedad de consumo, y sus dirigentes (no sólo políticos sino también académicos), defienden mayores niveles de crecimiento bajo el argumento de que todavía hay quienes no cubren sus necesidades absolutas (o primarias). Argumento falaz, ya que no es un problema del tamaño de la tarta sino de cómo se distribuye (espacial y funcionalmente).

Cabe acotar que si bien el crecimiento podría, *y digo solamente podría*, colaborar en aliviar o hasta cubrir las necesidades primarias de los “pobres”, **no por ello dejarían de ser “pobres” ...**, es más, **posiblemente su pobreza crecería en términos relativos** (al multiplicar el mismo crecimiento las necesidades “sociales” o la presencia de los llamados “bienes posicionales” o de status, a los cuales la gran mayoría no tendría inmediato acceso, Fernández de Castro *et al.*, 1987, Cap.7). Similar criterio es el que se maneja en la argumentación de Keynes sobre necesidades absolutas y relativas que ya mencionamos.

Es para destacar que en el mundo francés, la presencia de *les théories de la décroissance* ha sido importante (y aún tiene cierta presencia), pero también es

⁴⁹ El uso del término **anti-economía** no significa tácitamente que la temática de este artículo no sea un asunto de la economía como disciplina. El término lo hemos acuñado en razón de que **nuestra visión se opone a la visión económica predominante, que coloca al crecimiento como eje fundamental**. Así ha sido sostenido y defendido por prácticamente **todas las corrientes del pensamiento** económico, algunas acompañando ese crecimiento con un reclamo de índole redistributivo (como las corrientes socialistas) y otras no, pero siempre defendiendo el crecimiento como objetivo relevante. Podría hablarse también del *paradigma de una economía humana*.

marginada en el ámbito de la economía. Entre 1971 y 1975, Ivan Illich contribuyó con su argumentación de pensador social a esta teoría del decrecimiento.

V. CRECIMIENTO, DISTRIBUCIÓN, POBREZA Y EXCLUSIÓN.

“La alegría dura poco en la casa del pobre”

Refrán popular

“Lo que es naturaleza en los animales es miseria en los hombres”

Blaise Pascal (Pensamientos, 117)

Hemos llegado a uno de los más esgrimidos argumentos para justificar un constante e ilimitado crecimiento: la presencia de pobreza (el otro argumento es que sin crecimiento no habría progreso, por ejemplo en las técnicas médicas (ii)). Argumento engañoso pues deja de lado la posibilidad de “redistribución”, ya que mientras haya crecimiento económico habrá una esperanza de que pueda mejorar la vida de los “pobres” **sin sacrificio alguno por parte de los “ricos”** (lo que, en definitiva, cumpliría la definición de “mejora paretiana”). Pero la realidad es que el logro de una economía global sustentable *desde el punto de vista ambiental, y armónica y cohesionada desde lo social*, no es posible sin que los económicamente afortunados limiten su consumo para que los “pobres” puedan incrementar el suyo.

La sociedad postindustrial (y sus enclaves en las áreas subdesarrolladas) tiene en sí la semilla del exceso: **consumir más de todo** (juicio que incluso se desliza en la teoría del consumidor bajo el axioma “de no saciedad” o de “no saturación”: siempre se preferirá más a menos). Se convierte entonces en una sociedad “para privilegiados” (entre los que nos encontramos finalmente nosotros, aunque nuestra participación sea ínfima). Piense usted que los Estados Unidos, con un 5% de la población mundial consumía en los noventa, el 30% de los recursos globales de energía, y en cuanto a las materias primas rara vez bajaba del 20% del total consumido. Y este ejemplo nacional es perfectamente extensivo dentro de cada país, aunque no contemos con datos tan contundentes. Esto es, la sociedad de consumo por su propia mecánica *“de crear*

nuevas necesidades” (por la publicidad, por el cambio tecnológico) va generando “excluidos”⁵⁰.

Es así que se llega **a la opulencia como vicio**; y al error en la evaluación del crecimiento como meta. Efectivamente, para evaluar el crecimiento existen **problemas de estimación** de cada componente (precios relativos) **y de ponderación** de los mismos (peso de cada componente en una canasta de producción). Pero especialmente se dan dificultades para evaluar y ponderar los beneficios y los costos del proceso de crecimiento, ya que los primeros, los beneficios (la opulencia) son muy visibles y de corto plazo, mientras los segundos, los costos, en general permanecen ocultos⁽⁵¹⁾ y son de más largo plazo (pero resultan más persistentes, así en lo ambiental como en lo social). Por eso, **la opulencia, al ser de gran visibilidad, puede resultar fácilmente sobreponderada** con respecto a elementos menos tangibles, como la salud humana, como el medio ambiente, como los lazos sociales⁵².

Retornando al tema pobreza, es útil revisar el análisis de **Simon Kuznets** (de 1966) (*“Crecimiento económico moderno”*, Aguilar, 1973), quien sostiene que la relación entre crecimiento y desigualdad va cambiando, según sea el grado de desarrollo de las naciones. De tal modo que en las sociedades premodernas (p.ej. una tribu, el mundo medieval) hay bajo nivel de desarrollo y reducido nivel de desigualdad. Cuando se inicia el crecimiento, algunos pocos se enriquecen rápidamente (son los “ganadores”). La desigualdad económica se instala y crece. Pero cuando se llega a una etapa superior

⁵⁰ En la sociedad moderna en que vivimos, se encuentra latente, en el mismísimo nivel teórico, la idea de la exclusión. Esto es, quien no pueda producir al ritmo exigido por el “standard” debe quedar fuera (el enfermo, el no capacitado, el obsoleto por técnica..., el viejo). La meta es la mayor “productividad”, no la integración social.

⁵¹ En realidad están “ocultos” pues no se asocian al crecimiento, por ejemplo, la inseguridad y la delincuencia

⁵² Esta sociedad del exceso, de lo “superfluo”, recibió sus primeras alabanzas no por casualidad de un inglés..., un sibarita de su tiempo, el filósofo y economista David Hume. A mediados del siglo XVIII en “Sobre la seguridad de las artes”, que se encuentra incluido en sus “Discursos Políticos” (de 1752), escribe: *“Los límites entre virtud y vicio no pueden fijarse exactamente en este caso (...). El aumento y el consumo de todos estos objetos que sirven de ornamento (...) son beneficiosos para la sociedad (...). En una nación en la que no exista demanda de tales consumos los hombres sucumben en la indolencia (...) y son inútiles para la colectividad(...).”*

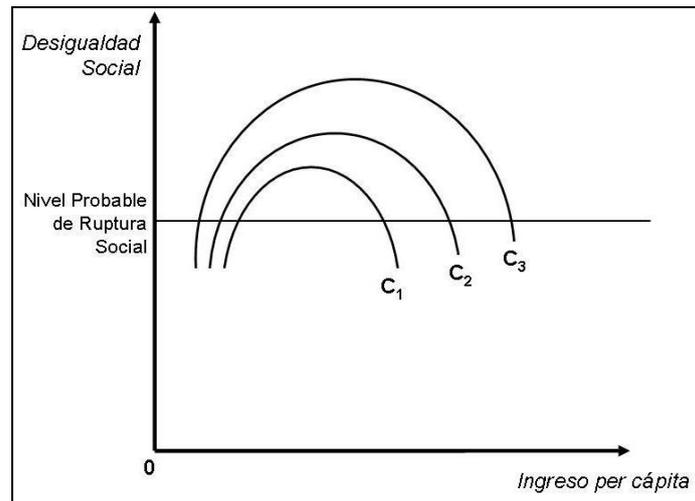
del ingreso por habitante, tal desigualdad social desciende. Se daría pues una “U” invertida⁵³.

Sin embargo, desde el análisis deductivo podríamos argumentar firmemente que el crecimiento incrementa la desigualdad (aunque puede aceptarse que “todos” mejoren en términos absolutos). El análisis es sencillo: si el crecimiento se debe a cambio técnico con incorporación de capital, y hay heterogeneidad entre los grupos en su capacidad para aprovechar ese “progreso” técnico; y adicionalmente aquellos que aprovechen tal cambio verán incrementar diferencialmente su productividad, y, por tanto, su ingreso relativo, puede concluirse que el crecimiento (que viene indudablemente de la mano del cambio técnico) conllevará un aumento de la desigualdad. Hay trabajos empíricos que encuentran indicios claros en esa dirección: Katz y Murphy (de 1992) y Acosta y Gasparini (de 2007), dicho sencillamente, explican que la incorporación de capital amplía la brecha.

Por otro lado, aquellas observaciones y análisis de Kuznets, podrían complementarse diciendo que **las tasas de crecimiento también tienen su importancia en el proceso**, y no exclusivamente el nivel de ingreso vigente. De manera que bien podemos hipotetizar una curva de Kuznets *para cada velocidad de crecimiento*: a mayor velocidad, más alta la curva. Es decir, mayor desigualdad para cada nivel de ingreso. Podemos teorizar también la existencia latente de un nivel de malestar social a partir de un nivel de desigualdad, que se entiende como socialmente *insostenible* (¿insoportable, quizás?) o **“nivel de probable ruptura social”**. Se presentaría un dibujo teórico de un mapa de curvas, como en la gráfica II, que remedaría de algún modo *el dibujo en perspectiva* de un túnel.

⁵³ La idea de Kuznets se basa en que los sujetos migran de un sector rural, de bajos salarios y reducida desigualdad, a un sector urbano de mayores ingresos (por mayor productividad) pero de mayor desigualdad. La situación posterior de menor desigualdad se produciría luego de varias décadas de crecimiento. Vamos a aceptar esta hipótesis como punto de partida del análisis. Los primeros trabajos empíricos se basaban en “cross-section” que avalaban el concepto. Sin embargo, datos posteriores, de series de tiempo por países han fundado trabajos que la cuestionan y puede decirse que van en dirección opuesta (Cfr. Deininger y Squire, 1996).

Gráfica II



Habíamos mencionado el *stress* como enfermedad del “crecimiento” por incapacidad de adaptación personal. Pues bien, incluso un optimista social, como Kuznets, sostiene sin embargo la presencia de una “*capacidad limitada del sistema económico y social para adaptarse a los cambios*” (Fitoussi, 2008, Cap. 2), lo cual es un límite olvidado, y que puede contribuir a la ruptura social que teorizamos.

Si miramos el contexto mundial, podemos decir que el crecimiento ha demostrado su capacidad para cubrir necesidades primarias pero su incapacidad para reducir desigualdades planetarias y locales. Según los cálculos de Maddison (citados en Fitoussi *et al.*, 2008, Cuadro 6, Cap. 3), en 1870, el índice de disparidad entre la región más rica y la más pobre del mundo (dividido en *megaregiones*) era de 5 y en 1998 de 19. El economista **Paul Bairoch** ha estimado que la diferencia de ingreso (nivel de vida) entre la población más rica y más pobre, por *grandes regiones*, antes de la Revolución Industrial era de 1 a 3. Con la Revolución Industrial llegó a ser de 1 a 30. En 1990, el ingreso de un estadounidense era 180 veces el de un etíope (Bairoch, 1997); y en el 2004, alcanzaba ya las 380 veces. En otras palabras, un habitante de EE.UU. consume en un solo día lo que un etíope promedio consume en más de un año. También se suele hablar de la *huella ecológica*, esto es la superficie necesaria para producir los recursos consumidos y residuos generados por una persona. En 2005, la huella de un estadounidense era de 9.4 ha, y de un habitante de Malawi 0,5 ha (Campos Salvá,

2010, pag.17). Para otros datos, véase el Recuadro “Las Huellas Humanas”, en páginas anteriores).

Consecuencia de esta hiriente disparidad, algunos *“encuentran virtudes ecológicas en las desigualdades (...) ya que si (...) todos (...) tuvieran acceso a la opulencia (...) ¿cuántos planetas se necesitarían?”* (Fitoussi et al., 2008, Introducción). Incluso si el patrón de consumo fuera el promedio de Argentina se necesitaría 1.2 planetas (si fuera el de Estados Unidos, el valor sería 5.4) (Leonard, 2010, pág. 213)⁵⁴.

Por si lo anterior fuese poco, un hecho similar se repite dentro mismo de los países, incluso se lo puede teorizar sencillamente. En Mario Polèse, 2009 (Cap. 5) se lee, resumiendo su argumentación: *“En cualquier sistema en que los ingresos (...) o las tecnologías estén cambiando, la estructura de la demanda está en constante mutación, en beneficio de ciertos productos y en detrimento de otros. A menos que se postule que todas las regiones (...) tienen las mismas ventajas para la producción de todos los bienes (...), se llega inevitablemente a la conclusión de que el desarrollo económico engendra las disparidades regionales”*.

VI. EL SECULAR DEBATE SOBRE EL PROGRESO... Y EL CRECIMIENTO

“Nos encaminamos hacia catástrofes sin precedentes”

Albert Einstein (citado en Wright, 2004)

Suele ser conveniente, en este tipo de debates, buscar el origen del vocablo, que en sí mismo suele encerrar toda una perspectiva. Suele considerarse que el término progreso proviene del griego *prokopé*, que aparece por primera vez en el vocabulario estoico, con el significado de *“mejora en la virtud”*. También se conecta al latín *“gredi”* (andar) y de allí *“progredi”*, caminar hacia adelante, avanzar y, por extensión, mejorar. Esta extensión surge remotamente del concepto aristotélico, que sostiene que el hombre busca avanzar hacia su potencialidad. Esto es, *transformar en acto lo que está en potencia*. También la idea del avance hacia **una perfección futura** está en la religiosidad hebrea antigua (los “reinos” mencionados por el Profeta Daniel); y, por

⁵⁴ Y eso que estamos contemplando el promedio de Argentina y Estados Unidos, lo que incluye a los “pobres” en ambos países; pero si el patrón de consumo fuera el de los *no pobres*, obviamente el número necesario de planetas sería mayor.

tanto, luego en el cristianismo. Así, para Max Weber, el *moderno* concepto de progreso no es sino una secularización de la perspectiva judeocristiana de la historia, de la esperanza *escatológica* y del Providencialismo Divino.

Pero aquella idea que originariamente apuntaba al comportamiento, a la conducta, se extendió luego a todos los planos materiales. Todo mejoraría con el paso del tiempo. Desde el siglo XVII, se inició un debate sobre el progreso mismo en el sentido cultural (y más adelante, ya en el siglo XIX, particularmente sobre el crecimiento económico).

Sin embargo, **las sociedades clásicas**, como la grecolatina, **entendieron que ese “estadio” de perfección**, que buscaban a nivel social, **estaba en el pasado**. En una “edad de oro”, ya pretérita. Entonces más que ir hacia adelante habría que caminar hacia atrás. Pero lo más común era más bien pensar en ciclos de decadencia y progreso. Así lo entendió Platón; y ya en el Renacimiento, lo reiteró Giovanni Batista Vico con su teoría de *“corsi e ricorsi”*.

No obstante, en la época “prerrenacentista” y renacentista, al redescubrirse el producto de las artes de la cultura clásica (fruto de una época de esplendor económico como fueron los tiempos romanos) y confrontarlo con su propio tiempo del “Quattrocento”, el resultado era desfavorable, con la conclusión de que el proceso que se había vivido, durante centenas de años, era de decadencia. Es decir, el redescubrimiento de la cultura clásica llevó a mirar aquel presente de los siglos XIV y XV como de una decadencia respecto de aquella admirada cultura antigua.

Pero a medida que las décadas pasaron, se fue conformando otro juicio contrapuesto; y fue emergiendo un debate. **Debate conocido como la “querrela de los antiguos”**, y que los sajones llamarían más tarde *“la batalla de los libros”*. Estrictamente, esta controversia sobre el avance de las artes (y luego del conocimiento y del proceder humano) surgió de una polémica literaria en la tercera y cuarta década del siglo XVII.

Primero **A. Tassoni** y luego **F. de Boisrobert**, escribieron cuestionando a los pensadores y poetas de la Antigüedad (y, particularmente, a Homero). Esto precipitó el debate. Había quienes preferían a los autores recientes, mientras otros se inclinaban

por los antiguos. Por entonces, ya en los mismos inicios, el conocimiento y su adquisición “racional” jugaron su rol: **Francis Bacon** se aleja de la tradición teórica aristotélica y propone una base solamente empírica e inductiva. Es el “*Novum Organum*”, al que se suma “*El Discurso del Método*” de Descartes.

El asunto del debate fue consolidándose con **Charles Perrault** en su “*Paralelo de antiguos y modernos*”. Los tratadistas entienden que allí se vislumbra ya una “**teoría del progreso**”, la cual tomará mayor cuerpo con la obra de **Bernard Le Bouvier de Fontenelle**, quien fuera Secretario de la Academia Francesa. En 1686, publica “*Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos*”; que fue una de las obras que difundió la nueva imagen científica. La cual, a su entender, superaba con creces la de los antiguos. **Entre las muchas proposiciones que allí señala como verdades definitivas** (algo muy típico de los científicos de todos los tiempos, a pesar de sus declamaciones de prudencia metodológica) **estaba aquella que sostenía que todos los planetas y la luna están habitados**, aunque sus pobladores difieren en tamaño, y sus diferencias aumentan con la distancia; de allí que “*un terrestre y un selenita se parecen más que un terrestre y un saturniano*” (*sic*), nos dice.

Envalentonado, por la recepción que tuvieron los dichos de la obra mencionada, **en 1688 da a la imprenta el texto que establecería la “teoría del progreso”**, al menos desde los tiempos de la Ilustración hasta la desilusión que la hecatombe de la Primera Guerra provocó. Aunque ahora, **particularmente desde los años noventa, ese ingenuo optimismo ha vuelto a ganar adeptos** entre la gente culta y los científicos (que incluso intentan, como Fontenelle, divulgar la ciencia, pero no por el conocimiento en sí, sino por propagar esa idea del progreso, siempre maravilloso e inocente, según ellos).

También en Gran Bretaña, se da la misma postura. Por aquellas tierras, como dijimos, se la denominó “*la batalla de los libros*”, nombre que le atribuyera **Jonathan Swift** (el autor de “*Los Viajes de Gulliver*”). **David Hume** también aportó lo suyo, y **sugirió que el crecimiento demográfico y el progreso estaban vinculados**.

El lector atento observará que esta idea de Hume no es sino un adelanto del esquema básico del “*modelo o mecanismo de crecimiento*” de la Escuela Clásica. De hecho, **el surgimiento de las ciencias sociales “modernas”** (que en el siglo XVIII, en

Gran Bretaña, se denominaban “ciencias morales”) **estuvo marcado especialmente por el discurso de la idea de progreso** (y, en la ciencia económica, de crecimiento, ya que con progreso se quería decir, a esa altura de fines del siglo XVIII, “**progreso material**” que se asimilaba a “felicidad”). Basta el ejemplo de los escritos económicos de Manuel Belgrano, las “*Memorias del Consulado*”, en donde dicho vocablo, “felicidad”, es de cita abundante, siempre con la acepción mencionada.

Después de una inicial visión optimista (o evolucionista) del “progreso” humano del siglo XVII y del XVIII (de Turgot, Condorcet, Saint Simon, Comte), se iniciaron algunos pequeños cuestionamientos sobre los costos de ese “progreso”. Ya en el mismo siglo XVIII, **J. J. Rousseau** en “*Discours sur les sciences et les arts*” (1750) afirmó que el progreso de la ciencia y la cultura corrompen la sociedad y la relación moral entre los seres humanos. Señalaba su parecer con conceptos definitivos, como los siguientes (que creemos perfectamente aplicables a nuestro tiempo): “*El progreso no ha mejorado al hombre. El hombre primitivo vivía feliz e inocente (...). La civilización tan sólo le ha proporcionado satisfacciones sensuales, estimulado su egoísmo y organizado la explotación social*”. Incluso posteriormente, en *Discours sur l’origine de l’inégalité parmi les hommes* (1755), Rousseau sostuvo que en ese proceso histórico la humanidad perdió dos importantes cualidades que caracterizaron su condición original: igualdad y libertad. Por eso sostiene, en *Du Contrat Social* (1762), la idea de superar la corrupción moral a través de un nuevo orden, de un contrato social. En algún sentido, se repitieron algunas miradas cautelosas y críticas en la última mitad del siglo XIX (en F.Toennies, en E. Durkheim). Paul Valéry proponía resistir frente al avance industrial, despersonalizante y masificador, mediante un retorno a las raíces humanistas clásicas, y una vuelta a la interioridad reflexiva.

Más tarde, pese a la creencia *hegeliana* de que la razón “se realizaba en la historia”, **la Gran Guerra de 1914-1918 dio pie a un cuestionamiento mayor** (v.gr. en Max Scheler), que se profundizó más tarde al encontrarnos con la más espantosa guerra de la historia, la Segunda Guerra (1939-1945), seguida de otras experiencias nefastas (las guerras focalizadas de la Guerra Fría), que desembocaron aún en cuestionamientos mayores; por ejemplo, en George Lukacs, “*El asalto a la razón*”, de 1959, **y dos**

décadas después en la crítica más contundente, la del *posmodernismo* (G. Baudrillard, F. Lyotard, etc.). Pese a ello, el común de la gente sigue inmersa en un inocente y hasta irresponsable optimismo.

Sin duda que **el concepto de progreso, en el sentido de “conocimiento”, es innegable**. En química, por ejemplo, es evidente que sabemos lo que ya conocía Lavoissier y mucho más aún. **Pero no puede decirse lo mismo respecto de las cuestiones sociales y económicas**. Sin duda que, **cualesquiera de nosotros cuenta con más medios que los que tenía un burgués del siglo XVII**, pero nuestras exigencias sociales son mayores. Por tanto, **resulta necesario algún criterio de valoración para poder afirmar si hubo o no progreso**.

Hace más de 100 años, **Max Weber**, enfrentado al mismo dilema, **concluyó**, para excluir juicios de valor, **que una sociedad había progresado si se había dado un aumento de su complejidad**. Pero no se atrevía, y tampoco quería afirmar, que esta última sociedad fuera mejor que la primera. Incluso temía que fuera peor; y esto es bien claro en sus análisis y temores sobre la “racionalización” y sus efectos últimos de lo que podríamos llamar hoy una “superior organización”.

En cuanto a la crítica puntual del aspecto que en este trabajo cuestionamos, el crecimiento económico, tiene larga data y nombres ilustres, **Alexis de Tocqueville** (1805-1859), **John Stuart Mill** (1806-1873) y **Henry George** (1839-1897) entre los más conocidos y agudos. Tampoco podemos olvidar a precursores, que como Platón y Aristóteles, observaron con preocupación los cambios sociales en la mercantil ciudad de Atenas que se enriquecía; y *destruía, al mismo tiempo, sus lazos de solidaridad social*. En la Inglaterra del auge de mediados del siglo XIX, tempranamente los hombres con sensibilidad social se dieron cuenta de que aquella armonía de intereses que Adam Smith postulaba que el crecimiento generaría, en realidad no existe. **Es posible que en términos absolutos, el crecimiento aporte beneficios para todos, pero en tan desigual proporción que crea crecientes tensiones sociales**.

Un caso de cómo el crecimiento puede resultar “*perverso*” se encuentra en **los procesos que viven las economías “regionales”**. Es evidente que el crecimiento ha sido (y es) espacialmente desigual, como lo señalado por Bairoch y relatado párrafos

antes permite apreciar. No muchos economistas señalaron este aspecto, y con optimismo ciego entendían que las innegables desigualdades regionales desaparecerían precisamente *¡por el crecimiento!* Pero unas pocas voces dejaron escuchar su disenso: Rosenstein-Rodan, Myrdal, Kaldor. El economista húngaro **Paul Rosenstein-Rodan** (1902-1985), en un trabajo de 1943, sostuvo que los “países” de ingresos bajos a menudo se encuentran en una trampa pues ningún inversor se arriesga a iniciar el proceso de aplicación de capitales por ausencia de previas economías externas pecuniarias (p.ej. por deficiencias de infraestructura). Pero fue el sueco **Gunnar Myrdal** (1898-1987) quién destacó enfáticamente el hecho en 1957, diciendo “*La idea principal (...) es que (...) las fuerzas de mercado tienden a aumentar más bien que a disminuir las desigualdades entre regiones*”. Presenta su conocida teoría de la causalidad circular, que luego formalizaría otro húngaro, **Nicolas Kaldor** (1908-1986)⁵⁵, que apunta la profundización de las desigualdades espaciales: “*Un cambio no da lugar a cambios compensadores sino (...) a cambios coadyuvantes que mueven al sistema en la misma dirección que la modificación original, impulsándolo más lejos. Esta causación circular hace que un proceso social tienda a convertirse en acumulativo*”. Cuarenta años después, los estudios (de cuño neoclásico) de los llamados “procesos de convergencia entre regiones”, suelen concluir en la ausencia de convergencia. Es decir, que el crecimiento *por lo general* aumentaría las desigualdades entre regiones (para decirlo con un ejemplo, la diferencia en ingreso por habitante entre Ciudad de Buenos Aires o Córdoba y Formosa se pronostica cada vez mayor, Cfr. Arrufat, Figueras, Blanco y De la Mata, 2005).

Pero el grueso de todos estos aspectos cuestionables, o al menos debatibles, quedan silenciados por el dinero que llena nuestros bolsillos (y el consumo consiguiente). Precisamente, **el crecimiento da lugar a economías externas pecuniarias**, positivas para muchos, negativas en términos comparativos para otros (y no tan visibles). El mecanismo es fácilmente comprensible: el establecimiento o la expansión de una empresa incrementa la demanda de algunos productos, y de ese modo se aumentan los beneficios, *ceteris paribus*, de sus oferentes. En el sentido más

⁵⁵ Llama poderosamente la atención que ninguno de los críticos sea de nacionalidad anglosajona, quizás por no vivir la experiencia de una “debilidad comparada”.

amplio del término, el concepto incluye también un aumento de los beneficios como resultado de los incrementos de las distintas demandas, siendo estos incrementos determinados por la expansión del ingreso global de la economía (crecimiento). Dicho de otro modo, **existen economías externas pecuniarias positivas a nivel agregado** (Hagen, 1971).

Este concepto de externalidades pecuniarias, que se transmiten por el mercado, se debe a T. Scitovsky (en 1954). Estas externalidades pecuniarias positivas (por crecimiento, o sea por expansión de la demanda agregada) nos brindan una explicación “bien ortodoxa”, y sin salir del ámbito analítico de la economía, del sorprendente apoyo que el sector rural argentino recibió de grupos urbanos en su conflicto con el gobierno nacional en el año 2008 (por un asunto de impuestos a las exportaciones). Las economías externas pecuniarias volvieron en aliados incluso a grupos tradicionalmente indiferentes al agro, por no decir “adversarios” (vgr. la construcción), ya que en Argentina es la renta del agro un poderoso estímulo de la “*demandada agregada*” de la economía (particularmente por aliviar la restricción externa).

Pero así como existen economías externas pecuniarias positivas, **las hay negativas...**, que alcanzan a otros grupos sociales. Por ejemplo, los desarrollistas urbanos recibieron impactos positivos por el auge del agro (ya que los “chacareros” argentinos tienen como costumbre invertir en “ladrillos”), pero amplios sectores de la población de ingresos fijos recibió un impacto negativo, pues sus ingresos (y especialmente ahorros) no crecieron al ritmo asombroso que lo hicieron los precios de los inmuebles por el “efecto soja”..., y quedaron comparativamente excluidos de la vivienda propia.

No quisiera dejar de puntualizar una preocupación histórica, incluso para aquellos que defienden el crecimiento con vistas a un horizonte de largo plazo extendido. ¿El aumento de los precios relativos del agro favorece el “crecimiento” estructuralmente equilibrado de la economía argentina? ¿O, por el contrario lo obstaculiza, al dar pie a un tipo de cambio real desfavorable para manufacturas y servicios, generando la llamada *enfermedad holandesa*? Esta fue la preocupación de muchos en los años '60 y

'70, por ejemplo de Marcelo Diamand (Cfr. *"Agro e industria en la Argentina"*, Bolsa de Comercio de Buenos Aires, 1980) ⁵⁶.

BIEN SE MERECE PROFUNDIZAR EL DEBATE

Con todos los elementos señalados, biológicos y sociales, **la cuestión del crecimiento bien merece ser debatida...**, como lo fue antaño, y sencillamente no aceptarlo a ciegas. **Muchos defienden la necesidad del crecimiento ilimitado de modo independiente al hecho de que sea posible u "oportuno"**. Aunque pocos niegan que el crecimiento genera problemas (la contaminación, el hacinamiento, el daño ambiental general son ejemplos evidentes), un gran número sugiere que su prolongación es necesaria para resolver los problemas de desigualdad social. Pero como hemos intentado presentar, aunque de un modo más bien "impresionista", **estas desigualdades no disminuyen sino que más bien aumentan**. Hasta podría decirse que, con matices, a nivel global y nacional (incluso regional y hasta local) **el crecimiento es aprovechado por los "ricos" y soportado por los "pobres"**⁵⁷, que son simplemente "sobornados" con la promesa de una participación marginal en la sociedad de consumo resultante.

En lo personal, **siempre censuré la "sociedad de consumo"** (v.gr. en mi tesina de graduación, en el año 1976), desde los lejanos tiempos de estudiante de economía y sociología, pasando por los años de Profesor Titular a cargo de Sociología en la UCC, **pero al mismo tiempo miraba con buenos ojos el crecimiento**. Como la mayoría, tenía una imagen idílica de sus resultados. **Caía en los mismos errores de juicio que en estas líneas he criticado**. Neciamente no percibía que la "civilización del consumo" (que criticaba) no era sino la consecuencia ineludible, a la vez que la causa impulsora, del crecimiento (que defendía y propugnaba).

VII. SOCIEDAD DE CONSUMO: CONSECUENCIA Y CAUSA DEL FENÓMENO

"El hombre está condenado a la libertad"

José Ortega y Gasset

(afirmado antes que Sartre lo popularizara con su *"Estoy condenado a ser libre"*)

⁵⁶ Incluso algunos historiadores entienden que la decadencia española de los siglos XVII y XVIII tiene, entre otras remotas causas, la victoria de los intereses rurales sobre los urbanos en la fracasada "Rebelión de los Comuneros" (1519-1521) bajo Carlos V.

⁵⁷ Tal vez, los pobres aprovechan del crecimiento..., pero en una proporción mucho menor: lo cual hace crecer la desigualdad.

Los antiguos espacios de debate sobre el crecimiento se han ido extinguiendo. El juicio de la sociedad se encuentra adormecido, embriagados los ciudadanos por su rol de consumidores exitosos. Para avanzar algo más en el planteo en este breve acápite incursionaremos en la antropología económica y en la sociología general, pero antes recordaremos brevemente **el rol del ahorro en los modelos neoclásicos de crecimiento**.

En el elegante esquema de Solow-Swan, el ahorro juega para determinar el estado estacionario (en variables per capita). A mayor tasa de ahorro, mayor será el volumen de capital por habitante en estado estacionario (sentencia que pareciera “recomendar” el ahorro), pero se busca un estado óptimo (o “regla de oro”) que conlleva el máximo nivel de consumo por habitante, y esta línea teórica habla de “ineficiencia dinámica” para las situaciones de bajo ahorro. Sala-i-Martin resume la propuesta: *“La lección (...) es que (...) podemos asegurar (...) que ahorrar e invertir demasiado es malo, no se puede decir lo mismo de ahorrar e invertir demasiado poco”* (Sala-i-Martin, 2000, Cap. 1). En este último caso, la economía estaría en “ineficiencia dinámica” (aunque cabe aclarar que en *el modelo de crecimiento endógeno AK*, por ejemplo, no se presenta caso de ineficiencia dinámica). Otra de las moralejas es que aún en estado estacionario la economía crece al ritmo de la población, por tanto otra recomendación se desprende implícitamente de este modelo, particularmente considerando que la actividad empresarial mira el “tamaño de mercado”.

Si bien algunos pensadores (como Tocqueville o Veblen) entrevieron ya en el siglo XIX una sociedad de consumo, su fecha de inicio puede ubicarse en tiempo y espacio: en los años treinta, y principalmente al finalizar la Segunda Guerra y en Estados Unidos⁵⁸. En los años ´20, el mercado, en su enorme potencial, parecía mantener un ritmo lento, con riesgo de estancamiento. Se visualiza, pues, una singular estrategia de

⁵⁸ Es interesante considerar que los primeros impulsos de esta cultura del consumo y el crecimiento, en un matrimonio difícilmente dissociable, fueron brindados por el automóvil. Posteriormente el núcleo dinámico pasó a los electrodomésticos; hacia fines del siglo XX, esa dinámica se encontraba en el mercado de las Personal Computers; y en la primera década del siglo XXI, en las diferentes variantes de la telefonía móvil y de las telecomunicaciones cibernéticas, y también del turismo. **Por primera vez, el motor de mayor impulso está en el área de los servicios**, que no son tan “limpios” como se publicitan. El turismo, por ejemplo, “la industria sin humo”, además de depredar áreas antes intangibles consume una enorme proporción de la energía utilizada (en aviones, en transportes terrestres, en lujosos hoteles y restaurantes alumbrados “*como il giorno*”, etc. etc.) y del agua disponible.

ingeniería industrial basada en la más corta existencia de los bienes. En 1932, el economista Bernard London acuñó el vocablo con que se conoce esta particular estrategia: “**obsolescencia programada**”. Es por entonces que el sistema económico que antaño producía para satisfacer las necesidades primarias de subsistencia, y marginalmente algunas de carácter secundario, comienza a producir masivamente para aquello que bien puede considerarse no sólo secundario sino especialmente superfluo y caprichoso (ejemplos de lo cual podemos encontrar por centenares). Son las aristas más negativas del *american way of life* del siglo XX que se extienden al mundo. La nueva mecánica que se instala ya firmemente **no tiene como problema a resolver la cobertura de las necesidades sino su creación**. Y en este papel de crear necesidades, *el marketing y el diseño industrial* son centrales.

Así, uno de los componentes del *marketing*, la publicidad, “genera necesidades” y sirve de vehículo a un estilo de vida. Promueve valores sociales y arquetipos de comportamiento que hacen a la “civilización de consumo”. El sujeto de esta civilización es impulsado hacia el consumo (y no sólo de bienes sino de personas, de ideas, hasta de “*políticas públicas*”)..., y para poder sostener su ritmo de consumo (incluso en aumento) debe incrementar sus horas de trabajo y/o su intensidad, por encima mismo de sus posibilidades físicas (con el consiguiente daño para su salud). De no seguir ese ritmo, lentamente se ingresa en una “exclusión comparada”. Galbraith, en “*The Affluent Society*” (“*La sociedad opulenta*”) (de 1958), sostiene lo de “*opulencia privada, sociedad pública*”, dada la gran cantidad de desechos que genera nuestra civilización (en especial, la estadounidense) en pos del consumismo. Argumenta que contrariamente a la idea convencional de que la producción va cubriendo necesidades, hoy las crea: “*a medida que una sociedad se vuelve (...) opulenta, las necesidades van siendo creadas (...) por el mismo proceso que las satisface*”. Dice que se llega a un hecho que contradice al sentido común, ya que un gran problema de la sociedad opulenta es que produce demasiado, dando pie a lo que Galbraith llama en su obra *la ausencia de “equilibrio social*”. Propone, ya cerrando la obra, un singular impuesto a las ventas, que cambie el precio relativo entre bienes privados y bienes públicos, con

miras a ese equilibrio social, y dice: “*La relación del impuesto sobre las ventas con el problema del equilibrio social es extraordinariamente directa*”.

El consumo es visto, en esta civilización, **como necesidad absoluta, como una reivindicación**⁵⁹. Es el materialismo consumista como medida antropológica. ¡Somos porque consumimos! El mensaje cultural es claro: ¡quién no consume cada vez a mayor ritmo es socialmente excluido!⁶⁰. El consumidor común es poco conciente de que su forma de vida es modelada por la *obsolescencia programada o caducidad planificada* de los bienes que adquiere⁶¹. Hasta se sospecha, con buenos indicios, que hay softwares y/o chips que bloquean funciones informáticas al cabo de un tiempo para tornar inútiles, o poco menos, a los sistemas a que pertenecen. Este condicionante cultural, relativiza el concepto de libertad de A. K. Sen como valioso componente del *desarrollo humano*, ya que lo que el ciudadano persigue es aquello que su cultura valora; y, por tanto, puede, llegado el caso (como vemos a diario), hacer un muy mal uso de “esa libertad”; y, por tanto, no alcanzarse el verdadero desarrollo humano.

En el análisis postmoderno de **Jean Baudrillard** (1929-2007), en “*La Société de la consommation*” (1970), se afirma que, en una sociedad de consumo, los objetos no se limitan a ser consumidos. No se elaboran tanto para cubrir una necesidad como para indicar una condición social (lo cual surge por *la relación diferencial entre objetos*)⁶². De allí que, en la sociedad de consumo, los bienes son signos y la necesidad en sí queda relegada..., si es que alguna vez tuvo verdadera existencia.

⁵⁹ El turismo es un ejemplo de esas supuestas reivindicaciones consumistas y de sus efectos. El turismo internacional desde 1995 hasta 2018, según datos de la OMT, se multiplicó (en número de pasajeros) por 2,64. Es decir, que creció a un promedio anual de 11% aproximadamente. ¿Qué otro sector ha crecido a este ritmo? Como ya apuntamos se dice que es una “industria” limpia, pero la realidad es otra muy distinta. Seguramente es una de las más destructivas.

⁶⁰ Lo que es más, se va edificando un mundo de cínicos. Uno de los claros ejemplos de ceguera selectiva es que compramos alegremente teléfonos móviles y computadoras portátiles a precios “bajos”, olvidando que esos precios “bajos” son posibles, entre otros factores, por la capacidad de almacenamiento eléctrico de componentes en base a tantalio (un mineral que se obtiene del coltán), por cuya obtención desde 1996 la República Democrática del Congo (dueña del 80% de las reservas mundiales) está envuelta en guerras. Guerras que tal vez criticamos mientras escribimos en nuestra notebook; y hablamos por nuestro móvil.

⁶¹ Situación que se ha vuelto más notorio desde la masificación de la informática y los dispositivos electrónicos.

⁶² El estatus social, marcado por los objetos, ha estado presente a lo largo de toda la historia (y quizás de la prehistoria) ... pero nunca con la profundidad actual.

Básicamente se necesita aparentar, en especial en los jóvenes y adultos jóvenes. Distinguirse de los demás. **Acentuar la jerarquía social** (del grupo propio o del de referencia). Es una forma de culto del éxito y de la ambición (hoy considerada virtud). La avidez y los excesos desencadenan las extravagancias. Así la moda en el vestir se torna sofisticada, o pretende serlo, y al mismo tiempo reflejar un disconformismo fatuo: se usa a la vez jeans desteñidos (aunque caros), pero con perfumes de Kenzo Takada y accesorios de Versace. Un desenfreno típicamente *posmoderno*, con elementos *kitsch* y *heavy metal* (imitando en sus extravagancias a los nuevos e inútiles supermillonarios del *dolce far niente*: los mediáticos famosos y los deportistas)

El mundo de la publicidad instala en nuestra vida, más que tal o cual marca, **la mentalidad de consumidor**. Se recibe ese mandato en base a una serie infinita e indefinida de estímulos. Es *la psicología del consumidor representativo*, que estaba ausente en todas las sociedades anteriores. Paradójicamente, o quizás no tanto, **a medida que crece** en nuestra civilización consumista **la ambición por la felicidad terrenal, se acentúa nuestro nivel de insatisfacción**: más tenemos, más consumimos..., y más disconformes estamos en nuestro fuero íntimo (de tal modo que cuanto más “avanzadas” las sociedades, más peligrosos resultan sus “*escapismos*”: alcohol, drogas químicas, violencia, etc.). El consumo es hoy un claro exponente del “fetichismo de la mercancía” y del *neofilismo* (la devoción por la novedad; más que por su utilidad práctica, las cosas o servicios derivan su demanda de la propia novedad de ese bien). La moda se ubica como un mecanismo de inserción y de exclusión social; y con ella el proceso de repudio a lo “*demodé*”, a lo fuera de moda (*unfashionable*), en dimensión tal que podríamos también denominar a esta sociedad **la Civilización del Desperdicio**⁶³.

Hasta un maestro de la economía, como J.M, Keynes, en su afán por sostener un nivel de actividad no veía con malos ojos el desperdicio liso y llano. Calvin Hoover (de

⁶³ El nivel de residuos es una buena aproximación del nivel de vida (no de calidad de vida) de una economía. Hacia el 2007, el promedio mundial de residuos *urbanos* era de 160 kg. por persona año. En Italia el nivel era de unos 500 kg., en Hungría y en Suecia de unos 430, en Argentina de 360. Lo cual, dicho sea de paso, permite apreciar dos cosas: que el ingreso por habitante de un argentino promedio está hoy mucho más cerca del de un italiano o sueco, por ejemplo, de lo que las cuentas nacionales permitirían suponer; y que la argentina es una sociedad muy consumista (y por tanto generadora de gran nivel de residuos).

la U. de Duke) cuenta que en una oportunidad se burló por su uso mesurado de las toallas en el hotel, y tirando dos o tres toallas al suelo comentó que *“soy más útil para la economía de EE.UU. estimulando el empleo gracias a mi acción de desordenar las toallas que usted con su esmero para evitar el desperdicio”* (Citado en Brue y Grant, 2009, pag.153).

En defensa del actual perfil de sociedad, se ha hablado de **la democratización del consumo**; ya que, argumentan, productos y servicios que antes eran de uso exclusivo de las élites hoy estarían al alcance de “todos”, de la masa. Pero esto es falso. Aquella afirmación encierra, en su análisis, un error. Habrá productos otrora elitistas y hoy masificados (v.gr. el automóvil, el televisor); pero acontece que ahora **son otros los productos que no están al alcance de la masa..., o son otras las calidades** de los bienes consumidos por las élites. Los bienes siguen brindando una calificación de status para quienes los usan⁶⁴. En 1977, F. Hirsch habló de **“bienes posicionales”**, y ya el título de su libro apuntaba a un “límite social” a los efectos positivos del crecimiento⁶⁵. Hace 400 años, un caballero se transportaba en un alazán árabe y el villano pobre contaba con una simple mula, o un burro. Hoy, “todos” se desplazan en automóvil..., pero unos en Ferrari, Toyota o BMW y otros en Renault 12, o Fiat Spazio. “Todos” cuentan con televisor..., pero unos con pantalla de 14 pulgadas y otros con televisores con pantalla de LCD y “Home Theater”. Son bienes que cumplen funciones similares, pero están bien lejos de brindar idéntica “utilidad”..., es más, seguramente tienen un bajísimo nivel de sustitución en los grupos de altos ingresos ¿Es que alguno de los lectores piensa que el Renault 12 es un sustituto próximo de un BMW?

¡Como se ve nada ha cambiado! **La pobreza**, entendida ésta como una “privación relativa”, **persiste, e incluso posiblemente** (como valor relativo, no absoluto) **se ha profundizado.**

⁶⁴ Como ya apuntamos antes, siempre hubo bienes que marcaban estatus, pero nuestra cultura consumista remarca la competencia posicional: el mero hecho **de no aumentar el consumo** puede relegar al sujeto, incluso puede excluirlo de su grupo de pertenencia. La nueva *“producción flexible”* ha logrado una masificación en la posibilidad de diferenciación o distinción valorativa a través del consumo. Por ejemplo, haciendo uso de un celular o determinadas zapatillas pueden establecerse diferencias de status al interior mismo incluso de los grupos más pobres de una sociedad (que no por pobres quedan exentos de la influencia de la sociedad de consumo).

⁶⁵ Cfr. Hirsch, F., 1977; *Social limits to growth*, Cambridge UP. Estos bienes posicionales se emparentan con el concepto de “bienes Veblen” (que generan la utilidad de la ostentación).

Además de la pobreza relativa, se acentúa la alienación como fenómeno social (que recuerda la enajenación en psicopatología), motorizada por la autocolonización a que da pie el mimetismo cultural: **las formas de consumo** (de otros grupos y otras sociedades) **nos llegan, cada vez más rápido, por vía de los medios masivos de comunicación** (periódicos, revistas, televisión, cine, la Web). Como resultado, nuestras sociedades se autosometen a la particular visión del centro exportador del consumismo: los Estados Unidos (y en mucha menor medida, Europa). Ciertamente es que la “copia” al centro imperial en cada momento histórico ha existido desde tiempos remotos, pero indudablemente nunca con la fuerza psicológica, amplitud, profundidad y velocidad de hoy.

En una palabra, los fenómenos que aquí pretendemos pintar, y que en lo personal tanto nos inquietan, son los que afectan las costumbres desde la Revolución Industrial del siglo XVIII (y a tasas más aceleradas cuanto mayor sea la velocidad del crecimiento): la desintegración de los lazos comunitarios y hasta familiares, la pérdida del mutuo respeto, la cultura del derroche, la urbanización salvaje, la drogadicción, la violencia callejera. En una palabra, todas las características de lo que los sociólogos llaman “sociedad industrial urbana”, cuyas particularidades, según **Gino Germani** en *“Política y sociedad en una época de transición”*, son entre otras la exaltación de lo nuevo y la búsqueda del cambio así como la desvalorización absoluta de las pautas culturales preexistentes⁶⁶, la multiplicación de la diversión y el entretenimiento vacío (e incluso dañino, v.gr. las adicciones). En resumen, es la descripción de Nueva York tal como la encontramos en *“La hoguera de las vanidades”* (de 1987) de Tom Wolfe⁶⁷.

⁶⁶ Todo lo cual puede reducirse a una sola palabra, *neofilismo*, el amor por lo nuevo sólo por ser nuevo.

⁶⁷ Cabe apuntar, para completar la idea, que esta realidad se ha ido conformando por siglos, y en cierto modo, señala Max Weber, emana del individualismo calvinista. Incluso el juicio sobre la fortuna o desgracia de los demás está influido por la perspectiva individualista del calvinismo. Para la visión calvinista, el éxito personal era una manifestación de la Voluntad Divina (que, desde su perspectiva, así nos adelantaba nuestra predestinación). A medida que la cultura se secularizó, el éxito dejó de considerarse una prueba o reflejo de la Voluntad Divina. ¡Pero, inmersos en la visión cientificista del principio de causalidad, debía ser consecuencia de la voluntad de alguien! **Y se consideró entonces que el éxito demostraba la voluntad de la propia persona agente.** De tal modo, se cerraba el círculo: cualquier cosa (riqueza o pobreza, salud o enfermedad, poder o exclusión, soledad o compañía) será visto en adelante como un efecto absoluto de nuestras propias decisiones. ¡Si se está pobre, enfermo, excluido y solo es por que se quiso estar así! Dicho en otras palabras, se juzga como si todos tuvieran iguales oportunidades para trazar sus caminos (como si todos partieran de iguales circunstancias y el azar no tuviera el menor rol). Y dado que la consideración social es paralela al éxito, y éste se aprecia por la manifestación ostensible del consumo, **habitualmente**

Thorstein Veblen, a fines del siglo XIX, percibió los primeros atisbos de este fenómeno en *“The theory of the leisure class”*, 1899 (La teoría de la clase ociosa) hablando de un “consumo manifiesto”, o “consumo demostrativo”, que cumple con el fin de *manifestar hacia el medio social*, la propia riqueza y poder de la denominada (por Veblen) clase ociosa. Con posterioridad, se ha denominado “élite de consumo” a aquellos grupos que se constituyen en modelo de consumo para otros sectores sociales (de su propio país o del exterior). La expansión de este fenómeno del **“consumo como símbolo”** puede verse como uno de los sustratos de nuestra “sociedad de consumo”, consecuencia lógica de la mecánica de crecimiento instalada desde el siglo XVIII en occidente, y exportada desde entonces al resto de las culturas. Gandhi alguna vez afirmó que *“(…) la India está siendo oprimida, no por el tacón inglés, sino por el de la civilización moderna”* (Arndt, 1992, Cap. 1)

Como ya dijimos, **en los años 70, se fue conformando un estado de impugnación de la sociedad de consumo**; y, por consiguiente, a su disparador y sustento, el crecimiento. De tal manera que **se llegó a proponer clara y explícitamente el “crecimiento cero”**. Fue famosa, por entonces, la crítica y propuesta en tal dirección del líder socialista holandés, **Sicco Leenert Mansholt**, en 1972. Para ser sintéticos y sencillos, **las críticas se centraban en la desmesura del proceso del crecimiento y consumo**.

Uno de los críticos más punzantes, y hoy casi olvidado, **Herbert Marcuse** (1898-1979), estudió y criticó la **“clase de racionalidad”** sobre la que se asientan las sociedades industrializadas, **sean de economía de mercado o de economía socialista**. En definitiva, **sostiene que los hombres deben liberarse de la alienación impuesta por la sociedad industrial**. Para el sociólogo y filósofo de la Escuela de Frankfurt, en tanto el sujeto conviva en un marco social en donde el imperativo es figurar y consumir, bajo

tratamos de incrementar nuestro gasto, no solamente en búsqueda de comodidades superfluas sino de reconocimiento social (incluso para no ser señalado como anodino, como negligente). Esta idea, finalmente con otra secuencia, fue lo que defendió Veblen, con su concepto del “consumo ostentoso” que mencionamos en el texto.

un “paraguas” social de competencia económica, no existe posibilidad alguna de una sociedad “libre y pacífica”⁶⁸.

Incluso, pese a ser marxista, señala que la misma clase no propietaria de medios de producción está corrompida por la seducción del consumismo⁶⁹. En entrevista en una de las más importantes revistas germanas, “*Der Spiegel*”, resume: “*La necesidad de consumir, de utilizar y renovar artículos constantemente se ha convertido en una necesidad “biológica”. Esta segunda naturaleza se opone a todo cambio que pretenda romper esta dependencia (...)*” (citado en Reinisch, L. y K. Hoffman, 1974).

Aún antes de Marcuse, otros autores de la misma línea, la **Escuela de Frankfurt**, cuestionaron los grandes proyectos filosóficos y de ciencia triunfal, propios de la utopía del “*progreso ilimitado*”. En 1946, **Max Horkheimer** y **Th. Adorno**, en la “*Dialéctica de la Iluminismo*” cuestionan cualquier visión optimista sobre la actual civilización, sosteniendo que la auténtica *desalienación* del hombre debería pasar por una mayor aproximación a la naturaleza; pero que tanto las sociedades capitalistas, como los intentos fascistas y del socialismo real, por el contrario sólo habían concretado un desenfrenado dominio y explotación de la naturaleza para aumentar los consumos. **Una manifestación, según los autores, de la racionalidad instrumental, propia de la mirada del iluminismo**, que va así profundizando una creciente alienación. En realidad, en general **la Escuela de Frankfurt** sostiene que la sociedad occidental está aquejada por diversas enfermedades; y la tecnología, a diferencia de lo que creía Marx, es una de sus peores enfermedades. Permítaseme citar a Leonardo Boff, quien referencia a Horkheimer en una conferencia de 1944, en la Universidad de Columbia (luego publicada como “Eclipse”). Decía Horkheimer que “*el motivo principal que había generado la guerra seguía estando activo (...). Era el secuestro de la razón para el mundo de la técnica y de la producción, por tanto, para el mundo de los medios, olvidando totalmente la discusión sobre los fines. Es decir, el ser humano ya no se*

⁶⁸ En su relectura de Freud, Marcuse interpreta que las tensiones individuales son el resultado de tensiones sociales. Los problemas psicológicos del hombre no podrían ser superados por la terapia sino por un cambio social. Pero no todas son luces en Marcuse, también se pueden encontrar sombras. Por ejemplo, en “Una crítica de la tolerancia pura” (de 1966) propone una “tolerancia selectiva”. Lo cual deja abierta una puerta peligrosa.

⁶⁹ Además señala que la agresión, tal como hoy se manifiesta, es un producto histórico de una sociedad basada en una lucha competitiva por consumir con desenfreno.

preguntaba por un sentido más alto de la vida. Vivir es producir sin fin y consumir todo lo que se pueda” (Boff, 2008)

SOBRECONSUMO: IMPACTO EN LA PERIFERIA

Las sociedades periféricas, especialmente urbanas, padecen *el efecto demostración*⁷⁰ de las economías más desarrolladas (aunque ahora las llamadas “redes sociales” han incorporado el fenómeno a las áreas rurales). Esto que se da en la esfera del consumo es una manifestación cultural que también alcanza las aristas intelectuales. Una forma extrema del efecto demostración debiera llamarse más bien *efecto deslumbramiento*, el cual se ha agudizado con la globalización (algo que se adelantó en Di Tella, 1974). Un caso paradigmático es el turismo: hoy la gente no puede vivir sin un ejercicio frecuente del rol de turista⁷¹.

Estos efectos actúan con intensidad semejante en las diferentes clases y estratos sociales, si bien con distinto nivel de sofisticación. Los medios de comunicación de masas difunden poderosamente estas pautas de consumo: por la publicidad, por los comentarios (por lo común, poco acertados, aunque “veraces”)⁷² y por las públicas conductas de sus referentes. De tal modo, *“el individuo obra, a menudo como marioneta regulada por los grandes mecanismos de la sociedad y la economía, aunque tenga la vivencia de actuar con total libertad”* (Cfr. Di Tella, 1974). Todo esto tiene impactos en los hábitats (animales y humanos) y en los mismos procesos de desarrollo.

⁷⁰ Bien podría llamarse sencillamente efecto imitación o copia. Se dice de la consecuencia provocada por la conducta de otros individuos o grupos que se toman como referencia: las clases más bajas de las áreas periféricas suelen tomar como referencia las clases medias y altas de sus países; y las clases medias y altas de estos países miran como la conducta a imitar a las clases medias y altas de los países más avanzados (aunque sus ingresos absolutos sean mucho menores..., eso explica, en parte, los bajos niveles de ahorro de la economía argentina).

⁷¹ Se ha convertido en una aspiración casi “primaria”. Se viaja sin saber bien *lo qué significa* el lugar a dónde se va, con el sólo fin de hacer *shopping* y de obtener fotos para subir a las redes (de lo contrario “no existes”). Y, lo que es peor, tampoco se sabe mucho *de dónde se vuelve*. Antes tal conducta era propia de los contingente japoneses o coreanos; hoy es de todos. Se da lo que lo denomino jocosamente el *turboturismo*. Dos claras manifestaciones de este despropósito cultural se dan en Chernobyl (Ucrania) y en el Everest (Nepal). .En Chernobyl, hay una explosión turística, con más de 1000 personas diarias, pese al terrible riesgo de la radiación. En el Everest, se da el fenómeno de la congestión a 8.800 metros: se forma fila para hacer cumbre (pese al costo del permiso más el enorme egreso por los meses de expedición... no menos de 50 mil dólares). ¿No son dos locuras, particularmente la primera?

⁷² Hoy se habla de un concepto de utilización difusa y que puede dar pie a pasos en falso: la **veracidad** (en vez de la verdad). Basta unas líneas para comprender lo complejo del debate: *“La propia redacción que hace el art. 20. 1 d) de la Constitución española puede incrementar la confusión, al aludir a la expresión «información veraz», una noción cercana a la verdad, que exige un desarrollo (...). Hay que señalar que cuando se habla del «derecho a la información» hay autores que entienden que, implícitamente, se está introduciendo la referencia a la verdad, aunque no siempre es así. La doctrina ha destacado que la «verdad única» no existe, ya que el pluralismo implica una diferente visión de análisis de la realidad social. Eso significa que un mismo hecho puede ser explicado de diversas y plurales maneras, en un ejercicio de la libertad informativa, dejando patente que todas esas formas son veraces.”* (Cfr. Jesús López de Lerma, 2018, El derecho a recibir información veraz en el sistema constitucional. el ejercicio profesional del periodismo como garantía democrática, Estudios de Deusto, Vol. 66)

Citemos un párrafo, muy descriptivo de la trampa que transita nuestra doliente realidad argentina: *“La expansión económica queda rezagada, agobiada por la explotación demográfica, por la falta de capacidad organizativa o por la dependencia (...) o por esfuerzos prematuros en favor de la redistribución. Necesariamente se produce un atolladero, al subir las aspiraciones muy por encima de las posibilidades de satisfacerlas”* (Cfr. Di Tella, 1974, Cap. 3).

Esas aspiraciones (tan entorpecedoras como frustradas), que han sido conformadas por el efecto demostración/deslumbramiento, constituyen una rémora que en su momento **estuvo ausente** en los países que lideraron el “desarrollo” en el Siglo XIX, pues **no contaban con naciones más avanzadas a quienes copiar**

A su vez, si siguiéramos los argumentos de otro pensador, **Martin Heidegger**, podríamos concluir que **buena parte de su filosofía es una crítica**, si se quiere, **al estilo de vida de nuestra sociedad de consumo**; ya que desemboca como él decía en una “inautenticidad” del existir: es el vivir estando sujeto a un “lugar común”, junto a todos los demás. Heidegger señala la presencia de una vía central para incorporar a la gente en esta particular forma de existencia: **la ya mencionada publicidad**. El autor alemán **criticaba la cultura de masas y la sociedad tecnológica moderna** por alejar al hombre, a la vez, de la naturaleza y de su singularidad personal. Analiza con temor la tecnología y sus “efectos”. Habla de una *“actitud tecnológica”* hacia el mundo, la *Gestell*, que impide reconocer el “ser”, el *“esplendor de cada uno”*.

VIII. LA CONTROVERSIA ABIERTA: EL ESTADO ESTACIONARIO

“Ningún jugador es tan bueno como todos juntos”

Alfredo Di Stéfano

Ya en la Antigüedad, los maestros del pensamiento de occidente, desconfiaron y temieron al crecimiento, que destruía los lazos de solidaridad social. Comenzando por los Profetas Hebreos, que amonestaron a su Pueblo en razón de las desigualdades que emergían con el cambio social. Desde ya, que en una línea admonitoria *similar* estuvieron los pensadores griegos, particularmente Platón y Aristóteles⁷³. ¿La causa?

⁷³ Puede cuestionarse su perspectiva con diversos argumentos (por ejemplo, que perteneciendo a un grupo privilegiado pretendían mantener la situación preexistente), pero sin duda que esa perspectiva **es un agudo e ilustre antecedente en señalar aspectos negativos del proceso de crecimiento**; ya que como argumenta Schumpeter (1971), las causas por las cuales cada uno sostiene lo que dice, nada

La respuesta sencilla: ante sus ojos se mostraban las *pérdidas sociales* que implicaba en Atenas el cambio estructural⁷⁴ que conllevaba el paso de una sociedad agrícola-pastoril a una sociedad mercantil.

Platón, por ejemplo, miraba lo económico no como algo independiente sino subordinado al problema de hallar una organización sociopolítica que asegurara la realización de las virtudes humanas. De tal manera que se preguntó por el crecimiento: ¿crecer o no crecer? Como luego lo reiteraría Aristóteles, identifica el crecimiento directamente con el aumento demográfico; y señala que el efecto más inmediato y dañino es social: **la proliferación de las necesidades** (en paralelo con la producción). Digamos que, en nuestras palabras, *“cuanto más se tiene más se quiere”*. Esto lo lleva, y también a **Aristóteles**, a repudiar el crecimiento económico. Platón en *“Las Leyes”*, una obra de su madurez, fija en 5040 el número óptimo de familias en una *Pólis* (la comunidad urbana y sociopolítica de Grecia). A su parecer, tan estacionaria debe resultar la población como la “riqueza” ya que el “verdadero progreso” comienza cuando se detiene el crecimiento.

Mucho antes, durante su juventud, en *“La República”*, nos dice que el crecimiento no lleva necesariamente a mejorar la condición humana de los hombres “libres”. Si se crece desmedidamente, una *Pólis* sana se ve transformada en una ciudad “enferma”. Platón dice *“una ciudad de cerdos”*; y apunta que en realidad el crecimiento material empobrece al hombre (idea que repetirían con matices autores distantes, pero en esto coincidentes, como **Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, J. Stuart Mill, K. Marx**, entre otros). Así escribe que: *“(…) Si examinamos una sociedad con toda clase de comodidades tal vez descubramos cómo se origina la injusticia en las ciudades. (...) Si quieres demos un vistazo a la ciudad malsana (...). La ciudad sana de que he hablado ya no es suficiente; habrá que ampliarla y llenarla de multitudes cuya presencia no tiene más razón que la de cubrir falsas necesidades, impulsos excusables”*.

adelanta respecto a la certeza o error de la afirmación. Tal vez, estos autores y otros muchos puedan tener razones sociales o personales para defender determinadas posturas, pero puede que sus afirmaciones sean igualmente correctas, a pesar del interés que los mueve.

⁷⁴ Desde nuestra óptica, puede haber cambio estructural sin crecimiento (de hecho, mi propuesta eso implica), pero entiendo que no puede haber crecimiento sin generar un cambio en las estructuras socioeconómicas (aunque algunos estudiosos opinan lo contrario).

Entre fines del siglo XVI y el XVIII se desarrolla la llamada “*querrela entre los antiguos y los modernos*”, con nombres como B. de Fontenelle, Charles Perrault, Anne R.J. Turgot, I. Kant, que concluyó en la doctrina del “perfeccionismo”, muy valiosa en sí (p.ej. en proponer “*la eliminación de la desigualdad entre las naciones*” de Condorcet), pero que **en los hechos ha concluido en todo lo contrario**, ya que la desigualdad entre naciones es mucho mayor hoy que antaño. “*Hoy la relación entre los ingresos de los países ricos y los países pobres es de 400 a 1; hace dos siglos era de 5 a 1*” (Rodríguez Braun, 2000, pag. 48).

En la Inglaterra del auge de mediados del XIX, tempranamente los hombres con sensibilidad social se dieron cuenta de que aquella armonía de intereses, sobre la que teorizaba Smith y que el crecimiento eventualmente generaba, en realidad no existe. Es posible sí que en términos absolutos aporte beneficios para todos, pero en tan desigual proporción que crea enormes tensiones sociales. R. Malthus, J. Stuart Mill y K. Marx conocieron el mismo mundo económico..., ése en el que el sistema de distribución de una economía en plena expansión crea tensiones y no armonías.

Posiblemente el primer autor *de la Modernidad* que se preocupó por los efectos negativos del crecimiento (en este caso poblacional), aunque no en la exacta dirección en que aquí lo hacemos, fue **Thomas Robert Malthus**. El pensador inglés entendía que había una presión de la población sobre los recursos (en alimentos), y que esta presión era la “causa” central de la pobreza. Aunque en esto entendemos que estaba equivocado, es evidente que remarcó el principio de escasez, el cual es insoslayable, principalmente cuando hablamos de recursos materiales no renovables.

Los pronósticos pesimistas de Malthus (la trampa malthusiana como origen de la pobreza) fueron “criticados” por **Marx** bajo el argumento de que el problema social no partía de una escasez de recursos sino de una inconveniente distribución de la propiedad. Doscientos años después de Malthus y a siglo y medio de Marx, la realidad muestra una combinación de circunstancias: **el crecimiento desborda los recursos disponibles y agrava mundialmente la distribución de su producto.**

Si focalizamos nuestra atención en el período científico del análisis económico, observamos que los economistas clásicos, en su visión de largo plazo y bajo el

supuesto de los rendimientos decrecientes de la tierra, concluían en un pronóstico de estancamiento que se denominaba “estado estacionario”. Al cual veían con gran temor, ya que su teoría tenía por perspectiva final obtener y sostener el crecimiento. El principal expositor de esta perspectiva fue David Ricardo.

Por su parte, luego de David Ricardo, John Stuart Mill y Karl Marx vivieron y reflexionaron sobre el mismo mundo económico-social..., uno en el que, como dijimos, el sistema de distribución de **una economía en expansión crea tensiones y no armonías**. Por eso **John Stuart Mill**, como cierre de la Escuela Clásica tuvo una visión *heterodoxa* sobre ese temor al estancamiento. Su famoso capítulo “*Sobre el Estado Estacionario*” (“Principios de Economía”, libro 4, cap. 6) es poco considerado; y cuando referenciado lo es para desmerecerlo, señalándolo como una expresión errada de su análisis. Concordó en que la economía inglesa pasaría de un estado progresivo a un estado estacionario, pero **en cuanto a ese estado estacionario**, tan temido por Ricardo, en su visión personal **lo veía como una etapa anhelable** pues postergaría el afán de consumo y daría paso de tal modo a un período de progreso moral y cultural, donde sería posible la redistribución de la riqueza.

“Una condición estacionaria del capital y la población no implica un estado estacionario del adelanto humano. Habría margen como nunca para todo género de cultivo de la mente y del progreso moral y social (...) los adelantos industriales en lugar de no servir más que para el incremento de la riqueza, producirían un efecto más legítimo: abreviar el trabajo” (...) “No sé porqué habría de ser causa de felicidad que personas que son ya más ricas de lo que necesitan, dupliquen sus medios para consumir cosas (...) representativas de riqueza (...). Está de más decir que un estado estacionario de capital y población no implica una situación estacionaria del progreso humano. Entonces sería mayor que nunca el campo para la cultura (...) y para el progreso moral y social; habría las mismas posibilidades de perfeccionar el arte de vivir (...) cuando los espíritus dejaran de estar absorbidos por la constante preocupación por trepar. Incluso las artes industriales, se cultivarían con mayor seriedad y más éxito (...) y el adelanto industrial produciría su legítimo efecto: aliviar el trabajo humano” (Principios de Economía Política).

Para Mill, el estado estacionario era un estado preferible *“en el cual un filósofo como él no tendría inconveniente en vivir”* (Schumpeter, 1971); y la riqueza estaría mejor repartida *“como consecuencia de la prudencia y la frugalidad”*. Es más, escribió terminante: *“Sólo en los países atrasados el incremento de la producción es aún un tema importante. En los más avanzados, lo que se necesita es una mejor distribución”* (Mill, Principios, Libro 2). Podríamos extendernos en el pensamiento de Mill sobre este particular, pero es conveniente no abundar en más detalles. Debemos agregar que el joven Marx de los *“Manuscritos económico-filosóficos”* (1844) indica que *“la desvalorización del mundo humano aumenta con el incremento de valor del mundo de las cosas”*.

Otro autor que tuvo una mirada no convencional sobre el crecimiento fue **Henry George**, quien realizó un cuidadoso estudio de la realidad "dual" que se presentaba en ese momento en los Estados Unidos. Una observación central fue que por aquellos años, en su país, se experimentaba **un gran crecimiento económico con el consecuente aumento de la riqueza, pero simultáneamente se evidenciaba un continuo deterioro** (relativo al menos) **en la situación de los más humildes**. Dicho de otra forma, en sus palabras, le preocupaba fundamentalmente *“la persistencia de la pobreza en medio de la creciente riqueza”*.

Observaba que la presencia de "progreso" (término con el que George se refiere al *crecimiento*), acompañado de "miseria", se presentaba con mayor intensidad en aquellas regiones altamente industrializadas, mientras que **en las regiones más rezagadas con respecto al cambio tecnológico, el deterioro del “poder adquisitivo” de los trabajadores era menor**. De tal modo que señala: *“Nota característica de nuestra época es el gran aumento en la producción (...) [Pero] donde los síntomas del progreso son más ostensibles (...) se observa precisamente el máximo de pobreza”* (Progreso y Miseria, Introducción); y además agrega, *“Al acentuarse la pobreza, a medida que aumenta el progreso material, patentiza que las dificultades sociales no dependen de circunstancias locales sino del progreso mismo”* (H. George, P y M, Introducción). En otras palabras, a criterio de George, **el crecimiento tornaba más desigual la distribución del ingreso**.

Tempranamente, en el Siglo XX, hubo cuestionamientos puntuales. El economista institucionalista alemán **Kart William Kapp** (1910-1976), señaló la importancia de reconocer los costes sociales puntuales de la actividad económica; y sostuvo que la empresa (privada o estatal) causaría efectos sociales negativos debido a la necesidad constante de minimizar costes de producción por el camino de transferirlos a terceros, o *“a la sociedad en su conjunto”*.

Como dijimos en la introducción, **J. M. Keynes** se preguntaba, desde una visión ética, si el crecimiento es un medio para conseguir un fin ¿Cuál es éste y cuánto crecimiento resulta suficiente? Sostenía que el crecimiento serviría finalmente para lo que llamaba *“una buena vida”*, que se aproximaría más al bienestar, como lo entienden otras disciplinas sociales (bajo el vocablo inglés de *well being*), que al bienestar como lo miden los economistas (como *welfare*). Sugería que debían existir ciertos límites *“morales”* al crecimiento, basados en una acertada comprensión de lo que es verdaderamente *“una buena vida”*. Como dice Skidelsky, Keynes consideraba que *“más allá de cierto punto, el aumento de la riqueza no hace más feliz a la gente”* y *“no creía en el crecimiento económico por sí mismo”*; y en cierto modo, acusaba a nuestra sociedad de la neurosis por *“el dinero”*, aceptando momentáneamente esa neurosis como un motor para llegar a una abundancia (*“la buena vida”*) que resolvería en un mediano plazo el problema económico de la escasez..., al menos en los países más industrializados. Dejaba implícito que, en esos países, en ese momento *de saturación*, ya no sería preciso el crecimiento *cuantitativo* (el consumismo). Digamos que se aproximaba a la visión de Mill; aunque siempre contradictorio, defendió el *“desperdicio”* como vía para aumentar el nivel de actividad (según se lee en Brue y Grant, 2009, pag.153).

Según su parecer, y de acuerdo a su principal biógrafo, Robert Skidelsky, a cien años vista de su reflexión en 1930, en *“The economic possibilities of our grandchildren”*, los países desarrollados detendrían su crecimiento ya que sus habitantes contarían con *“lo suficiente para vivir una buena vida”*; y por tanto se reduciría la cantidad de horas afectadas al trabajo (en el mercado). Pero, con la visión de nuestra actualidad, no cabe duda de que en esa línea su optimismo rayaba en la

utopía pues la avidez es insaciable; y habiendo transcurrido casi noventa años de esa centuria del pronóstico, apunta Skidelsky, *“las ansias de la gente por dinero no parecen estancarse”* pese al constante incremento en el “nivel de vida” de la mayoría, especialmente los más privilegiados (grupales y geográficamente). Y agrega que aunque las rentas reales en los países ricos se han doblado en los últimos treinta años, sus poblaciones trabajan más que nunca y no son más felices (R. Layard, 2005, resume las evidencias al respecto). ¿Por qué están todavía en la rutina de un desesperado crecimiento? (Skidelsky, 2009)

Evidentemente, en esta temática, Keynes falló en redondo su pronóstico. Aunque alguna vez acertara escribiendo, en dirección contraria, que la acumulación de riqueza se convertiría en un fin en sí mismo, que *“destruiría muchas de las otras razones por las cuales vale la pena vivir”* (citado en *El Economista*, #3068, diciembre 2009)

Sorprende que hoy entre los economistas no se discuta prácticamente nada de todo esto, mientras entre otros grupos de pensadores sociales resulta más habitual. Una de las claves es que la economía **se ha ido conformando, cada vez más, como una disciplina cuyo objetivo es potenciar el crecimiento...**, no debatiendo si esto es bueno o malo. Es “bueno” como premisa..., ya lo dijimos, es un axioma de la teoría del consumidor.

Cierto es que en el mundo francés la *théorie de la décroissance* tiene, como señalamos, cierta presencia, pero ésta es más bien menor y exclusivamente desde el ángulo de la *“écologie politique”* (v.gr. J. M. Harribey, 2007; E Laurent, J. P. Fitoussi o S. Latouche,). En Fitoussi y Laurent, 2008, se postula que la solución está en una mayor democratización de la economía. Aunque ciertamente no veo cómo esa reducción de la desigualdad, vía la democratización, salvaría el problema ecológico o de la insatisfacción social (en una cultura consumista).

Las críticas se han encontrado preferentemente entre los humanistas (que por razones de espacio no presentaremos aquí), como ejemplos, Ellul, Juenger, Lewis Mumford, Aldous Huxley (en *“El mundo feliz”*) y el citado Herbert Marcuse, **con claros temores frente al mismísimo desarrollo tecnológico** (lo que llamamos habitualmente “progreso”), enfrentando a los utopistas como Harrison Brown o Arthur Clarke

(famoso por su participación en la ficción fílmica, *"2001: Odisea del espacio"*, o su libro *"Profiles of the future"*), que pintaban un mundo con resultados sociales fantásticos que poco tiene que ver con la realidad cotidiana de hoy (no técnica)⁷⁵. Hasta Norbert Wiener, fundador de la cibernética, expresó el temor de que los "ingenios" creados por el hombre acaben dominando a éste, ¿y qué mayores "ingenios" que dos intocables fetiches de nuestro tiempo, el propio progreso, o seudoprogreso, o la sociedad de consumo, que nos dominan?

Uno de los pocos que, *en los últimos tiempos*, ha hecho centro de sus reflexiones al consumo es **Zygmunt Bauman** (un hombre cuya fama le ha llegado superando los ochenta años), pero con eco escaso en el mundo académico. Bauman introduce el concepto del *"fetichismo de la subjetividad"* de esta **"sociedad de consumidores"**; que cumpliría en nuestro tiempo lo que en su momento, en la "sociedad de los productores", tuviera lo que Marx denominó el **"fetichismo de la mercancía"**. Distingue agudamente que mientras el consumo es un rasgo del hombre, *"el consumismo es un atributo de la sociedad"*, como una "fuerza externa" que nos define "estrategias de vida". Señala Bauman que el consumismo de hoy, a diferencia de anteriores formas de vida, se caracteriza por *"un aumento permanente del volumen y la intensidad de las pretensiones"* (Bauman, 2007). Es más, llega a teorizar que en nuestra época *"la compra es como un rito de exorcismo"* (Bauman, 2003). El análisis de Bauman, con su fértil concepto de **"modernidad líquida"**, llega a plantear la presencia de los **"residuos humanos"** (otro agudo concepto *baumaniano*), que son poblaciones superfluas, parias que los procesos de cambio veloz generan. Son *"residuos humanos"*, no pretendidos pero existentes, que el crecimiento económico y la globalización dejan (Bauman, 2005); y que los "ganadores" en estos procesos suelen no ver (o no querer ver; o más aún, hay quienes baten palmas por ese proceso de exclusión, pues los deja mejor posicionados)⁷⁶.

⁷⁵ Parece extraño, y hasta paradójico, que el terror por un futuro incierto ante el desborde de la tecnología está sólo presente en las historietas de origen japonés (quizás como un eco de la creencia *shinto*).

⁷⁶ Su ágil perspectiva llega a las relaciones humanas en sí, diciendo que en *"este mundo nuestro, líquido e impredecible"*, el de la modernidad líquida: *"También las relaciones humanas son ahora frágiles, transitorias, fáciles de romper. Sólo están vigentes 'hasta nuevo aviso' (...). Perduran lo que perdura la satisfacción que brindan a las personas relacionadas (...) de allí que tener que relacionarse con otras*

Como hemos intentado presentar, el crecimiento y el consumo desmedido no conducen necesariamente a un buen puerto de destino final, aunque sean muy atractivas “algunas escalas” de la travesía. De allí la propuesta de **crecimiento cero...**, pero **nadie está diciendo de que Mozambique deba contener el aumento de su PBI por habitante**. Interpretarlo así rondaría la falacia o lo burlesco. No es eso de lo que estamos hablando. Para decirlo sencillo y rápidamente, **la propuesta principal es crecimiento cero a nivel mundial, con matices de aplicación regionales**. La regla dependerá de cada caso macro. Si la región se encuentra en la rama ascendente de nuestra “función de calidad de vida” entonces el crecimiento *puede* continuar⁷⁷, pero si se encuentra en la rama descendente, entonces la *detención* será lo aconsejable (e incluso la reducción del ingreso per capita, “*decrecimiento*”). Reiteramos, lo dicho por Mill, “*Sólo en los países atrasados el incremento de la producción es aún un tema importante. En los más avanzados, lo que se necesita es una mejor distribución*”.

Pero atención: **el “crecimiento cero” debe ser una meta global..., y también nacional**. Con el desarrollo ya alcanzado por la fuerza de producción se puede largamente cubrir las verdaderas necesidades de toda la población mundial. El mismo concepto es aplicable en la Argentina: la sugerencia es que debe contener su consumo Buenos Aires o Córdoba para que pueda subir el suyo, *sin violentar la propuesta global*, Formosa o Chaco. Esto implica un cambio socioeconómico y cultural, que altere las estructuras productivas, en un sentido conveniente. Uno de esos cambios sería aplicar las 3 R de Greenpeace (Reducir – Reutilizar – Reciclar), con acento en la primera de estas “R” (en el “reducir”). Bien sabemos que ésta es una utopía social, pero a veces las utopías son luego realidades⁷⁸.

personas se convierta en una experiencia ambivalente y traumática”(Z. Bauman, “Múltiples culturas, una sola humanidad”, Katz Editores)

⁷⁷ Esta es una propuesta muy general, ya que hay áreas, como por ejemplo los Cayos de la Florida (EE.UU.), un lugar paradisíaco, pleno de multimillonarios, en dónde el nivel de vida y la calidad de vida crecen en paralelo. Estarían en la rama ascendente, pero su exceso de consumo (respecto de las pautas promedio), y la evidente desigualdad con el consumo de la gente común exigen como paso moral el *detener su crecimiento*.

⁷⁸ Esta propuesta de “crecimiento cero” **exige un cambio cultural y un cambio estructural...**, pero no el cambio estructural que de habitual y espontáneamente da lugar el crecimiento, sino un cambio *singular* en la estructura productiva (de modo tal de reducir la producción de bienes no esenciales, propia de la sociedad de consumo; y aumentar la producción de bienes destinados a necesidades más básicas). Permítaseme un ejemplo de **sociedad insostenible por lo irracional**, hace poco vi un documental que

Puede sostenerse, como contra-argumento, que las zonas de mayor consumo lo son a causa de que los factores de la producción allí radicados responden a los requerimientos de la sociedad, lo que se refleja en sus mayores remuneraciones relativas (las que luego se vuelven consumo), Pero acontece que:

- (a) el mercado es un buen asignador de recursos, *dada una distribución del patrimonio y del ingreso*, pero **esta distribución operante puede estar bien lejos de ser “justa”**, o equilibrada en el sentido espacial que estamos señalando.
- (b) Para más cuestionamiento del mercado y de sus efectos, en la perspectiva de largo plazo, **el sistema de precios vigente puede llevar a los actores a adoptar malas decisiones por una visión miope**⁷⁹ (no se cumple la información *a la Hayek*) (Fitoussi et al., 2008, Introducción).

Nadie que defienda el crecimiento como meta sin matices puede quejarse, con autoridad moral y *coherencia lógica*, del consumo dispendioso, de la congestión, de la contaminación⁸⁰, de la inseguridad urbana, de la delincuencia juvenil, del estrés, **pues todos estos fenómenos no son sino subproductos de aquél**. Así se ha afirmado que el modo de vida urbano, la más evidente manifestación del crecimiento, ejerce influencias desfavorables sobre el comportamiento humano, y crea tensiones mentales que se manifiestan de diversas formas, como los crecientes índices de delincuencia y vandalismo (*The tree of knowledge*, Ed. Marshall Cavendish, Londres, 1975, pags. 2110/2113).

mostraba un restaurante en Taiwan en donde los alimentos se sirven en recipientes con forma de inodoros. El restaurante mostraba una decoración acorde (como de letrina... pero precios por las nubes). Los platos tenían nombres extraños tal como “vómito nocturno”, y otras delicadezas por el estilo; Por supuesto que el documentalista mostraba su beneplácito por lo exótico, y por su aporte a la actividad económica..., en fin. ¿Y **después nos preocupamos por la generación de un cambio climático?**, como lo hace la Señorita Greta Thunberg ¿me pregunto **qué habrá REALMENTE detrás de su figura?** ¿Acaso los líderes mundiales saben menos que ella del problema? ¿es que necesitan que una adolescente, muy posiblemente bastante ignorante (por razones de edad) de los verdaderos problemas y angustias de la vida, les de una charla? Ese cambio cultural exige una actitud generalizada. ¡Todos somos responsables! Para dar una idea de la responsabilidad exigida, la segunda industria más contaminante del mundo es la industria textil: un vaquero (o tejano) insume 7.500 litros de agua (además de otros insumos).

⁷⁹ El miope ve bien a corta distancia pero a la lejanía. Por analogía, en economía, el miope no ve bien el largo plazo.

⁸⁰ Y aún del propio cambio climático que según la mayoría de los especialistas estaría siendo producido y/o acentuado por nuestro nivel de actividad y sus secuelas colaterales.

Veamos un ejemplo puntual y patente, con el crecimiento se expande la red urbano-industrial y sus correspondientes enlaces de transportes, y con ello la demanda de terrenos se incrementa a gran velocidad, y los precios se disparan (incentivados por el millonario negocio del sector inmobiliario) muy por encima del ritmo de crecimiento de los ingresos promedio. De modo que cada vez es más difícil ser propietario, llevando a la *desesperanza* a buen número de personas, cayendo algunos en la delincuencia (precisamente uno de los determinantes del bandolerismo en el *Far West* americano del siglo XIX fue el problema de *la inaccesibilidad a la tierra* de un buen número de personas).

El auge económico del nuevo siglo (la post-convertibilidad en Argentina) permitió por una muy favorable coyuntura mundial, dar lugar a un doble proceso: *exclusión comparada* por un lado, y *enriquecimiento acentuado* por otro. Dando paso, por una parte, a “nuevos” excluidos relativos; y por otra parte a lo que me gusta denominar la “*Generación 21*”, caracterizada por muchos de los “defectos” de la generación de la *belle époque*, y sin ninguna de sus virtudes. Así como esta última copiaba, a principios del siglo XX, el refinado estilo europeo, la *Generación 21* (o del nuevo siglo) copia todo lo *kitsch* del mundo norteamericano. La emergente pequeña burguesía argentina post-crisis **abandona la sencillez y sobriedad** (que, si se quiere, era una de sus características históricas), **dedicándose a la persecución desenfrenada del consumo dispendioso** (situación que ya se había insinuado en la década de los noventa) **y la exaltación extrema de la diferencia social**. Se salta con avidez del *Fiat Uno* de los noventa al Toyota 4x4, y de la confortable casa de los antiguos barrios tradicionales a las ostentosas residencias de los nuevos barrios cerrados..., dos verdaderos símbolos de la prosperidad y la opulencia⁸¹.

⁸¹ Uno de los modos de diferenciación en todos los tiempos ha sido la concentración de un grupo social en un determinado barrio, en una determinada calle (v.gr. Recoleta o la Av. Alvear en Buenos Aires). Pero nunca como ahora la segregación ha sido tan terminante. Los *countries* suelen aislarse con grandes muros o dobles alambradas, con caminos de ronda, guardias y perros, y donde la policía estatal “no tiene un libre acceso directo”. Pero previo a esta separación física, los “desarrollistas urbanos” se encargan de plantar la separación “económica” a través de **la fijación manipulada** de altos precios para los terrenos (a veces en verdaderos eriales, casi sin árboles pues antes eran plantaciones de papas en el cinturón hortícola, por ejemplo, en Córdoba). Operatoria que les permite obtener en poco tiempo decenas de millones.

Y se produce un proceso similar a lo acontecido en la época del primer centenario en Argentina⁸²: **el flujo de divisas** (por el auge agropecuario) **va conformando una economía estructuralmente distorsionada**, ya que se derivan los fondos de “ahorro” hacia las inversiones más improductivas, las inmobiliarias, en lugar de emplearse en inversiones propias de actividades diversificadas de producción. ¡Lo mismo que acontecía en 1910!... sólo que peor, ya que entonces al menos se construían las grandes mansiones que embellecieron nuestras ciudades, como el Palacio Errázuriz en Buenos Aires (o el Palacio Ferreira en Córdoba), para poner dos ejemplos, que actualmente son destacados museos públicos. Pero ¿en qué contribuyen los exclusivos “monobloques” del área norte de la Ciudad de Buenos Aires sino a la congestión y colapso de los servicios públicos del área (luz, agua, cloacas), perjudicando gravemente a los habitantes de otros barrios?⁸³ **La sociedad de consumo del siglo XXI**, típica del Primer Mundo, **ya está instalada de pleno en Argentina.**

IX. CONSIDERACIONES FINALES

“La vida suele ser un entretenimiento frívolo con un final atroz”
Adolfo Bioy Casares

A partir de la Revolución Industrial, la sociedad comenzó a cobrar velocidad. Desde la Globalización directamente estamos inmersos en una vorágine. Valga la figura: es como si circuláramos, a gran velocidad, en un autobús, en donde todos duermen y aunque algún pasajero se da cuenta del riesgo de choque inminente y trata de llamar la atención, los demás lo acallan, para que los deje continuar su sueño y llegar más rápido a destino. Y el chofer, que ha sido elegido por los pasajeros, de entre ellos antes del viaje, acelera más y más..., pues así se lo pide la gente, que no reclama por prudencia en la conducción sino por *velocidad*.

⁸² En Argentina, se denomina Primer Centenario al año 1910. Fecha en que se cumplieron los primeros cien años del pronunciamiento de mayo de 1810 contra la corona española.

⁸³ La anterior es una típica economía externa pecuniaria *negativa*.

IX.1. CONSIDERACIONES FINALES. PRIMERA PARTE

“Los refinamientos de la civilización, nuestras mismas inquietudes intelectuales, complicando nuestras necesidades, han multiplicado nuestros sufrimientos”.

J.J.Rousseau

Como dijimos en la introducción, la economía se aleja de la reflexión para sumergirse en la medición, pero aquí, si se quiere siguiendo a Menger, buscamos *“la esencia de los fenómenos”*. Somos conscientes de que el paradigma principal desprecia la crítica de los fundamentos disciplinares, de los estilos de vida como sustrato, de los contextos sociales, considerándolos meros datos, por lo común intrascendentes. No modificables ni discutibles, y por ello este ensayo, al criticar la situación contextual, cae fuera de ese *“colegio invisible”*, como diría Thomas Kuhn. Hemos asumido el riesgo del caso, **cuestionando nuestra propia visión y el grueso de nuestros propios trabajos anteriores.**

En estas líneas, hemos recorrido muy resumidamente distintas facetas del mismo fenómeno en espiral: crecimiento–sociedad de consumo. Las facetas son: (a) **el vínculo entre nivel de ingreso y calidad de vida**; (b) **la posibilidad de crecimiento ilimitado** (que es lo más debatido por su arista ambiental); (c) **el crecimiento y la distribución**. De por sí el hecho social es tan vasto y complejo que en un artículo no es posible ni siquiera presentar sus múltiples aristas, sólo hemos pretendido recordar una serie de circunstancias, hoy habitualmente olvidadas, incluso por los críticos del sistema, y por supuesto por los *“políticos”* que captan las preferencias de la gente ¿qué candidato por más honesto, capaz y brillante que fuera podría obtener un cargo electivo defendiendo el *“crecimiento cero”*? Es decir que **los electores** (la gente) **vivimos presos de nuestra propia ambición de consumo y de poder**⁸⁴. Es el dilema que

⁸⁴ Nuestra sociedad (argentina) anhela la sofisticación de la vida norteamericana, consumir como en Estados Unidos..., vivir como en el centro del *“imperio”*. ¿Estará en alcanzar esa sofisticación el objetivo? Aunque los economistas desprecien toda reflexión que no sea potencialmente sujeto de formalización rigurosa, acudiremos a un pensamiento muy lejano de ese rigor formal. Cayo Cornelio Tácito en su obra *“Germania”*, como ciudadano romano, a pesar de pertenecer a un extenso imperio, cuando describe las costumbres de los germanos, sus modos de gobierno, reflexiona sobre las virtudes que atesoran (su sentido de la hospitalidad, su austeridad, la firmeza de los vínculos afectivos, su armonía con el mundo agrario) y las añora, pues en otro tiempo, afirma, fueron patrimonio de la vida romana. En otra palabra, Tácito no hace sino añorar los usos sencillos de la vieja República que el gran avance económico de la

planteara Thomas Corneille (hermano del gran Pierre Corneille) en su comedia “*Le Geôlier de soi même*” (*El carcelero de sí mismo*), en 1655 ¡pero potenciado al infinito!

**EL CRECIMIENTO TIENE SU COSTO EN SOLIDARIDAD.
UNA ENSEÑANZA HISTÓRICA**

Jenofonte, condiscípulo de Platón bajo la tutela de Sócrates, escribió una historia de Grecia, “*Helénicas*”, en la que concede gran protagonismo a Esparta (donde hizo educar a sus hijos), y también una “*Constitución de los lacedemonios*”, que trataba sobre las leyes y costumbres espartanas, que entendía virtuosas. Era pues, como mucho de los pensadores de entonces, *filolaconista*⁸⁵.

Allí se relatan circunstancias históricas que son aleccionadoras. Así, es interesante considerar que la victoria sobre Atenas en la Guerra del Peloponeso, a finales del Siglo V antes de J.C., hizo que por su predominio, grandes cantidades de metales preciosos que antes llegaban a Atenas, fluyeran a Esparta, con lo que se aceleraron los cambios y las diferencias económicas. Se dio pues un “crecimiento”. ¿Y qué sucedió? El ideal de igualdad de los ciudadanos libres, los espartiatas, los *homoioi* (*los iguales*), que el Estado había conseguido en buena medida mantener por siglos, en pocos años se esfumó.

Según Jenofonte, en las obras mencionadas, la solidaridad de esa *polis*, fundada en una cierta “igualdad” de sus miembros (libres), desapareció, y los espartiatas no ocultaban su propósito de servir fuera de Esparta, incluso en Persia, como vía de adquirir riqueza y demostrar éxito personal. Así, en tiempos de Aristóteles apenas quedaba un millar de *homoioi* en Esparta, frente a los 9.000 que había en tiempos de las guerras médicas. ¿Y los demás? Lejos, persiguiendo, como mercenarios, una riqueza y un éxito individual para ostentar frente a sus conciudadanos. Una conducta que, previo al crecimiento, una generación antes, su sociedad habría despreciado. Algo para recordar.

Hemos revisado los conceptos de crecimiento, distinguiendo entre *crecimiento*, *desarrollo* y *progreso*, entre *nivel de vida* y *calidad de vida*. Se planteó que la relación “*bienestar*” /nivel de vida está bien lejos de ser directa. La “calidad de vida”, entendiéndolo por tal un estado general de bienestar, no siempre aumenta con el “nivel de vida”, medido por el ingreso promedio por habitante. Hipotetizamos que la función que vincula calidad y nivel de vida responde a una forma cuadrática de “U” invertida. Así una sociedad (mundo, país, región o ciudad) puede encontrarse **en su tramo ascendente** o **en su tramo descendente**. Y sugerimos decidir las acciones sociales,

época imperial dejó atrás. ¿Nos pasará lo mismo como sociedad? Bueno, en cierto modo ya nos pasa, cuando retornamos a la campiña en busca de una paz perdida.

⁸⁵ Es decir, admirador de las costumbres y vida espartanas.

respecto al crecimiento, de acuerdo a la rama de la curva en que se encuentre la sociedad (si *ascendente*, avalamos el crecimiento; si *descendente*, rechazamos el crecimiento como meta a perseguir).

También **desarrollamos los límites físicos del crecimiento y nos asomamos al problema de fondo: al fenómeno sociológico del consumo**. Asimismo señalamos lo discutible de plantear el “crecimiento” como la única vía de superar la pobreza, remarcando que **los verdaderos beneficios del crecimiento los reciben los más pudientes, y los costos (o sacrificios) recaen *relativamente* más sobre aquellos que podemos catalogar de “pobres”**. Un ejemplo bien cercano puede clarificar el concepto: la sojización de nuestra agricultura alcanza en sus beneficios a los propietarios de la tierra, los empresarios agrícolas y afines..., pero los costos de la desertización (las tormentas de tierra, las sequías o las inundaciones) y los daños en la salud por los agroquímicos recaen sobre el conjunto de la población (y, desde ya, en mayor proporción sobre los que no se pueden “mudar”, puesto que no poseen un capital inmobiliario vendible que les permita migrar con posibilidades ciertas hacia territorios menos afectados). Otro ejemplo, más cotidiano para los ciudadanos. Las urbes son los grandes focos de crecimiento y de manifestación de sus resultados negativos (contaminación y stress: inseguridad, hacinamiento, masificación, vertidos industriales, estímulos visuales y auditivos, gases tóxicos, etc.). A estas delicias no pueden sustraerse aquellos que no son “ricos”..., pero los que lo son, en cambio, día tras día, en los *countries* suburbanos, y durante los *weekends*, en las quintas o casas de descanso, eluden la desgastante vida de la ciudad en crecimiento. Aprovechan pues las aristas positivas del fenómeno (el crecimiento de sus ingresos personales) y se sustraen de soportar los costos de ese crecimiento.

Muchos de los peligros que, personalmente entendemos, ahora nos acechan como sociedad no presentan consecuencias inmediatas y visibles sino más bien distantes, a largo plazo, principalmente en los planos sociales. **La disolución social es uno de ellos**. En cambio, los efectos no buscados **son más evidentes e inmediatos en el entorno biológico**, pero pese a ello también en el sistema biológico los impactos principales se

manifiestan en el largo plazo (por ejemplo, el mercurio persiste en el aire pocos años, pero décadas en el agua dulce y siglos en el agua salada).

Los estudiosos del medioambiente suelen hablar de retardos cortos y largos. Si los efectos positivos tienen retardos cortos (se perciben a corto plazo) y al mismo tiempo los efectos negativos presentan retardos largos, se produce una situación que **se caracteriza como de “sobreimpulso y catástrofe”**. Es decir, que la capacidad del ambiente colapsa por el *sobreimpulso del daño*. Un ejemplo muy conocido es el fenómeno de destrucción del suelo en los Estados del Medio Oeste de EE.UU. (Wyoming, Nebraska, Kansas, Oklahoma, Texas), que provocara grandes tormentas de tierra (centenares) durante la década de 1930. El Estado había incentivado, durante los veinte años anteriores, la explotación de tierras (en realidad no aptas para una agricultura sustentable) con el fin ya conocido: potenciar el crecimiento. Se recuerda todavía hoy la temible tormenta de tierra del 14 de abril de 1935, que tuvo 6 km de altura y un frente de 1600 km. La causa inicial fue la explotación desmedida e imprudente. *¿No recuerda en algo el afán argentino por la explotación de tierras para la siembra de soja? ¿No padeceremos en un mediano plazo tragedias como aquella?*

Dicho en resumen, hemos cuestionado el crecimiento desde tres ángulos: (a) **el vínculo entre nivel de ingreso y calidad de vida**: negando una relación directa, ya que en realidad ésta depende del nivel de ingreso en que nos encontremos, pudiendo darse una relación inversa (ver el acápite I: “Crecimiento y calidad de vida”); (b) **la posibilidad de crecimiento ilimitado**: hemos cuestionado también esta posibilidad, pero más que por argumentos *ecologistas* (que también hemos apuntado) por causales “económicas” (*malthusianas*, bien entendidas), ya que nuestra actividad está insumiendo a gran velocidad los recursos no renovables..., y hasta *los renovables*, ya que utiliza más de dos tercios de la energía bioquímica anual de la tierra (y a tasa creciente)(ver el Acápite II, “*Los límites naturales*”; Acápite III, “*El Sistema Económico no está aislado*”); (c) **el crecimiento y la distribución**: también hemos negado que el crecimiento disminuya desigualdades. Por el contrario, la experiencia histórica dice que las agiganta. Además, si bien puede contribuir, y lo ha hecho, a reducir la pobreza extrema, no elimina los “pobres”, más bien los crea a través del mecanismo psicológico

de la sociedad de consumo (Acápites III). Incluso afirmamos que los mayores aspectos positivos del crecimiento los aprovechan los menos y sus costos recaen en millones.

TIEMPOS DE SOCIEDAD LÍQUIDA

Pareciera que, hoy por hoy, el gran norte del secular Proyecto de la Modernidad, como meta visible, fuera el crecimiento. Sostenerlo y aumentarlo. Una manifestación social de esto ha sido lo que Bauman ha llamado, y ya mencionamos, **la Modernidad Líquida**.

«La **fluidez** es la cualidad de los líquidos y gases (...) y por lo tanto, sufren un continuo cambio de forma a diferencia de los sólidos (...), no conservan fácilmente su forma. Se desplazan con facilidad (...), no es posible detenerlos fácilmente, sortean algunos obstáculos y disuelven otros (...)» (Bauman, 2000, "Prólogo")

Si bien la "condición líquida" ha sido siempre una condición de la Modernidad (desde el Renacimiento), **la modernidad líquida** tiene rasgos nuevos, entre ellos, la transformación de la histórica *sociedad de productores en una sociedad de consumidores* (además de masiva). La Modernidad Líquida es una sociedad caracterizada no sólo por cambios, sino por cambios vertiginosos. Una sociedad inalámbrica (Bauman, 2007). Se sale de «*la época de los "grupos de referencia" preasignados para desplazarnos hacia una era de "comparación universal"*» (Bauman, 2000). Es una época de globalización muy especial y peligrosa, en todas las aristas: biológicas, físicas, económicas y sociales. La existencia social se ha transformado en una vida electrónica o cibernética, donde la "vida social" se desarrolla con intensidad nunca vista, pero con la necesaria mediación de un ingenio electrónico y «sólo secundariamente con otros seres de carne y hueso» (Bauman, 2007). Es un tiempo en el cual **se exige la flexibilidad extrema para sobrevivir**: todo lo que hoy está, el próximo año literalmente no existirá.

Bien claro está, desde todos los ángulos, que el crecimiento mundial tal y como los venimos experimentando (en especial, en la última década) no es dable de continuar, **y una revisión, para decir lo menos, se impone**. El problema es cómo definir y luego establecer el mecanismo de contención (*¿crecimiento cero?*), ya que se avizora como prácticamente imposible detener la maquinaria que está en marcha (particularmente en una economía de mercado globalizada) sin provocar una crisis (y el consiguiente descontento). Además, **nadie quiere soportar los costos políticos, ni siquiera del debate**, que cada vez parece menos postergable y a la vez más lejano. Dado que es difícil, muy difícil, que la gente reduzca consumo, bien puede pensarse en reducir el número de consumidores (la presión demográfica) *a través de tasas de crecimiento*

poblacional “netas” negativas (o al menos nulas)”, particularmente en los países con mayor nivel de ingreso por habitante (que son quienes “devoran” los recursos).

Sin duda que un factor de peso es la presión demográfica⁸⁶, pero el problema se agrava aún más por el hecho de que, dado el fenómeno del crecimiento, **la demanda de recursos aumenta todavía más de prisa que la propia población.** Para mencionar un solo aspecto, el capital “natural” se degrada constantemente a causa del crecimiento de la población y finalmente del consumo por habitante. Si toda la población mundial requiriese el nivel de consumo per cápita que un estadounidense promedio necesitaríamos cinco o seis planetas Tierra⁸⁷.

En muchos late un inocente espíritu optimista, que me recuerda al George Bernard Shaw de “*Hombre y Superhombre*” (en donde se planteaba la teoría de una “fuerza vital” que impulsa un bondadoso progreso evolutivo). Gente pensante entiende que pese a los peligros, que no niegan, el propio caos llevará a la Humanidad a tomar verdaderas medidas..., y en eso estamos en cierto modo de acuerdo: cuando el desmesurado crecimiento e irresponsable nivel de consumo nos acerque más al peligro del abismo, éste acicateará la búsqueda de soluciones. Pero **es bien posible que tal situación se presente cuando lamentablemente hayamos superado ya “el punto de no retorno”⁸⁸.** Es más, algunos ya imprudentes, en la misma línea anterior (viene a mi recuerdo Gunther Stent, biólogo de Berkeley en los setenta), sostienen que la sociedad de consumo ha creado una verdadera Edad de Oro, y no hay nada de que preocuparse pues existe un fenómeno universal de *feed-back* en el proceso de la sociedad industrial, y la revolución científico-técnica lleva a ajustes automáticos, evitando todo daño (salvo coyuntural y puntual) (!!!). Aquí vale recordar las palabras

⁸⁶ La población mundial era en los tiempos romanos unos 250 millones. Veinte siglos después, hacia 1975, alcanzó los 4000 millones; y en el 2010 ronda los 7000 millones de habitantes. Aumentó 3700 millones en veinte siglos y 3000 millones en solamente 35 años.

⁸⁷ Recuérdese que los EE.UU. cuenta aproximadamente con el 5% de la población mundial y consume el 30% de la energía planetaria. Esto es seis veces más. Por ese peso del aumento del consumo sobre los recursos es que algunos han llegado a defender presuntas virtudes ecológicas presentes en la desigualdad, ya que si todos consumieran como un *yankee* sería imposible ni siquiera en el corto plazo controlar la situación ambiental

⁸⁸ Por ejemplo, se piensa que puede darse una lamentable cadena de fenómenos: el ascenso de la temperatura puede liberar (superado un umbral) el hidrato de metano, congelado en los hielos (Ártico, Antártico y Hielos Continentales), que tiene un efecto invernadero mucho más poderoso que el dióxido de carbono, Es decir que superado el umbral de descongelamiento del hidrato de metano, el ascenso de temperatura sería mucho más veloz; y sería muy difícil retornar de tal situación.

de J. S. Mill, quien escribió en Los Principios “(...) *espero sinceramente, en nombre de la posteridad, que los hombres decidan adoptar un estado estacionario mucho antes de que la necesidad los obligue*”.

Como contracara, se nos puede enrostrar que nuestra visión pesimista, tipo colapso o “fin del mundo”, bien se podría haber defendido también hace unos doscientos cincuenta años (ya que la oferta dinámica de bienes parecía “limitada”) y sin embargo un salto “imprevisible” en la línea histórica (para el caso, la Revolución Industrial) permitió evitar el colapso poblacional (los frenos positivos de que hablara Malthus) y a la vez mejorar el nivel de vida (y, para ese momento, la calidad de vida). La base del argumento es cierta, pero existe una diferencia esencial: el colapso entonces no implicaba destrucción sino *solamente ajuste* (en población y consumo), pero en nuestro tiempo, y según pretendemos haber descrito, *el colapso puede implicar destrucción*; además, el salto imprevisto, es eso precisamente... “imprevisto”, y la reflexión científica debe sustentarse en tendencias previsibles y no fundarse en esperanzas materiales de cambios tecnológicos salvadores (que pueden o no concretarse).

ANTE EL RIESGO AMBIENTAL

Ante el riesgo ambiental, se discuten varios caminos. Entre ellos se destacan. (a) aplicación de **tributos** sobre actividades contaminantes; (b) **normativas ambientales**, con severas penas a sus violaciones; (c) establecer **entornos para negociar “permisos de contaminación”** (es decir, un mercado que fije precios a un número establecido de “autorizaciones para contaminar”). Esto es, en definitiva, aceptar un *trade-off*, o *concesión mutua*, entre nivel de actividad y nivel de polución; (d) **cambiar el modelo de producción: de lineal** (o sea, materiales más energía/ producción/ desperdicios) **a circular** (materiales más energía / producción/ reutilización y reciclado más energía / producción... y así sucesivamente), lo que reduciría el volumen de insumos y residuos.

Pese a lo conveniente de estas medidas para reducir el riesgo ambiental de corto plazo **¿qué pasa con el horizonte lejano? ¿y qué con la calidad de vida?** Dada la presión sobre los recursos materiales, con la inevitable escasez en el largo plazo (por aumento de consumo por habitante más el aumento poblacional), nuestra modesta opinión es que no nos queda sino una solución *para llegar, con precaución, a ese largo plazo: el crecimiento cero* (con los problemas de implementación), que además de salvar o morigerar el problema ambiental, permitiría incrementar la “calidad de vida” (aunque se redujera el “nivel de vida”).

No está de más sumar aquí el juicio sobre nuestra civilización del epistemólogo Paul Feyerabend, quien reivindicó a los pueblos “primitivos” y los puso como ejemplos de **personas no industrializadas capaces de vivir perfectamente**, incluso sin la ciencia. Si bien es cierto que en el mundo industrializado se viven más años, decía, **¿quién disfruta, en el fondo, de una verdadera y mayor calidad de vida?** ¿De qué nos sirve finalmente tanto conocimiento? En su obra, **Adiós a la razón** (1987, con traducción de 1995, pag. 313) argumentó: *“(Lo negativo) se muestra en la mortal agresión a la naturaleza y a las culturas “primitivas” sin que nunca se hable para nada de las personas que se ven así privadas de significado para sus vidas; en el colosal engaño de nuestros intelectuales, convencidos de que saben exactamente qué es lo que necesita la humanidad y empeñados en recrear a la gente a la triste imagen de sí mismos; en la infantil megalomanía de nuestros médicos(...)”*

Está claro de que **aquí estamos cuestionando nuestra forma de cultura presente, nuestros parámetros de juicio, que dependen de nuestros hábitos y de nuestro sistema de valores.** Y entre ellos se encuentra la defensa del adelanto tecnológico, que siempre fue sostenida por las líneas progresistas. Es más, el *Manifiesto Comunista* es en parte un elogio al progreso tecnológico. **Pero esa era una perspectiva válida hace 150 años**, cuando se usaban velas de sebo, los carruajes eran de tracción a sangre y la contaminación un fenómeno puntual, en dos o tres ciudades del mundo (con dimensiones semejantes a la Córdoba actual). *¿Es posible hoy ser “verdaderamente progresista”, en medio de la civilización del consumo y mantener esa visión a secas..., sin calificación ni matices?* Por ejemplo, habitualmente estimamos que prolongar la vida es un valor, pero además de que esa misma sentencia pudiera ser observada en sí misma (pues como señala Umberto Eco prolongar la existencia no implica una vida más plena), acontece que los grandes laboratorios, en los que se estudia esa prolongación de la vida, necesitan para su trabajo un sistema de comunicaciones y aprovisionamiento energético que luego, por su parte, conspira contra esa propia vida (y su calidad), al producir contaminación (atmosférica, visual, sonora)..., sin olvidar que los mismos estudios biológicos colaboran para la guerra bacteriológica.

Por otro lado, la propuesta de detener el crecimiento ¿por qué implicaría detener necesariamente el progreso técnico bien entendido? Para J. Stuart Mill, por ejemplo y como ya transcribimos, el **“estado estacionario” no excluía el progreso técnico**. Sin duda que si aceptamos el esquema neoclásico básico, de una función de producción que en un modelo de equilibrio general desemboca en una curva de transformación, todo cambio técnico implicará un corrimiento de la función de producción y de la curva de transformación, y por ende crecimiento..., pero quizás sea hora de pensar un enfoque alternativo. Personalmente, me resisto a aceptar que esta visión sea la única interpretación posible de los hechos futuros.

Al cerrar su libro sobre el crecimiento, Jones (2000) resumiendo conceptos, nos dice: *“El motor del crecimiento económico es la invención. El modelo de Solow sugiere esto a un nivel matemático: el crecimiento cesa (...) a menos que la tecnología mejore exponencialmente (...). Los empresarios, en busca de fama y fortuna (...), **crean las nuevas ideas que impulsan el progreso tecnológico** (...) La presencia de rendimientos crecientes a escala significa que no es posible modelar **la economía de las ideas mediante competencia** (...) Las empresas tienen que estar en posibilidad de cobrar precios mayores que el costo marginal (...). Es este diferencial (...) lo que proporciona **“combustible” para el motor del crecimiento**” (Cap. 9)*. Es decir, que para que el crecimiento continúe debe haber presencia de progreso técnico y beneficios supernormales. Recordemos que **ambos procesos sumados llevan a potenciar la desigualdad a través de la concentración** en la distribución espacial (de la actividad) y en la distribución personal (del ingreso).

Según el esquema de Solow-Swan-Romer, el crecimiento se produce por el cambio tecnológico. Pero Felipe de la Balze, en una disertación publicada, apunta que *“Hay un debate importante (...), (sobre) si la innovación produce crecimiento o si el crecimiento genera la innovación tecnológica. Hoy en día se sostiene cada vez más que no es el crecimiento el resultado de la innovación sino que son las oportunidades de*

crecimiento las que producen (...) la innovación tecnológica (...) (De la Balze, F., 1995; “La desregulación y el crecimiento en la Argentina”, pag.158⁸⁹).

Polemizar sobre estas cuestiones, en un vano intento de señalar los peligros de la espiral crecimiento-consumo-crecimiento, se asemeja a señalar a un drogadicto los riesgos presentes en su adicción, ya que éste ve solamente los “beneficios” inmediatos sin reconocer (al menos en los hechos) los peligros más distantes. Después de todo, cualquier droga es peligrosa..., según su dosis⁹⁰. Es decir, lo mismo sirve para curar que para dañar. Esto es tan válido para la adicción a la morfina como para la adicción al crecimiento, y también para la adicción al desenfreno del consumismo y la opulencia. Para peor algunas sociedades, como la argentina, pretenden crecer en 10 años lo que no hicieron en 70 años ¿y luego nos sorprendemos que haya cortes de energía eléctrica o déficit de gas?

EL DESAFÍO

El desafío es encontrar un camino que permita el progreso técnico sin los efectos nocivos del crecimiento. **¿Será posible un progreso que apunte a la calidad de los bienes y no a una mayor cantidad de ellos?** Digamos, detener el despilfarro de la sociedad de consumo, manteniendo un ritmo de mejora técnica que conduzca a un crecimiento “*prudente y cualitativo*”.

IX.2. CONSIDERACIONES FINALES. SEGUNDA PARTE

*“El optimismo es el empeño de sostener
que todo está magnífico cuando todo está pésimo”
Voltaire, (en Candide)*

Para encontrar una solución lo primero es identificar el problema. Y luego, ¿cómo establecer el mecanismo de contención..., ¿cómo llegar al “crecimiento cero”? Entendemos que es preciso una “*actividad económica global*”, bajo los que podríamos catalogar como “**conducta económica responsable**”: en dos palabras, **que crezcan las áreas pobres y decrezcan las regiones ricas**. De tal modo, según nuestro razonamiento

⁸⁹ No me es posible identificar el título del libro donde se publica (junto a otras disertaciones) por contar con fotocopias (y no con el libro original).

⁹⁰ Teofrasto, el sucesor de Aristóteles en *El Liceo*, en su tratado de botánica, resume con justeza el tema de las dosis: “*Se administra un dracma si el paciente debe animarse y revivir, el doble si debe delirar, el triple si debe enloquecer para siempre, el cuádruple si debe morir*”.

del Acápite I (la “U” invertida), todos aumentarían su calidad de vida, de modo sustentable y con convergencia de consumo. ¿Cómo hacerlo? **No se pretende aquí encontrar soluciones precisas y concretas** (tampoco podría, por incapacidades personales, aunque sería mi anhelo) **sino más bien señalar el problema**, y replantear una serie de cuestiones aparentemente olvidadas cuando más necesitaríamos recordarlas. Es irónico que en los años ’70 y ’80, cuando marchábamos a baja velocidad, era una cuestión de inquietud; y hoy, que “corremos” a toda prisa no parece preocuparnos.

Aunque, **como dijimos, no pretendemos encontrar soluciones precisas y concretas**, arriesgamos el sentido o dirección de una propuesta. En resumen, **la idea es mantener un estado estacionario global, discriminando por territorios** (unos decrecen para que otros puedan crecer sin un “daño global”). Si nos remitimos a la Gráfica I (acápite I), bien podría Buenos Aires reducir su nivel de vida (sacrificaría consumo pero mejoraría su calidad de vida), en pos de que crezca Jujuy. Sin embargo, si unos decrecen, *los más “ricos”, ¿cómo incentivar el crecimiento de los otros? ¿Quién compraría los productos de las áreas “pobres”?*⁹¹ Por eso, esta propuesta parece utópica, pero al menos debe discutirse si el camino elegido hasta hoy es el más acertado... o el más peligroso. En Wright (2004), se lee en el Cap. 2, *“La civilización (...) es un bien precario: cuando subimos por la escalerilla del progreso vamos rompiendo los peldaños anteriores a medida que los vamos utilizando. No hay vuelta atrás que no sea catastrófica”*. Afirmación muy preocupante, por lo certera.

De cualquier manera, **toda solución posible exige un trasfondo cultural de base**, y la ausencia del análisis contextual es el gran defecto de la corriente dominante (sea neoclásica o incluso keynesiana). En 1981, **Douglas North** escribió: *“La teoría económica neoclásica puede explicar como actúa la gente en su propio interés (...). Sin embargo, no puede explicar con efectividad (...) la conducta que no tiene como motivante principal el cálculo del interés personal (...). La teoría neoclásica es ineficaz para explicar la estabilidad social ¿por qué la gente cumple reglas sociales cuando*

⁹¹ Los datos parecen apuntar a que el crecimiento es propulsado por el comercio entre regiones y no por el comercio intrarregional. De allí la duda, ¿si las áreas ricas decrecen, quien comprará a las áreas pobres?

puede beneficiarse evadiéndolas? (D. North, 1981, Cap. 1). Y continúa páginas más adelante **“La solidez de los códigos (...) de una sociedad es el cemento de la estabilidad social, que hace viable un sistema económico. Sin una teoría explícita (...) de la sociología del conocimiento existen lagunas en nuestra capacidad para explicar tanto la asignación de recursos como el cambio histórico”** (D. North, 1981, Cap. 5).

Karl Polanyi (1886-1964), por su parte, dentro de su enfoque que llamó de *“economía sustantiva”*, escribió: *“Permitir que el mecanismo de mercado sea el único director del destino de los hombres nos llevaría a la demolición de la sociedad (...). Los hombres, quitada la protección de las instituciones culturales, perecerían (...) como víctimas de un agudo disloque social en forma de vicios, perversiones y hambre”* (Polanyi, 1944)⁹².

Es decir que las instituciones culturales (en una palabra, *la cultura*) nos protegen. Esas instituciones determinan la estructura de los sistemas político-económicos. Pero la cultura consumista de hoy (con el círculo, *crecer para consumir y consumir para crecer*), por el contrario, no nos protege sino que genera el disloque. Eliminar o reducir la cara perniciosa del actual estilo de vida **exige un compromiso sociocultural**. Parece imposible lograrlo por otra vía. Y **en ese compromiso cultural se destaca el destronar la meta del crecimiento como eje** de nuestra vida y de nuestra política socioeconómica.

En definitiva, entonces, **estamos ante un problema cultural**, ya que debemos impulsar un *“cambio histórico”*: si no se alteran los *“códigos”* (los valores) de consumo y conducta de hoy, seguiremos devorando, como sociedad, *bienes, recursos, principios, ideas, personas...*, caminando por un derrotero de peligroso recorrido.

Resulta llamativo que este tipo de debate no sea promovido en los Congresos. Las instituciones que agrupan a los economistas no facilitan estas líneas de discusión. **Preferentemente se polemiza sobre la formalización de las conclusiones a las que se llega a partir de los axiomas “habitualmente aceptados”, y trabajos como éste lo que discuten son los “axiomas” mismos de partida**. A veces en estas reuniones, diríamos

⁹² Polanyi en sus dos obras principales, *La Gran Transformación* (1944) y *Comercio y mercado en los primeros imperios* (1957), sostiene que la Revolución Industrial multiplicó la riqueza pero a la vez inició la gran amenaza a la integración de la estructura social. Es ésta, de Polanyi, en cierto modo, la línea que hemos presentado aquí.

parafraseando a **Julián Marías**, *entre tanto conocimiento se echa de menos* (y cada vez más) *el pensamiento*; o sea la reflexión que vaya más allá de la formalización consensuada.

LAS PALABRAS DEL MAESTRO JULIO OLIVERA

Pretendemos haber revivido un debate dormido: no confundir crecimiento con desarrollo. Nada mejor entonces que recordar las palabras del Profesor **Julio Olivera**: *“El desarrollo económico es una meta natural e indispensable (...) pero solamente en cuanto concurra al progreso económico. La posibilidad de un desarrollo regresivo no constituye una hipótesis académica, sino un riesgo real que debe evitarse”* (Olivera, *“Economía clásica actual”*, Ed. Macchi 1977, pág. 126/127)

Sería deshonestidad intelectual no señalar que esta perspectiva pesimista encierra una cierta mirada **desde la “posmodernidad”** hacia las **perspectivas “emancipacionistas” de la modernidad, entre ellas el crecimiento**, bajo un concepto de tiempo lineal (algo que el pensamiento crítico *posmoderno* niega).

Jean François Lyotard critica, **desde la “posmodernidad”**, las líneas que denomina las Grandes Narrativas (conceptualizaciones, sean políticas, sean científicas), definiendo la condición posmoderna como de *“escepticismo ante las metanarrativas”*. Esas verdades, decía, supuestamente universales, que se utilizan para legitimar proyectos de emancipación de la Humanidad que siempre culminan en decepción. **Citaba ejemplos: la liberación de la Humanidad por el crecimiento** (como sostenía A. Smith y la economía), por la evolución (como pretende el darwinismo), por la libre manifestación del inconsciente (como en Freud), o por el avance científico (como pueden sostener Carl Sagan o S. Hawking), incluso desconfía de la emancipación del hombre por la realización del mundo socialista (como apunta el marxismo). Para Lyotard, **el escepticismo posmoderno** respecto de las grandes construcciones⁹³ **es preferible**, por certero, **al hiperrealismo moderno**.

El mundo de nuestro tiempo vive inmerso en el “mito del progreso sin final”, y como heredero del Iluminismo tiene la idea de que el hombre es el señor de la naturaleza. Horkheimer y Adorno, de la Escuela de Frankfurt, escriben: *“Sin la idea de*

⁹³ A las que finalmente ve tan “utópicas”, si se quiere, como Marx juzgaba las construcciones y proyectos de Fourier, Owen o Saint Simon.

la Gracia (como don divino), impera la arrogancia del Yo subjetivo (y autosuficiente), que sostiene que el hombre es la medida de todas las cosas , y el Señor del mundo”; y agregan: “Sin una racionalidad de fines, toda interacción, que es la esencia de la vida humana, se transforma en una relación de poder”; y esto se debe a que “(...) el Iluminismo es un programa de dominación, primero de la naturaleza; y luego del hombre; y a los dos les trata como meros objetos”(Horkheimer y Adorno, “Dialéctica del Iluminismo”, 1971)

Finalmente, creemos ilustrativo y enriquecedor cerrar estas pocas páginas de **antieconomía** del crecimiento con las críticas reflexiones de **Ernesto Sábato, no ya sobre el crecimiento sino acerca de la elusiva idea del “progreso” en general** que, hace unos 30 años, siendo estudiante de economía, “nos despertó del sueño dogmático” (parafraseando a Hume):

“El avance de la técnica hizo del dogma del Progreso General e Ilimitado, la doctrina del ‘better-and-bigger’. Todo lo que era tinieblas (...) iba a ser iluminado por la Ciencia. No importaba que algunas zonas de la realidad, como la social, presentaran todavía aspectos desagradables: ya la Razón y los Inventos encontrarían la forma de resolver esas dificultades, ya se dominarían las fuerzas de la sociedad como se habían dominada las de la naturaleza.

En el siglo XIX el entusiasmo llegó al colmo (...). Al Hombre Futuro le esperaba, pues, un porvenir aún más brillante (...). El auge de la doctrina fue tan violento que amenazó la hegemonía de su hermano mayor, el mecanicismo. (...)El dogma del Progreso fue la etapa final de (un) largo proceso (...), fue una especie de religión laica, hecha a base de moralidad burguesa, de culto por la Razón (...) de creencia en una Humanidad Mejor. De aquel tiempo proviene ese tipo de cientista que cree en la unificación de los hombres mediante la Ciencia, aunque hasta hoy no haya servido más que para su mutua destrucción” [todas las mayúsculas son del original] (E. Sábato, Hombres y Engranajes, Cap. 2, acápite: La gran ilusión del Progreso, pags. 54/56, Ed. Emecé, Bs.As. 1979)

Bibliografía

- Acot, P., 2005. *Historia del clima: del Big Bang a la catástrofe climática*. Ateneo, Buenos Aires.
- Acosta, P. y Gasparini, L. (2007). Capital Accumulation, Trade Liberalization, and Rising Wage Inequality: The Case of Argentina. *Economic Development and Cultural Change* 55, no. 4, July 2007, pp. 793-812.
- Ansa Eceiza, M.M., 2008. Economía y felicidad. *XI Jornadas de Economía Crítica*, Bilbao.
- Arndt, H., 1992. *Desarrollo económico: la historia de una idea*. REI Argentina, Buenos Aires.
- Arrufat, J., A. Figueras, V. Blanco y D. de la Mata, 2005. Análisis de la movilidad regional en Argentina: un enfoque basado en las cadenas de Markov. *Reunión de la AAEP*, La Plata.
- Bairoch, P., 1997. *Victoires et déboires. Histoire économique et sociale du monde du XVI siècle à nos jours*. Gallimard, París.
- Bates, R., 2004. *Prosperidad y violencia: economía política del desarrollo*. A. Bosch, Barcelona.
- Baudrillard, J., 1970. *La Société de la consommation*. Ed. Gallimard, París.
- Bauman, Z., 2000. *Modernidad líquida*. FCE, México.
- Bauman, Z., 2005. *Vidas desperdiciadas*. Paidós, Buenos Aires.
- Bauman, Z., 2006. *Vida líquida*. Paidós, Buenos Aires.
- Bauman, Z., 2007. *Vida de Consumo*. FCE, Buenos Aires.
- Betrán, J. L., 2006. *Historia de las Epidemias en España y sus Colonias*. Ed. Esfera de los Libros, Madrid.
- Bloom, A., 1989. *La decadencia de la cultura*. Emecé, Buenos Aires.
- Boff, L., 2008. ¿Está por llegar lo peor de la crisis? *Página 12*, 12/12/2008, Buenos Aires.
- Bonnefous, E., 1973. *El mundo superpoblado*. Barcelona.
- Braun, M. y L. LLach, 2006. *Macroeconomía argentina*. Alfaomega, Buenos Aires.
- Brown, L., S. Postel, y Ch. Flavin, 1993. Del crecimiento al desarrollo sostenible. *El Trimestre Económico*, pp.253-261.
- Brue, S. y R. Grant, 2009. *Historia del pensamiento económico*. Ed. Cengage Learning
- Bruni, L., S. Zamagni, 2007. *Economía Civil*. Prometeo, Buenos Aires.
- Bruni, L. y Porta, P. (Eds.), 2007. *Handbook of the Economics of Happiness*. Edward Elgar Publishing. Cheltenham, UK and Northampton, MA, USA.
- Bruni, L. y Porta, P., 2005. *Economics and Happiness. Framing the Analysis*. Oxford University Press.

-
- Campos Salvá, C., 2010. Tomo *Ecología*. Enciclopedia Visor, Buenos Aires.
- Castells, M., 1972. *La question urbaine*. Gallimard, París.
- Clake, R. y P. Lutz, 1977. *Crecimiento económico y calidad de vida*. Ed. Troquel, Buenos Aires.
- Crespo, r., 1998. *La crisis de las teorías económicas liberales*. Fund. Bco. de Boston, Buenos Aires.
- Daly, H., 1989. *Economía, ecología, ética*. FCE, México.
- De Ambrosio, M., 2014. *Todo lo que necesitas saber sobre el cambio climático*. Paidós, Buenos Aires.
- Deiningner, K. y Squire, L., 1996. A new data set measuring income inequality, *WB Economic Review*, Vol. 10, pp. 565-591.
- De la Balze, F., 1995. *La desregulación y el crecimiento en la Argentina*. p. 158.
- Delfaun, B., 1965. *La filosofía del siglo XX*. Ed. Lohlé, Buenos Aires.
- Diamond, J, 2008. *Armas, gérmenes y acero*. Ed. DeBOLSILLO, Barcelona.
- Di Tella, T., 1974. *Clases sociales y estructuras políticas*. Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Domenach, J.M., 1981. *Enquête sur les idées contemporaines*. Editions du Seuil, Paris.
- Fernández de Castro, J. y J. Tugores Ques, 1987. *Fundamentos de microeconomía*. Ed. McGraw Hill.
- Feyerabend, P. 2000. *Contra el método*. Atalaya, Madrid.
- Figueras, A.J., 2011. Crecimiento o “Estado Estacionario”: un debate necesario. *X Jornadas de Política Económica*, Málaga, España.
- Figueras, A.J., 2019. *Arqueología del Pensamiento Económico y Social*. ACFCE, Córdoba.
- Fitoussi, J.P. y E. Laurent, 2008. *La nouvelle écologie politique*. Ed. du Seuil et la République des Idées.
- Galbraith, J.K., 1958. *The affluent society*. Boston.
- George, H., (1929). *Progreso y Miseria*. Ed. Maucci, Barcelona. Tomos 1 y 2.
- Hagen, E., 1971. *Teoría Económica del Desarrollo*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Hardy, R., P. Wright, J. Gribbon y J. Kinton, 1987. *El libro del clima*. Hyspamérica, Buenos Aires.
- Harribey, J.M., 2007. Les théories de la décroissance. *Cahiers français* N° 337, mars-avril, p.20-26.
- Herskovits, M., 1974. *Antropología económica*. FCE, México.
- Hess, E., 2010. *Smart growth*. Columbia, UP.
- Hirsch, F., 1997. *Social limits to growth*. Cambridge UP, Inglaterra.

-
- Hoevel, C., 2009. Hacia el paradigma del don. *Cultura Económica* (Edición Especial), N° 75/76, agosto/diciembre, pp 83-96.
- Horkheimer M. y Th. Adorno, 1969. *La sociedad*. Paidós, Buenos Aires.
- Horkheimer, M. y Adorno, Th., 1971. *Dialéctica de la Iluminismo*. Ed. Sur, Buenos Aires.
- Jones, Ch., 2000. *Introducción al crecimiento económico*. Prentice Hall, México.
- Kaldor, N., 1957. A model of economic growth. *Economic Journal*, 67 (268), pp 591-624.
- Katz, L. y Murphy, K., 1992. Changes in relative wages, 1963–1987: supply and demand factors. *The quarterly journal of economics*, Vol. 107, February, pp.35-78
- Kuznets, S., 1973. *Crecimiento económico moderno*. Aguilar, Madrid.
- Layard, R., 2005. *La Felicidad: lecciones de una nueva ciencia*. Taurus, Madrid.
- Lloris, M., 1974. *El siglo XXI*. Salvat, Barcelona.
- Marechal, L., 1967. *Historia de la calle Corrientes*. Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Meadows, D., D.L. Meadows, J. Randers y W. W. Behrens, 1972. *Los límites del crecimiento*. FCE, México.
- Morandé, P., 2009. Tradición sapiencial y tecnocracia. *Cultura Económica* (Edición Especial), N° 75/76, agosto/diciembre, pp 128-133.
- Moyano Llerena, C., 1964. *El ocio en la vida moderna*. Disertación en la Academia Nacional de Cs. Económicas, Panorama de la Economía Argentina 26, Buenos Aires.
- Muraro, H., 1974. *Neocapitalismo y comunicación de masa*. Eudeba, Buenos Aires.
- Myrdal, G., 1964. *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*. FCE., Mex. (original en inglés de 1957).
- Nelson, R., 2005. *Economic as religion*. Penn State Press.
- North, D., 1981. *Estructura y cambio en la historia económica*. Alianza Editorial, Madrid (edición de 1985).
- Nussbaum, M. y Sen, A. (eds.), 1993. *The quality of life*. Clarendon Press, Oxford.
- Olivera, J., 1971. *Economía clásica actual*. Macchi, Buenos Aires.
- Ortiz, R., 1986. A Escola de Frankfurt e a questao da cultura. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, Vol. 1, junho 1986, pp. 17-31. Associação Nacional de Pos-Graduação e a Pesquisa em Ciências Sociais, Sao Paulo.
- Polanyi, K., 1983. *La grande transformación: aux origines économiques et politiques de notre temps*. Ed. Gallimard, Paris (original de 1944).
- Pollard, S., 1968. *The idea of progress: history and Society*. Ed. C.A. Watts, Londres.
- Polèse, M. y Rubiera Morollón, F., 2009. *Economía Urbana y Regional*. Ed. Civitas, Pamplona.

-
- Reinisch, L. y K. Hoffman, 1974. *Conductores y seductores*. Plaza y Janés, Barcelona.
- Roca y Jusment, J., 2016. *Crecimiento contra medio ambiente*. Ed. RBA, España.
- Rodríguez Braun, C., 2000. *Estado contra Mercado*. Taurus, Madrid.
- Roll, E., 1973. *Historia de las doctrinas económicas*. FCE, México.
- Ruiz González, E., 1975. "El crecimiento cero ¿es posible y recomendable?"; *Diario de Burgos*, 26/01/1975, Burgos, España.
- Saint Marc, Ph., 1973. *La Contaminación*. Ed. Salvat, Barcelona.
- Sala-i-Martin, X., 2000. *Apuntes de crecimiento económico*. Ed. Bosch, Barcelona.
- Salgado, E., 1974. *Erotismo y sociedad de consumo*. Bruguera, Barcelona.
- Santos Díez, J., 1971. *La civilización del desperdicio*. Salvat, Barcelona.
- Schumpeter, J.A., 1971. *Historia del Análisis Económico*. Ariel, Madrid.
- Sen, A., 1993. Capability and well-being. En Nussbaum y Sen, 1993, *The quality of life* Clarendon Press, Oxford.
- Shapiro, J., 1974. *La teoría y la práctica en la era de la racionalidad tecnológica: Marcuse y Habermas*. En B. Ollman y otros, Marx, Reich y Marcuse. Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Skidelsky, R., 2009. *El regreso de Keynes*. Ed. Crítica, Barcelona.
- Smith E. y D. Mackie, 1997. *Psicología Social*. Ed. Médica Panamericana, Madrid.
- Tecglen, E. H., 1975. *La sociedad de Consumo*. Salvat, Barcelona.
- Troncoso, O. A., 1971. *Buenos Aires se divierte*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Vitousek *et al.*, 1986. Human appropriation of the products of photosynthesis, *Bioscience*, junio 1986 (*de tal modo* citado en Brown *et al.*)
- Ward, B. y R. Dubos, 1972. *Una sola tierra*. México.
- Wilkinson, R. y Pickett, K., 2009. *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva*. Ed. Turner Noema.
- Wright, R., 2004. *A short history of progress*. Canongate Books, Edimburgo.